MITOS Y LEYENDAS
INUIT

Knud Rasmussen

Edición de Blanca Ortiz Ostalé

Siruela

Mitos y leyendas inuit

LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Esta traducción ha recibido una ayuda de
DANISH ARTS FOUNDATION

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Myter og sagn fra Grønland e Inuit fortæller*
Colección dirigida por Michi Strausfeld
En cubierta: ilustración © iStock.com / ilbusca
En interior: fotografía de Knud Rasmussen
por Sueddeutsche Zeitung Photo / Alamy Stock Photo
© De la edición, traducción y prólogo, Blanca Ortiz Ostalé
© Ediciones Siruela, S. A., 2020
Diseño gráfico: Gloria Gauger
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
Fax: + 34 91 355 22 01
www.siruela.com
ISBN: 978-84-17996-55-0
Depósito legal: M-36.253-2019
Impreso en Gráficas Dehon
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilida

Knud Rasmussen

MITOS Y LEYENDAS INUIT

Edición, prólogo y traducción del danés
de Blanca Ortiz Ostalé

Siruela

Biblioteca de Cuentos Populares

Índice

El hombre al que precedía su sonrisa 11

MITOS Y LEYENDAS INUIT

La visión inuit del mundo 19
La aparición de los hombres hace mucho, mucho tiempo 21
Sol y Luna 23
Venus 25
Nalíkátêq 26
El hombre luna y el ladrón de entrañas 31
Cómo apareció «la fuente de carne» 33
Los espíritus del trueno 35
Cómo apareció la niebla 37
El país de los muertos en el cielo 42
El país de los muertos en el inframundo 47
La anciana que visitó el país de los muertos 50
El viaje de Nivigkana al país de los muertos 52
Anngiak, el niño traído al mundo en secreto 54
El alma que pasó por todos los animales 57

Fábulas de animales 61
Piojos 63
La mujer que se casó con una gamba 65
La carrera del piojo y el gusano para llegar hasta el hombre 67
El cuervo casadero 68
La mujer que crio un gusano 70
La mujer que se casó con un perro 71

El hombre que se casó con un zorro 72
La mujer que se casó con un zorro 73
La niña perdida que se encontró con un zorro con forma humana 79
Los osos que cazaban belugas en una grieta 81
La mujer que adoptó a un oso 84
La larva 86
La mujer que tomó por esposo a un gran gusano cuando estos aún tenían rostro humano 87
Los osos que tenían apariencia humana 89
El hombre que se casó con un somormujo 91
El solterón cortejado por los insectos 92
La ballena y el águila 96
Cuando los cuervos hablaban 100

Leyendas épicas 101
Kunuk, apodado Uiartoq (el que dio la vuelta al mundo) 103
Los dos amigos que quisieron ver el mundo 114
Mitsima, el que murió congelado 115
El perro gigante 116

Historias de muerte y venganza 119
Los gansos que devolvieron la vista al ciego 121
El huérfano que se vengó de siete enemigos a un tiempo 125
Igimarasugssugssuaq 131
La leyenda de Pigssik, el caníbal 135
El hombre que no respetaba el tabú 138
La vieja canosa 140
Paatusoorsuaq, el que asesinó a su tío 142
El espíritu del estiércol 144
Qaqqaatsuliit 145
El abuelo, el nieto y los hombres furiosos y malvados que llevaban sus pieles impermeables 148
Pamêq 153

Encuentros con otros pueblos 157
La leyenda de los Qavdlunâtsiait 159
Pukkitsulik, el Holandés 161
El robo frustrado de los hombres blancos 168
Tissikoorsuaq 170
El tuerto del interior en el monte Kingittoq 172
Kamikinnak 176
El cazador que visitó a los enanos Qallakitsoq y Makkutooq 182

El solterón y el remo de hueso de esternón 187
Allarneq, el gran glotón 190
Usorsaq, cola de cuchillo 192
Iliarsunnguit (los huerfanitos) 194
Suakak, la mujer que se casó con un habitante del interior 197
El chamán de Kuugarmiut 199
Seersoq, el enano montañés 205
Los indios 208
La historia del hechizado al que los demás no podían ver 209

Cuentos curiosos 213
El gigante 215
La mujer que tenía cola de hierro 216
El comilón 217
El oso, el «colacuchillo» y el «lomo de sierra» 218
Hambre 222

Glosario 225

Knud Rasmussen

Prólogo

El hombre al que precedía su sonrisa

El 21 de diciembre de 1933 toda Dinamarca se vistió de luto. Acababa de perder a su último gran héroe; a un explorador polar que llevó a cabo una hazaña que presenció el mundo entero; a un hombre fascinante que tenía dos corazones —uno inuit y otro europeo— y que, ya adulto, regresó al paraíso perdido de la infancia en busca de una cultura que empezaba a apagarse; a Knud Rasmussen o, como lo llamaban, el hombre al que precedía su sonrisa.

Knud Rasmussen nació en 1879 en Jakobshavn —la actual Ilulissat—, una pequeña población situada en la costa oeste de la colonia danesa de Groenlandia, y fue el mayor de tres hermanos. Su padre, pastor protestante, era danés y su madre, nacida en la colonia, era danesa e inuit. Como los niños locales, Knud se crio en completa libertad. Tuvo una infancia feliz en la que aprendió a hablar groenlandés y a manejar con soltura un trineo de perros, dos habilidades que más adelante le resultarían decisivas. Fue en aquellos años de la infancia cuando oyó contar a una anciana una leyenda que quedaría grabada para siempre en su memoria: la historia de los legendarios pobladores del norte, las gentes más septentrionales del planeta. Desde aquel momento, su meta fue encontrarlos.

El universo de Knud se desbarató en 1891 cuando su familia lo envió a Dinamarca a continuar sus estudios. A la edad de doce años se vio arrancado del mundo que conocía e inmerso en otro totalmente distinto donde regían otras reglas y lo aprendido hasta entonces le servía de muy poco. Fueron años difíciles de malas calificaciones y cursos repetidos, años de nostalgia y sueños con los paisajes helados, pero felices de la infancia. A pesar de los escollos, supo desde el primer momento ganarse a sus profesores y a sus compañeros. Cuenta uno de ellos que su llegada al instituto estuvo precedida por todo tipo de rumores y que era aguardada con gran

expectación. ¿Cómo sería? ¿Muy esquimal? Cuando llegó comprobaron que se le entendía al hablar, sí, pero tenía el cabello fosco y oscuro, la nariz aguileña y un potente chorro de voz. No tardó ni dos segundos —como haría toda su vida— en meterse a todo el mundo en el bolsillo y destacar como un buen camarada ingenioso y divertido. A pesar de sus escasos 1,65 metros de estatura, conquistaba a cuantos lo rodeaban a fuerza de encanto, carácter e imaginación a la hora de contar historias.

Concluidos los estudios, Knud no acababa de encontrar su camino y probó fortuna sin demasiado éxito en diversos campos, entre ellos la ópera y el teatro. Siempre tuvo muy claro que quería regresar a Groenlandia, pero ahora que su familia al completo se había trasladado a Dinamarca, carecía de los medios para ello.

En el año 1900 dio al fin con la senda que seguiría toda su vida. Tras conseguir un trabajo como corresponsal de un periódico por mediación de su padre, pudo unirse a una pequeña expedición cuyo destino era Islandia. Allí conoció al periodista, etnólogo y explorador Ludvig Mylius-Erichsen, un encuentro que marcaría su destino. Cuando, en 1902, Mylius-Erichsen organizó la Expedición Literaria a Groenlandia, no dudó en contar con aquel joven que podía aportarles su experiencia y sus valiosos conocimientos. El 1 de junio de 1902 zarpó, pues, de Copenhague la expedición integrada por Mylius-Erichsen —al frente del grupo—, el pintor Harald Moltke, el médico Alfred Bertelsen y un jovencísimo Rasmussen de solo 22 años. Una vez en su destino se les sumó Jørgen Brønlund, groenlandés y compañero de la infancia de Knud, que los acompañó en calidad de intérprete. El objetivo «oficial» de la expedición era recoger material de carácter antropológico y sociológico para luego plasmarlo en textos, dibujos y pinturas, así como estudiar el estado de las relaciones entre Dinamarca y Groenlandia; la realidad era que los impulsaba una sed infinita de aventuras.

Durante el viaje, que duró de 1902 a 1904, Knud comenzó a recopilar los mitos y leyendas que le narraban los groenlandeses, labor a la que dedicaría gran parte de su vida. Cuenta Moltke en sus escritos que, mientras que las entrevistas que hacía Mylius-Erichsen con ayuda del intérprete tenían más de interrogatorio que de amigable charla, Knud sabía ganarse la confianza de los groenlandeses con un humor chispeante que los nativos apreciaban mucho, de modo que de las tiendas y casas que visitaba siempre salía un coro de risas. Esto no ayudó a mejorar las ya tensas relaciones con Mylius-Erichsen, quien veía en Rasmussen un rival capaz de arrebatarle el mando de la expedición y, tal vez, la gloria.

Uno de los grandes hitos de la Expedición Literaria fue, sin duda, el encuentro en cabo York con los legendarios inuit polares de la infancia de Knud, que jamás habían tenido contacto con daneses. En sus libros y diarios, el explorador describe el emocionante momento en que los ve por primera

vez en medio de la ventisca, los abraza y se comunica con ellos en su propia lengua. Había cumplido un sueño. En un tiempo de exploraciones y grandes descubrimientos, la época de Shackleton, Amundsen, Peary, Scott, Nansen, los años de la conquista de los Polos, Knud Rasmussen no ambicionaba ser el primero en llegar a ninguna parte; lo que a él le interesaba eran las personas.

El regreso a Dinamarca fue el inicio de la fama. Además de entrar en contacto con los inuit polares, habían demostrado que la bahía de Melville era transitable. Recogieron sus experiencias en varios libros y artículos que les permitieron recaudar fondos y empezar a planear nuevas gestas. Sin embargo, la relación entre Rasmussen y Mylius-Erichsen se había resentido de los roces del viaje hasta tal punto que este no contó con Knud para su nuevo proyecto, la Expedición Dinamarca. Y, como se verá, fue una suerte. Los objetivos del viaje eran tan variados como completar la cartografía de la costa oriental, atravesar el inlandis o hielo interior de Groenlandia, encontrar el canal de Peary o conseguir que toda la isla quedase en manos danesas. En mayo de 1907, un pequeño grupo compuesto por Mylius-Erichsen, Brønlund y Høeg-Hagen se separó del grueso de la expedición en busca del canal de Peary. Nadie volvió a verlos con vida. Algunos meses después, un equipo de rescate encontró el cadáver de Brønlund y, junto a él, su pequeño diario negro. La última anotación decía así:

> Perecí en el fiordo 79 latitud Norte tras intentar regresar atravesando el inlandis. En el mes de noviembre llegué hasta aquí a la luz de una luna en cuarto menguante y no pude avanzar más a causa de la congelación de los pies y la oscuridad. Los cuerpos de los demás se encuentran en el fiordo, frente al glaciar (a unas dos millas y media). Hagen murió el 15 de noviembre y Mylius alrededor de diez días más tarde.

Los cuerpos de Mylius-Erichsen y Høeg-Hagen no aparecieron jamás.

Rasmussen volvió a Groenlandia muchas veces más. En 1910 fundó una estación comercial junto a cabo York a la que puso el nombre de Thule. Fue su fuente de ingresos más importante durante el resto de su vida, pues en ella los inuit podían conseguir productos occidentales como café y municiones a cambio de pieles de zorro polar, que se vendían muy bien en Europa. Así Knud reunió la cuantiosa financiación que necesitaba para sus expediciones. Llevó a cabo siete más —conocidas con el nombre de Expediciones Thule—, algunas de ellas en compañía de su inseparable compañero y amigo Peter Freuchen, un gigante de dos metros que abandonó sus estudios de Medicina para hacerse explorador. Freuchen, quien, entre otras muchas proezas, tuvo que amputarse él mismo varios dedos congelados y perdió una pierna, fabricaba cuchillos con sus heces congeladas, luchó contra el nazismo como miembro de la resistencia danesa durante la Segunda

Guerra Mundial y ganó un millonario concurso televisivo en los Estados Unidos, relató sus muchas aventuras y experiencias en varios libros.

Entre las hazañas llevadas a cabo por Knud Rasmussen en las Expediciones Thule se cuenta haber sido el primero en atravesar el inlandis, confirmar la inexistencia del canal de Peary, que en realidad es un fiordo, o lograr que su país obtuviese la soberanía sobre toda Groenlandia frente a Noruega, que reclamaba una parte del territorio; pero sin duda la mayor gesta de todas fue la lograda en una de ellas. La Quinta Expedición Thule partió de Dinamarca en 1921 y se prolongó durante tres años y medio. En compañía de un equipo de científicos, Rasmussen viajó desde Groenlandia hasta el confín noreste de Canadá. El objetivo oficial era cartografiar y estudiar aquella zona desértica, pero Knud tenía sus propios planes. Cuando, tras un año y medio, el grueso de la expedición se disponía a regresar a Dinamarca, él se separó de los demás y se lanzó al mayor reto de su vida: atravesar todo el norte del continente americano en trineos de perros y, a través de Alaska, llegar hasta Siberia en un recorrido de 18.000 kilómetros, visitando a su paso a todas las tribus inuit en busca de rasgos comunes en su lengua y tradiciones. Y lo logró. Él solo, en compañía de dos inuit polares, un joven cazador y una muchacha.

Fue una hazaña cultural que presenció el mundo entero y que demostró su teoría de que todos los inuit, desde Groenlandia a Siberia, eran un solo pueblo que, en la noche de los tiempos, había migrado siguiendo esa misma ruta que él había recorrido, pero en sentido inverso. Rasmussen regresó a la capital danesa convertido en un héroe. Había recogido por escrito varios volúmenes de leyendas y tradiciones orales de una cultura a punto de desaparecer absorbida por el mundo occidental, y ahora enviaba al Nationalmuseet de Copenhague una colección de cerca de 20.000 piezas inuit, que situaron a Dinamarca a la cabeza de la esquimología mundial. La Universidad de Copenhague nombró *doctor honoris causa* al hombre que a duras penas había conseguido acabar el bachillerato, ahora amigo íntimo del primer ministro, recibido por el rey y aclamado por el pueblo. *El gran viaje en trineo,* el libro en el que relataba sus experiencias en la Quinta Expedición Thule, se convirtió en un *best-seller.*

Knud Rasmussen, que defendió hasta el final los intereses y los derechos del pueblo inuit, fue capaz de hacer aún dos expediciones más. En 1933, durante la Séptima Expedición Thule —en la que rodó un largometraje de ficción escrito por él mismo donde mostraba la vida de los groenlandeses—, contrajo una infección estomacal. En vista de que su estado se agravaba día a día, lo trasladaron a Dinamarca, donde permaneció dos meses ingresado en un hospital hasta que, tras complicarse la enfermedad con una neumonía, murió en el mes de diciembre, cuando empezaba ese invierno del que decía que quien no lo ama es porque no lo ha vivido.

Rasmussen era consciente de que nuestra civilización acabaría devorando la cultura inuit y trató de llevar a los groenlandeses hacia el futuro con la mayor suavidad posible. Sin embargo, estaba lejos de imaginar lo que ocurriría a su muerte. En 1937, Dagmar, su viuda, vendió la colonia de Thule al Estado danés, y en 1941, se estableció una base aérea norteamericana a tan solo diez kilómetros de la estación comercial y del poblado donde vivían los inuit polares. Más adelante se les dio la orden de trasladarse a un nuevo asentamiento situado más al norte y se les concedió un plazo de cuatro días para abandonar su poblado. Nadie escuchó las protestas del consejo de cazadores creado por Rasmussen para que los groenlandeses decidieran sobre sus tierras.

El legado que Knud Rasmussen nos dejó en forma de relatos y mitos groenlandeses tiene un valor incalculable. Es el fruto de más de treinta años de laborioso trabajo en encuentros cara a cara con los hombres y las mujeres inuit que accedieron a contarle unas historias transmitidas hasta entonces oralmente de generación en generación para acortar las largas noches de invierno. Rasmussen los escuchaba a la luz de la lámpara de grasa y, tras oír cada relato, les hacía repetirlo y lo anotaba en groenlandés. Después, ya en Dinamarca, los traducía al danés, intentando respetar el estilo de cada narrador. Él distinguía dos clases de relatos:

Los oqalugtuat son los antiguos mitos de un pasado tan remoto que los inuit aún vivían al otro lado de la bahía de Hudson, muy posiblemente en la zona del estrecho de Bering. Son comunes a todos los inuit y se conocen desde Alaska hasta el oriente de Groenlandia.

Los oqalualât son historias que hablan de personas que vivieron en una época que aún se recuerda. Aunque siempre son locales y remiten a los lugares donde sucedieron, se han contagiado del carácter fantástico de las leyendas inuit y no son muy diferentes de los antiguos mitos.

A lo largo de los años, Rasmussen logró reunir una cantidad asombrosa de historias, de las que aquí presentamos solamente una pequeña selección. En los albores de una época en que los libros, el cine, la radio y la televisión —y, hoy en día, internet— reemplazarían a estos relatos orales como forma de entretenimiento de los groenlandeses, él supo rescatarlos y conservar así una parte esencial de su cultura para la posteridad.

BLANCA ORTIZ OSTALÉ

MITOS Y LEYENDAS INUIT

La visión inuit[1] del mundo

[1] A pesar de que el diccionario de la RAE no lo recoge, usaremos el término *inuit* en lugar de esquimal, ya que es el que ellos prefieren para referirse a sí mismos. Los inuit son, pues, «las personas», mientras que la palabra *esquimal* al parecer quiere decir «los que comen carne cruda». Para mayor simplicidad, emplearemos en adelante solo la forma plural, *inuit,* que es la que resulta más familiar, a pesar de que, como todos los sustantivos groenlandeses, tiene también una forma singular, *inuk.* En otros casos, cuando aparecen palabras en groenlandés en el texto, hemos preferido dejarlas en cursiva y usar el singular con la terminación plural habitual en español, la -s. *(Todas las notas son de la traductora)*

La aparición de los hombres hace mucho, mucho tiempo

Nuestros antepasados hablaron pródigamente del origen del hombre y del de la Tierra hace mucho, mucho tiempo. Ellos no sabían conservar las palabras en líneas, como hacen los hombres blancos; las personas que vivieron antes que nosotros solamente contaban. Y contaban muchas cosas, tantas que hoy conocemos todas estas historias, que hemos oído narrar una y otra vez desde nuestra infancia. Las ancianas no hablan sin ton ni son y creemos sus palabras. En la vejez no hay mentiras.

Hace mucho, mucho tiempo, cuando aún no existía la Tierra, cayó de lo alto; tierra, montañas y piedras, de arriba, del cielo; así apareció la Tierra.

Cuando apareció la Tierra, llegaron las personas. Cuentan que brotaron de ella. Unos niños muy pequeños surgieron de la tierra; salieron entre unos arbustos de sauce, cubiertos de follaje, y quedaron entre las ramas, pataleando con los ojos cerrados; ni gatear sabían. Su alimento lo sacaban de la tierra.

Cuentan también de un hombre y de una mujer; pero... ¿cómo? Es misterioso. ¿Cuándo estuvieron juntos? ¿Cuándo crecieron? No lo sé. El caso es que la mujer cosió ropa de niño y echó a andar. Encontró a los pequeños, los vistió y los llevó a su casa.

Así fue como hubo muchos seres humanos.

Cuando fueron numerosos, quisieron perros. Un hombre salió con una correa de perro en la mano y empezó a patear la tierra al grito de «¡Hoc! ¡Hoc, hoc!».

En ese instante, empezaron a salir perros de montículos de tierra corriendo a todo correr; y se sacudieron bien, porque estaban llenos de arena. Así fue como los hombres consiguieron perros.

Pero los hombres se multiplicaron; cada vez había más. No conocían la muerte hace mucho, mucho tiempo, y vivían muchos años; tantos que al final no podían andar, se quedaban ciegos y tenían que tumbarse.

Tampoco conocían el sol, vivían en la oscuridad; el día jamás clareaba. Solamente había luz dentro de las casas; quemaban el agua en lámparas. En aquellos tiempos el agua ardía.

Pero los hombres, que no sabían morir, empezaron a ser tantos que colmaron la tierra; entonces el mar lo arrasó todo. Muchos se ahogaron y su número se redujo. Podemos ver huellas de esta gran inundación en las cumbres más altas, donde no es raro hallar moluscos.

Cuando ya había menos personas, dos ancianas empezaron a hablar de esta manera:

—¡Qué importa no tener día si así tampoco tenemos muerte! —decía una; se ve que eso de morirse le daba miedo.

—No —replicó la otra—, ¡queremos ambas cosas, la luz y la muerte!

Y según pronunció esas palabras, así se hizo: llegó la luz y llegó la muerte.

Cuentan que cuando murió el primer ser humano cubrieron su cuerpo con piedras. Pero el muerto regresó, se ve que no sabía muy bien en qué consistía eso de morir. Asomó la cabeza y trató de subir, pero una anciana lo devolvió a su sitio de un empujón:

—¡Ya llevamos mucho peso y nuestros trineos son muy pequeños!

Se preparaban para ir de caza, de modo que el muerto tuvo que volver a su montón de piedras.

Como los hombres ya temían luz, podían salir a cazar y no tenían que seguir alimentándose de la tierra. Y con la muerte llegaron el sol, la luna y las estrellas.

Pues cuando alguien muere, sube al cielo y empieza a brillar.

Eso solían contar nuestros antepasados, que con sus relatos nos dieron sabiduría.

Narrado por Arnaaluk

Sol y Luna

Sol y Luna eran hermanos. Antaño, cuando era invierno, en la gran oscuridad, se jugaba en las casas con la lámpara apagada. Uno tras otro, los hombres salían al exterior llevando a la mujer con la que habían yacido y encendían sus antorchas para ver quién era. Así fue como Luna, al salir con su mujer, vio a la luz de la antorcha que era Sol, su hermana.

Sol, llena de vergüenza al saber que había dormido con su hermano, se arrancó los pechos y los arrojó a los pies de Luna.

—Ya que al parecer encajo con tus gustos..., ¡toma! ¡Mira a ver si te gusta esto también!

Echó a correr y su hermano salió tras ella, ambos con sus antorchas en la mano.

De pronto empezaron a elevarse por el aire, pero Luna tropezó, y su antorcha se apagó y quedó reducida a ascuas. Así llegaron al cielo. Sol, con la antorcha aún encendida, es cálida y brillante, mientras que Luna, cuya antorcha es solo brasas, brilla, aunque sin calor. El cielo ahora es su morada, dividida en dos espacios.

Durante el largo verano, Sol jamás entra en su casa; pasa fuera día y noche, y la Tierra se convierte en un lugar maravilloso, la nieve se derrite y brotan flores por todas partes. En esa época, Luna nunca sale de su casa.

En invierno, sin embargo, cuando Sol ya no abandona su morada, cae la gran oscuridad y el mundo se vuelve tétrico para las gentes. Tan solo brilla el frío resplandor de Luna, aunque él ayuda a los humanos de otra manera y en ocasiones desaparece también para ir en busca de presas que estos puedan cazar. Por eso en la luna llena las gentes dicen: «¡Gracias por traernos la caza!».

Durante la gran oscuridad no sale nadie a cazar, solo se va de visita y se cantan canciones al ritmo del tambor. Únicamente si algún oso se aproxima a las casas o se oculta en la gruta de un iceberg salen a por él.

Cuando la constelación de la Osa Mayor se encuentra con el alba, todo el mundo se llena de alegría, pues eso quiere decir que ya no falta mucho para que vuelva la luz.

Y cuando por fin Sol regresa en toda su grandeza, gritan las gentes: «¡Alegría, alegría, ya está aquí la gran calentadora!».

Entonces llega el tiempo de levantar abrigos de nieve, reunirse y celebrar grandes festines de carne.

Narrado por Maigssánguaq
(hombre de unos treinta años)

Venus

Había una vez un anciano que aguardaba sobre el hielo a que las focas subieran al respiradero para coger aire. Pero no lejos de él, en tierra firme, un gran grupo de niños jugaba en una quebrada y le espantaban las focas una y otra vez en el preciso momento en que se disponía a arponearlas.

Al final el anciano, enfurecido con quienes perturbaban su caza, gritó:

—¡Encierra, quebrada, a quienes mi caza espantan!

Y de inmediato la quebrada se cerró, atrapando a los niños que jugaban. A uno de ellos, que llevaba en brazos a otro más pequeño, le desgarró las ropas.

Al ver que no podían salir, todo fueron gritos dentro de la quebrada; nadie podía tampoco llevarles comida, pero derramaron un poco de agua por una fina grieta que se abría en la roca y los niños la lamieron por la piedra.

Al final murieron todos de hambre.

La roca de la que hablamos se encuentra en Illuluarsuit, cerca de Neqi, y se llama Quussullukkiit.

Las gentes se abalanzaron sobre el anciano que había hechizado la quebrada para encerrar a los niños, pero este huyó corriendo y todos salieron tras él.

Sin embargo, de pronto el viejo empezó a brillar y ascendió por el firmamento, donde aún continúa en forma de enorme estrella. La vemos por el oeste cuando empieza a volver la luz tras la gran oscuridad, pero muy baja, nunca sube demasiado. La llamamos Naalassartoq, la que escucha. Es un nombre en recuerdo del anciano que escuchaba sobre el hielo el aliento de las focas.

Narrado por Maassannguaq

Nalíkátêq

La vieja que vive en el camino a la luna y baila
para devorar los pulmones de sus huéspedes
tan pronto como sonríen

Había una vez un cazador que vivía con su mujer en un poblado. Debían observar siempre un gran número de tabús, pues cada vez que ella traía un niño a este mundo, la criatura moría. Al final el marido, harto ya de vivir en permanente penitencia inútilmente, al ver que de nuevo les nacía un hijo que luego moría, dijo:

—Esta vez no pienso cumplir tabú alguno, no sirve para nada. Tengo intención de hacer cuanto se me antoje, igual que si en esta casa no hubiese muerto nadie.

De modo que salió a cazar en su kayak como acostumbraba y no advirtió nada extraordinario. Un día, al volver a casa, descubrió un agujerito en su kayak y le pidió a su mujer que fuese a remendarlo.

—De ninguna de las maneras —replicó ella—. ¡Debo observar el tabú por la criatura que ha muerto y no puedo coser!

—Ese tabú no sirve de nada; baja de una vez y cose para mí.

—Al menos podrías traer el kayak hasta la casa y no hacerme bajar hasta la orilla.

—No hay por qué preocuparse, ¡baja de una vez!

Como la mujer ya no se atrevía a contrariar a su marido por más tiempo, bajó y empezó a coser. Sin embargo, después de remendar un rato le pareció que el hilo cobraba voz, un extraño gruñido que iba en aumento, y cuando ya casi había acabado tuvo la impresión de que el ruido se movía y salía de otro sitio. Al mirar hacia el mar, divisó un enorme perro que se acercaba nadando. Era el perro del hombre luna. La mujer dio la voz de alarma y su marido llegó al instante pertrechado con el mayor de sus arpones; apenas el perro tocó la tierra con una pata, el cazador lo arponeó en un costado, y cuando el animal la tocó con la otra, saltó el hombre al otro lado y lo arponeó desde allí.

El perro tuvo las fuerzas justas para arrastrarse fuera del agua; después se desplomó, muerto.

—Ya no tienes nada que temer, ¡acaba el remiendo! —exclamó el cazador, y la mujer continuó con su labor.

Era ya de noche cuando terminaron. Luego entraron en su casa y se echaron a dormir. Entonces, dijo el marido:

—¡Despiójame!

—Sabes que es tabú.

—¡Ahora que hemos matado al perro de la luna no hay tabú que valga!

La mujer no se atrevió a llevar la contraria a su marido y empezó a despiojarlo. De prontó, se oyó una voz fuerte y terrible que atronaba a las puertas de la casa:

—¿Quién ha matado a mi perro?

Como nadie respondía, la voz resonó de nuevo y después una vez más:

—¿Quién ha matado a mi perro?

Al fin contestó el cazador:

—He sido yo.

El hombre luna, loco de furia, empezó a proferir amenazas y gritos tan espantosos que el cazador salió a enfrentarse con él. Lucharon largo rato y por un instante parecieron igualados, pero de pronto el hombre levantó a la luna por los aires, la estrelló contra el suelo y la dejó tendida bocarriba.

El hombre luna iba vestido como un humano, aunque con todas las ropas de piel de oso y un abrigo provisto de una gran capucha. De esa misma capucha lo agarró bien el cazador, que empezó a retorcerla hasta dejar medio asfixiado a su rival. El hombre luna, creyendo que iba a morir, gritó desesperado:

—¿Acaso no va a haber más bajamar en la Tierra?

—Eso no importa —contestó el cazador al tiempo que apretaba más la capucha.

—¿Y tampoco habrá más pleamar?

—Eso no importa.

—¿Las focas ya no parirán más crías? —jadeó el hombre luna.

Eso el cazador ya no se atrevió a ignorarlo y soltó a la luna. Una vez que el hombre luna recobró las fuerzas, reunió a sus perros y se dispuso a partir. No le quedaban más que tres perros, y la muerte del cuarto daba razón de su cólera.

Al terminar, le preguntó al cazador:

—¿No te gustaría visitarme?

—¿Y cómo voy a hacerlo? Yo no sé volar.

—Es muy sencillo. Yo te enseñaré lo que tienes que hacer.

—Pero no tengo trineo.

—Entonces, construye uno.

Cuando el cazador al fin accedió a ir a visitarlo, el hombre luna le dijo:

—Cuando salgas, haz lo mismo que me veas hacer a mí ahora. Primero lanza tus perros hacia lo alto uno por uno, luego el trineo; asegúrate, eso sí, de ir bien agarrado a él. Cuando ya estés arriba, no tienes más que seguir en línea recta hacia mi casa. Pasado un largo trecho llegarás hasta una isla donde se bifurca el camino. Cuídate mucho de no ir hacia la izquierda, pues esa senda conduce a casa de la vieja Nalíkátêq, la que devora a los hombres. Al pasar oirás su reclamo, que es hermoso y seductor, y sus gritos incesantes: «¡Mat-ta, Mat-ta!». No le prestes atención. Pon los cinco sentidos en no volverte a mirarla y seguir bien el camino que te llevará hasta mí.

Así habló el hombre luna. Después levantó a sus perros uno por uno y los lanzó hacia lo alto, donde quedaron flotando y no se cayeron. Por último, siguió el trineo y con él el hombre luna, que acto seguido partió. Cada vez que atravesaba un claro entre las nubes, se oía distintamente el retumbar de los patines, como cuando se avanza por hielo duro; pero tan pronto como el trineo volvía a adentrarse en la bruma, el sonido se volvía blando y suave, como cuando se avanza por nieve recién caída.

El cazador siguió a la luna con la mirada hasta perderla de vista; después se metió en su casa, arrancó un tablón del borde del banco donde dormía y empezó a construir un trineo.

No era un trineo bonito, lo hizo demasiado deprisa; y, una vez concluido, no perdió un minuto y cargó con él hasta la cima de un montecillo.

«A lo mejor no consigo más que quedarme sin perros», se dijo, «pero aun así quiero intentarlo».

Lanzó un perro hacia lo alto y, para su enorme asombro, el animal se quedó flotando. Le siguieron los demás y, por último, el trineo, al que se agarró muy bien. Y de pronto se encontró suspendido por los aires con trineo y perros y todo. Como aún se veía el rastro del hombre luna, se fue tras él. Pero, para su sorpresa, no iba hacia arriba; parecía seguir hacia delante como por una llanura.

Ya había avanzado un gran trecho cuando divisó a lo lejos una isla. Los claros eran como el hielo firme y las nubes como banquisa cubierta de nieve. No sucedió nada digno de mención en todo el recorrido. Sin embargo, al llegar a la isla descubrió un rastro que viraba hacia la izquierda y al mismo tiempo oyó un cántico a lo lejos que lo llamaba, hermoso y seductor, casi irresistible: «¡Mat-ta, Mat-ta!». La voz era tan deliciosa que, sin apenas darse cuenta, el cazador se encontró mirando hacia el punto del que surgía. En el instante en que sus ojos se volvieron hacia allí, los perros corrieron siguiendo el rastro y lo llevaron hasta la casa de la que salía la

hermosa voz. Los perros se acurrucaron en el pasadizo*[2] de entrada y no le quedó otra que volcar el trineo y pasar.

Dentro de la casa había una vieja y un hombre. Cada uno ocupaba un extremo de la habitación. El hombre no decía nada, pero la mujer sonreía y se mostraba complaciente con el recién llegado, al que invitó a pasar. El cazador tomó asiento debajo de la ventana y la vieja se apresuró a sacar un tambor y se dispuso a cantar. Por toda vestimenta llevaba puesta una faja, pero de la entrepierna le colgaba una cabeza de perro con dos manchas en los ojos, que le daba un aire grotesco. La vieja empezó a cantar al tiempo que hacía sonar el tambor con un cuchillo. De repente, la cabeza de perro pareció cobrar vida entre sus piernas; tan pronto desaparecía por detrás como volvía sacándole la lengua al huésped en medio de los cánticos y los movimientos cómicos de la vieja. Todo era tan ridículo que el cazador, muy a su pesar, notó que se le contraía un poquito el labio; estaba a punto de sonreír. En ese mismo instante, sintió una punzada ardiente bajo la clavícula y, cuando quiso darse cuenta, la vieja ya le había abierto una herida que le cruzaba el pecho y le había arrancado los pulmones. De pronto se sentía tan fatigado que no podía oponer resistencia alguna; por eso, antes de desplomarse sin sentido corrió hasta su trineo y fue en busca del hombre luna. Llegó prácticamente muerto.

—Te lo había advertido —le reprochó el hombre luna—, ¡no tenías que dejarte engatusar por la canción de la vieja! Ya ves, ahora te ha arrancado los pulmones.

Después corrió a enganchar los perros y fue a casa de la «comepulmones». La encontró con los pulmones servidos en una fuente, esperando a que se enfriaran. El hombre luna se hizo con ellos y estrelló la fuente contra el suelo con tanta furia que la hizo añicos.

Entonces el anciano, que era el marido de la «comepulmones», abrió la boca y dijo con calma:

—Ahora la fuente está rota, y era la única que tenía.

El hombre luna corrió en busca de su huésped antes de que estuviese muerto del todo. Colocó ante él los pulmones y dijo:

—Ahora debes comértelos; es la única manera de que recobres la vida.

El cazador empezó a comerse los pulmones, pedazo a pedazo; cuando ya casi había terminado, se detuvo y dijo:

—¡Es imposible, ya no puedo tragar más!

—Pues vas a tener que hacerlo si quieres ponerte bien —replicó el hombre luna—, de lo contrario no volverás a tener unos pulmones completos.

[2] Las palabras marcadas con * hacen referencia a términos propios de la cultura inuit y se han reunido al final del libro en un pequeño glosario donde se explica con más detalle su significado.

El cazador volvió a meterse en faena y con gran dificultad logró tragar los últimos trozos. Se recobró de inmediato.

Pasó mucho tiempo aún en casa del hombre luna, conociendo todas sus maravillas y admirando muchas cosas que antes le estaban vedadas. Cuando se abatió sobre él la añoranza de su tierra, se despidió y regresó con bien a su poblado junto a su mujer, que ya había perdido la esperanza de volverlo a ver.

Esta es la historia del cazador que fue más fuerte que el hombre luna.

El hombre luna y el ladrón de entrañas

Había una vez una mujer que huyó a las montañas; no podía caminar, tenía que arrastrarse porque su marido le había abierto heridas en las plantas de los pies con un cuchillo.

De camino vio pasar un trineo que volaba por los aires a mucha velocidad. Era el gran hombre luna.

—¡Oye, gran hombre luna! —le gritó. Y él se acercó. Al llegar junto a ella, sintió deseos de tomarla por esposa.

Como llevaba en el trineo gran cantidad de pieles de foca, empezó a apartarlas para que la mujer pudiese sentarse más cómodamente.

—¡Cierra los ojos! —le dijo.

Y salieron volando por los aires.

—Cuando entres en mi casa, no debes mirar en dirección al sol; tampoco puedes sonreír o vendrá el ladrón de entrañas para sacarte las tripas —le explicó el hombre luna.

Cuentan que al lado mismo de la luna vive un hombre que roba las entrañas de la gente. Es primo del hombre luna. Lo visita y danza con él al ritmo del tambor. Mientras canta y baila, trata de hacer que los demás rían y, apenas logra arrancarles la más mínima sonrisa, les abre la tripa en dos y les extrae los intestinos; por eso siempre lleva consigo una bandeja de madera. Su rostro mueve a la risa, porque tiene los ojos muy saltones y las narices hacia arriba, y además retuerce el cuerpo al ritmo del tambor.

Por fin el hombre luna llegó a su casa.

—Ten mucho cuidado y no mires al sol —insistió—, porque si despiertas su curiosidad es posible que te queme.

Entraron luego en la casa y la mujer miró un poco de reojo en dirección al sol; eso bastó para que se le quemara el cuello de pieles.

En un banco* descubrió a varias personas con las entrañas cortadas.

Al parecer, hasta entonces el hombre luna había usado como esposa un hueso de foca, pero ahora que temía una mujer de verdad lo repudió y lo arrojó a la otra punta del cuarto.

—¡Hum! —dijo el hueso, ofendido, al caer al suelo.

—El día que quedes encinta podrás volver a tu casa —anunció el hombre luna a su nueva mujer.

Un buen día recibieron la visita del ladrón de entrañas, que empezó a tocar el tambor. La mujer se quedó espiando por la ventana.

—¡Ha estado a punto de sonreír! —gritó, pero no era cierto, y al final el ladrón de entrañas tuvo que marcharse furioso y con las manos vacías.

Un día la mujer contemplaba la Tierra por la ventana cuando vio allí a sus dos hijos que iban de la mano, y la invadió la nostalgia.

Cuando al fin se quedó encinta, el hombre luna la llevó a su casa.

Aunque la había abandonado, seguía procurándole el alimento, ya que mandaba a la Tierra osos, zorros y liebres.

Pero un día lo sorprendió una vieja y el hombre luna sintió tanta vergüenza que ya nunca volvió con más comida.

Por el relato de esta mujer supimos las personas de las gentes de la Luna.

Narrado por Arnâluk

Cómo apareció «la fuente de carne»

Un petrel quiso un día casarse con un humano. Consiguió una hermosa piel de foca anillada y, como tenía los ojos muy feos, se hizo unas gafas de colmillo de morsa; quería estar guapo. Tomó después forma humana y viajó a un lugar en el que vivían personas, encontró una mujer y regresó a su casa con ella.

El petrel pescaba peces, decía que eran crías de foca y se los llevaba a su mujer.

Pero un día perdió las gafas y su mujer, al ver lo feos que tenía los ojos, rompió a llorar, pues le parecía repugnante.

El marido, en cambio, se echó a reír:

—¿Qué?, ¿ya me has visto los ojos? Bueno, ¡ja, ja, ja!

Y volvió a ponerse las gafas.

Los hermanos de la mujer, que la echaban de menos, fueron un día a visitarla y, aprovechando que el marido había salido a pescar, se la llevaron con ellos.

A su regreso, el petrel estaba desesperado, pero, como sospechaba que a su mujer se la habían llevado a la fuerza, salió en pos de los fugitivos. Batía las alas con tantísimo vigor que sus aletazos desencadenaron una terrible tormenta (y es que era un gran hechicero).

Cuando estalló la tempestad, el *umiak** en que huían los hermanos empezó a hacer agua; el viento era cada vez más fuerte, pues el petrel había redoblado el ritmo de sus alas.

Las olas se encrespaban, blancas de espuma, y el *umiak* estaba a punto de zozobrar; los que iban a bordo, intuyendo que la mujer era la causante de la tempestad, la arrojaron al mar. Ella trató de aferrarse a la borda, pero su abuelo dio un salto y le cortó la mano, y la joven se ahogó.

Pero en el fondo del mar se convirtió en Nerrivik, «la fuente de carne», señora de todas las bestias marinas. Cuando los hombres no logran cazar

ninguna foca, los chamanes corren a ver a Nerrivik. Como le falta una mano, no puede peinarse sola; ellos le peinan el cabello y Nerrivik, en señal de gratitud, deja libres muchas focas y otras criaturas marinas.

Así es como apareció la señora de los mares; la llaman «fuente de carne» porque procura alimento a los seres humanos.

Narrado por Aasivak de Appat

Los espíritus del trueno

Cuentan que dos hermanas jugaban juntas y que su padre no soportaba el alboroto que armaban, pues tenía pocos hijos y no estaba habituado al ruido. Al final siempre acababa por regañarlas y mandarlas a jugar lejos.

Cuando las niñas crecieron y empezaron a cobrar juicio, cansadas de las reprimendas del padre, decidieron escapar. Se marcharon llevando consigo una pequeña piel de perro, un pedazo de piel de bota y un trozo de pedernal y ascendieron a la cumbre de una altísima montaña para crear allí su hogar.

Sus padres las buscaron inútilmente, pues las niñas se habían escondido y no pudieron hallarlas; se habían vuelto montaraces, vagabundas de las montañas, aisladas del ser humano. Solo tenían trato de cuando en cuando con cazadores de renos, pero habían renunciado a regresar con sus semejantes.

Llegó un día en que murieron de hambre y se convirtieron en espíritus malignos; se transformaron en truenos.

Cuando agitan el pedazo de piel de bota llega la tormenta, una tormenta del sur; cada vez que golpean el pedernal, un terrible fuego inunda los cielos; y cuando hacen aguas, diluvia.

El padre recurrió a numerosos chamanes para hacerlas regresar, pero cuando las sintió muertas, se dio por vencido.

Pero cuentan que, convertidas ya en espíritus malignos, volvieron junto a los hombres para matarlos de miedo. Primero fueron a casa de sus padres, a quienes tanto habían incomodado. Solo dejaron viva a una mujer que llevaba una criatura cargada a la espalda. La dejaron vivir para que contase a todos lo temibles que eran.

Cuando llegan los espíritus del trueno, el miedo se abate sobre la misma tierra y hasta las piedras que hay en los llanos salen rodando aterrorizadas y aplastan a los hombres.

Así es como llega el trueno cuando hay tormenta del sur: en el aire cruje y resuena un frotar de pieles secas; el pedernal que llevaron enciende el cielo de cuando en cuando; llueve a mares y es peligroso aventurarse entre el fuego incandescente. Las rocas grandes y todo cuanto sobresale se inflama.

Cuando así ocurre, es costumbre hacer un corte en la oreja de un perro rojo para que sangre y dejar que el animal merodee por la casa goteando por todas partes; así la casa no saldrá en llamas.

Lo único que atemorizaba a las dos muchachas que se convirtieron en trueno era un perro rojo.

Nunca he visto una de estas tempestades, pero mis padres contaban muchas historias sobre los truenos de Akilineq* (Tierra de Baffin).

Cómo apareció la niebla

Había una vez un hombre y una mujer que vivían solos en un poblado. Tenían la desdicha de que los hijos siempre se les morían, y cuando, tras enterrarlos bajo un montón de piedras, volvían a visitarlos, se encontraban con que el cuerpo ya no estaba.

Un día tuvieron un nuevo hijo y cuando murió, como a todos los demás, le dieron sepultura. A la mañana siguiente, el hombre subió a ver la tumba y se encontró, como de costumbre, con que el cuerpo había desaparecido. Bajó a contarle a su mujer lo que había sucedido y decidió que al día siguiente se haría enterrar vivo para descubrir quién era el ladrón de cadáveres. Fueron pues marido y mujer hasta la tumba vacía; el hombre se arrastró hasta su interior y la mujer colocó las piedras de modo que pareciese un enterramiento reciente. Después regresó a su casa.

Al caer la noche, el hombre oyó unos pasos cerca de la tumba; al cabo de unos momentos, alguien retiró las piedras y se oyó una voz que decía:

—Ya han enterrado otro muerto, como de costumbre; un muerto grande, fresco y delicioso.

Acto seguido, el ladrón de cadáveres sacó una cuerda, la ató a los pies del marido, se lo cargó a la espalda con la cabeza colgando y echó a andar tierra adentro con él a cuestas. Llevaban ya recorrido un largo trecho cuando el hombre empezó a cansarse de colgar cabeza abajo, y al pasar por una pequeña hendidura de una roca se aferró con ambas manos a uno de sus márgenes. El ladrón de cadáveres, sin alcanzar a entender lo que ocurría, se detuvo bruscamente y dijo:

—Qué cosa más rara, de repente este muerto se ha vuelto muy pesado.

Tiró con todas sus fuerzas para seguir adelante, pero entonces el marido soltó la roca con la misma brusquedad con que la había agarrado y el ladrón

de cadáveres salió disparado. Cuando, después de un buen trecho, logró volver a enderezarse, dejó el cuerpo en el suelo y empezó a investigar si le quedaba algo de vida. Acercó la oreja a su boca para oír si respiraba y el hombre contuvo el aliento, pero el ladrón escuchó tanto rato que el marido ya no aguantaba más. Justo cuando estaba a punto de darse por vencido, el ladrón se incorporó y dijo:

—Lo que yo pensaba: está tan muerto como al principio.

Y se lo cargó a la espalda y continuó andando.

Después de otro largo trecho, el hombre volvió a cansarse de colgar cabeza abajo y empezó a buscar algo a lo que agarrarse, y como en ese momento pasaban junto a unos arbustos, los aferró fuertemente con ambas manos. De nuevo se detuvo el ladrón y empezó a tirar con todas sus fuerzas para seguir adelante.

—¡Otra vez vamos mal! ¿Cómo es posible que este muerto sea de pronto tan pesado?

De nuevo soltó el marido y de nuevo salió el ladrón corriendo para no caer de bruces. Después dejó al muerto en el suelo y lo examinó como antes, pero tampoco esta vez halló nada misterioso, de modo que volvió a cargarlo y siguió caminando. Al cabo de un rato divisaron una casa y hacia ella se dirigieron.

Una vez en la casa, arrojó al hombre al suelo delante del banco en el punto donde iban a descuartizarlo. En la casa se encontraban su mujer y dos niños. Al ver al muerto, los dos pequeños gritaron a cuál más alto:

—¡Yo me pido una mano! ¡Y yo la otra! ¡Qué rico tiene que estar!

El ladrón de cadáveres, agotado después de tan larga caminata con el muerto a cuestas, se echó en el banco y se quedó dormido. El hombre aprovechó para abrir los ojos y echar un vistazo a la casa. Descubrió que en la pared, encima de su cabeza, había un hacha colgando; pero apenas la hubo visto, los dos niños empezaron a gritar a cuál más alto:

—¡Padre, padre, el muerto ha abierto los ojos!

El ladrón, amodorrado, se incorporó, y al ver que el cadáver seguía con los ojos cerrados y bien cerrados, mandó callar a los niños y dijo:

—¡Qué tonterías son esas! Si está ahí, donde lo he puesto.

Y se acostó otra vez y volvió a dormirse.

La mujer se puso entonces a afilar su *ulu** para descuartizar el cadáver y, cuando ya lo tenía bien afilado, se remangó y se dispuso a abrirle la barriga al muerto, pero él metió la tripa a tal velocidad que el cuchillo no llegó siquiera a rozarlo.

—Pero bueno, ¿esto qué es? ¿No habré afilado el *ulu* lo bastante para abrir una barriga?

Y después de examinar el cuchillo, volvió a afilarlo en la piedra. Cuando al fin consiguió el filo adecuado, volvió a intentarlo. De nuevo el hombre

metió la tripa, pero esta vez el cuchillo llegó a rozarlo y le escoció un poquitín. Pensó: «¡Ojalá se apagaran todas las lámparas!».

Y con tanta intensidad lo pensó que las lámparas se apagaron al instante.

—¡Madre, madre, ahora se han apagado las lámparas! —chillaron los niños. En ese preciso instante el cadáver se puso en pie de un salto, agarró el hacha que había visto colgar de la viga del techo y cortó la cabeza del ladrón dormido.

—¡Elmú, elmú, elmú, elmú! —gritaban los niños; querían decir que el muerto estaba vivo, pero tenían tanto miedo que solo les salía «elmú».

Y antes de que volvieran a encender las lámparas, el hombre estaba ya en el pasadizo de la casa corriendo a más no poder. Después de correr un rato, volvió la vista y descubrió que la mujer venía pisándole los talones. Corría a todo correr y le ganaba terreno con el enorme *ulu* bien afilado en la mano. Al ver que la mujer seguía acercándose, el hombre gritó a pleno pulmón:

—¡Ojalá se alzaran a mi paso rocas gigantescas!

De inmediato surgieron detrás de él unas rocas gigantescas, algunas de ellas escarpadas y muy altas. La mujer se detuvo al verlas y le gritó:

—¿Cómo has logrado evitar esas rocas?

—¡He saltado por encima! —gritó el hombre; y dicho y hecho, su perseguidora empezó a saltarlas. Pero tan altas eran que no se veía otra cosa que su moño, que de cuando en cuando asomaba entre las piedras. Al ver que la mujer no tardaría en darle alcance, el hombre echó de nuevo a correr con todas sus energías. Ella también corría cuanto podía y no tardó en empezar a ganar terreno. Cuando el hombre comprendió que si no ponía remedio no tendría escapatoria, gritó con toda la fuerza de sus pulmones mientras saltaba una grieta:

—¡Ojalá esta pequeña grieta se abriera hasta convertirse en un colosal barranco de laderas escarpadas!

Y de inmediato se abrió la grieta y se convirtió en un colosal barranco de laderas escarpadas.

—Caramba, caramba, ¿cómo has logrado pasar al otro lado?

—¡Saltando, claro! —gritó el hombre, y mientras ella saltaba, volvió a echar a correr con todas sus energías. Cuando ya estaba a punto de ser alcanzado rebasó un altozano, y al llegar al otro lado dijo:

—¡Ojalá este altozano se transformase en un inmenso abismo a mi espalda!

Y de inmediato creció el altozano hasta transformarse en un inmenso muro que descendía abruptamente, y era tan elevado que apenas se distinguía a la mujer en lo alto, donde hacía grandes aspavientos con los brazos. Desde allí gritó hacia abajo, y tan alejada estaba que casi no se oía su voz.

—Pero ¿cómo has logrado bajar por este abismo?

—¡Me he ido deslizando! —gritó el hombre. Apenas le dio tiempo a completar la frase cuando vio que la mujer ya estaba sentada y empezaba a deslizarse; iba cayendo de cornisa en cornisa, y al llegar al fondo se quedó echada en el suelo como si estuviese muerta. Pero al cabo de un momento se incorporó con el *ulu* aún en la mano, y se puso en pie de un salto y echó a correr tras el hombre, que ahora corría también, pero para salvar su vida.

Después de correr un rato, comprendiendo que la mujer volvería a darle alcance, saltó por encima de unos matojos de sauce y dijo:

—¡Ojalá crecieran de pronto hasta hacerse formidables!

Y de inmediato brotó un auténtico bosque de arbustos impenetrables pegados unos a otros.

—Pero ¿cómo has logrado superar este obstáculo? —gritó la mujer.

—He pasado entre las plantas.

—Ah, era eso —rio ella, y enseguida empezó a abrirse paso entre los arbustos y, sin importarle que le hicieran jirones la ropa y le rasgasen la piel hasta ensangrentarla, resistió y continuó hasta atravesar el bosque, y al llegar al otro lado echó a correr tras el hombre.

De nuevo tuvo él que correr con todas sus energías; sintiendo que estaba ya al límite de sus fuerzas, ideó una nueva treta para refrenarla y, tras saltar un arroyuelo, se volvió y gritó:

—¡Ojalá este arroyo creciese hasta ser imponente y caudaloso!

Y de inmediato manó más agua y el arroyo se convirtió en una corriente ancha e impetuosa que detuvo a la vieja. La veía en la otra orilla, pero no oía lo que gritaba, aunque no le cabía duda de lo que le preguntaba, de modo que por señas le contestó que había cruzado bebiéndose el arroyo.

De inmediato se echó la mujer bocabajo y empezó a beber, y bebió, bebió, bebió y siguió bebiendo, tanto que finalmente la corriente se resintió y sus remolinos y rápidos espumeantes empezaron a perder algo de ímpetu, pero para entonces ella estaba ya tan inflada que, poniéndose de pie, gritó:

—¡Pero dime cómo has logrado cruzar este inmenso río!

Aunque el hombre no la oía, sabedor de lo que le preguntaba, le contestó:

—Ya sabes, me lo he bebido.

De nuevo empezó ella a beber, y al cabo de un rato la corriente había vuelto a perder algo de brío, pero la mujer estaba tan hinchada y llena de agua que tenía las piernas levantadas apuntando hacia lo alto. Como no podía más, le gritó al hombre:

—¡Dime de una vez cómo has cruzado el río!

De nuevo le hizo él señas y dijo:

—¡Sigue bebiendo! Ya ves que estás vaciando todo el arroyo. Tú bebe, ¡bebe!

Rezongando, ella acercó la boca al arroyo y empezó a beber de nuevo... hasta que reventó. El hombre oyó un estallido y, de pronto, una especie de llovizna empezó a caer al suelo; la lluvia arreció hasta formar una densa niebla que envolvió todo el país, a pesar de que era un día muy hermoso que no amenazaba tormenta.

Así murió la hechicera, y cuentan que así apareció la niebla.

El hombre, por su parte, volvió a su casa con su mujer y le contó cuanto había vivido.

La niebla lo envolvió todo por mucho tiempo, pero cuando aclaró, el hombre fue a comprobar qué había sido de los niños brujos. Y se encontró con que, desesperados, se habían aferrado a los postes de la casa y habían llorado tanto que al final, perdido el aliento, se habían ahogado en sus propias lágrimas.

Pero el hombre no pudo sino alegrarse, pues así se vengaba de quien había devorado a todos sus hijos.

El país de los muertos en el cielo

Aggu era un célebre chamán que había viajado en espíritu a casi todos los lugares que acostumbran a visitar los grandes chamanes; sin embargo, aún no había subido nunca al cielo de los muertos, donde los hombres siguen viviendo tras su paso por la tierra. Decidió por ello un día que su espíritu viajase hasta allí y se dispuso a partir, para lo cual ordenó que solo preparasen sus medias, y no sus botas. Oscurecieron la casa y el chamán empezó a invocar a sus espíritus tutelares. Antes de que la casa quedase completamente a oscuras, el tambor empezó a tocar solo, lo que siempre es señal de que quien hace el conjuro es un gran chamán, pues la magia cobra vida antes incluso de que concluyan los preparativos. Cuando la oscuridad fue total, oyeron la llegada de los distintos espíritus. Algunos eran inmensos y hacían retumbar la tierra a su paso, hablaban con voz grave y sus palabras resonaban como gritos. Otros hablaban con tenues vocecillas femeninas y se los intuía menudos y ligeros de piernas. Una vez reunidos todos los espíritus, podía dar comienzo el viaje.

Cuando el alma de un chamán abandona el cuerpo, que permanece en la casa, se acostumbra a dejar uno de sus espíritus tutelares en su lugar. De vez en cuando se oye su voz, pero toda su misión consiste en velar porque a las muchas personas allí reunidas no les suceda nada en ausencia del chamán. Aquel día un viejo espíritu llamado Titigaq se quedó en lugar del chamán. Era un anciano con las caderas tullidas y la mandíbula descoyuntada. Cuentan que en el transcurso de un viaje voló a tal velocidad que la presión del aire le dislocó la boca y no volvió a componérsele.

Al cielo se sube volando hacia el punto del horizonte donde cielo y tierra se encuentran; a partir de ahí, hay que trepar. Cuando llegó el chamán, tropezó con una escalera de tres peldaños, tres peldaños altísimos; tan altos eran que a duras penas podía pasar de uno a otro. Por los peldaños chorreaba la sangre humana y los hacía muy resbaladizos.

Cuando las personas mueren y van al cielo pierden toda la maldad; se limpian y se depuran al quedar el cuerpo sin sustancia. Esto tiene lugar durante el año de luto, en el que los parientes lloran al difunto y observan los tabús, pues el contacto con el cadáver los ha hecho impuros. Durante todo este tiempo, el muerto se arrastra debajo de un gran pellejo y pierde así la sustancia; la sangre que abandona su cuerpo es la que chorrea por la escalera del cielo.

Tras subir penosamente y con riesgo para su vida por los peldaños mojados y resbaladizos, el chamán llegó a una vasta llanura, la gran llanura del cielo. Apenas puso un pie allí, se alzó un griterío:

—¡Ha llegado, ha llegado! ¡Tenemos visita, tenemos visita!

Se abalanzó hacia él un gentío que llegaba a la carrera de todas partes, de modo que el chamán y sus espíritus no tardaron en quedar rodeados de personas. Entre ellas reconoció a su difunto padre.

—Caramba, caramba, ¡conque has venido! ¡Lo veo y no lo creo!

—¡Pues sí!

—¿A quedarte?

—¡No!

—Ah, te has convertido en chamán —dijo el padre al ver de pronto a los espíritus—. Pero ¿dónde está tu madre?

—Hace mucho que murió.

Al saberlo, el anciano calló, afligido.

—La arrojamos al mar —prosiguió el hijo.

Solo aquellos sepultados en tierra firme suben al cielo; los arrojados al mar descienden al inframundo, que también es un lugar muy agradable.

—¿Y dónde se encuentra entonces tu hermano pequeño? —preguntó el padre.

—Él también está muerto y en el fondo del mar.

En ese momento, el viejo rompió a llorar, desolado ante la pena de no ver más a su hijo. Pero, enjugándose las lágrimas de inmediato, de pronto empezó a cantar como si nunca se hubiese sentido triste.

El hijo, muy asombrado, le preguntó:

—¿Pero es que te has vuelto loco? Hace un instante llorabas de pena por tu hijo, ¡y ahora de repente cantas de alegría!

El padre le contestó:

—Sí, algún día entenderás todo esto. Aquí arriba no vivimos como en la tierra, abrumados por las penas; cantamos mucho y nos parece maravilloso estar aquí.

Mientras así conversaban, se aproximó una joven con la melena suelta; vista de cerca, tenía las orejas como las de una foca.

El padre le preguntó:

—¿Es que no la conoces?

—¡No! —respondió el hijo.

—¡Si es tu hermana! No te imaginas las veces que ha salido a recoger bayas y las ha colocado en tu camino de manera que tú las encontraras; y cuando al día siguiente volvía a pasar por allí, las bayas ya no estaban.

El chamán recordó de pronto que tiempo atrás había tenido una hermanita, pero como había nacido con las orejas de foca, sus padres la habían matado para que no penase viviendo entre otras personas. Y así reencontró a su hermana entre los muertos.

El padre, que estaba ansioso por mostrarle todo, lo condujo a la llanura del cielo y le habló de todas las cosas extrañas que le faltaba aprender. Llevó al hijo y a todos sus espíritus a Qaleqqat, un pellejo formidable bajo el cual se retorcía y se revolcaba una multitud de pequeños seres semejantes a gusanos.

—Aquí es donde los muertos se liberan de su sustancia —le explicó el padre.

El chamán descubrió entonces que aquella masa reptante era un caos de personas, personas muertas que pugnaban por volver a la vida en el cielo. Algunos acababan de emprender el camino hacia el pellejo; eran los muertos recientes, que empezaban a arrastrarse. A otros solo se les veían las piernas, pues ya tenían cabeza y torso bajo el pellejo. Del mismo modo, había personas que asomaban por el otro extremo; eran los que empezaban a salir de él.

El anciano padre explicó:

—Aquí tienes a los muertos que pugnan por liberarse de la sustancia del cuerpo. Una vez transcurrido un año desde su muerte, salen del pellejo y se unen a nosotros. Los únicos que lo atraviesan rápidamente son los que nacen muertos o mueren de niños; esos llegan reptando, se arrastran bajo el pellejo y salen por el otro lado de inmediato.

El hijo, maravillado ante todo esto, preguntó de pronto al padre:

—¿Y estás muerto de verdad?

A lo que este respondió:

—Mira tú mismo si queda algo de sustancia dentro de mi cuerpo.

El hijo tomó al padre de la muñeca y apretó con fuerza. Al principio notó los huesos de siempre, pero de pronto los huesos parecieron esfumarse y no le quedó en la mano materia alguna; al final fue como si sus dedos atravesasen la muñeca del padre hasta encontrarse.

De repente el padre gritó:

—¡Suelta, suelta, suelta o moriré de nuevo!

Cuando el hijo lo soltó, el anciano tardó un tiempo en recuperar las fuerzas.

Los moradores del cielo viven solo de bayas y de cuervos; allí no hay focas ni animales marinos de ningún tipo, y quienes no pueden pasar sin

ellos han de procurar que los arrojen al mar después de muertos; así irán a parar debajo del agua, donde todo está lleno de muchas clases de animales marinos.

El anciano padre habló de la vida entre los moradores del cielo y condujo al hijo y a todos sus espíritus por la llanura. Llegados a un punto, apareció una vieja cargada con todos los cuervos que era capaz de arrastrar. Se les acercó cantando, desbordante de alegría, y le gritó al chamán:

—¿Acaso creías que el país de los vivos es el único lugar donde vale la pena vivir? ¡Te aseguro que no! Lo cierto es que solo aquí, después de muertos, llegamos a conocer las grandes alegrías. ¡Fíjate en eso! Ahí hay una pendiente, un desnivel que desciende hacia lo hondo. Allí atrapamos a los cuervos que deseamos y la sola empresa de cazarlos es una gran diversión.

En el cielo hay cuervos más que de sobra; cuentan que son moscas que se transforman en aves al llegar al cielo.

Ajaqqisaaq es el nombre de un viejo espíritu tutelar que suele guiar a los chamanes cuyo espíritu viaja al cielo. Va pasando en herencia de un chamán a otro, y, como tarde o temprano todos han de ver la llanura celeste, con el tiempo ha llegado a conocer cada uno de sus rincones. Por eso acompañaba en su recorrido al chamán y a su anciano padre.

Por la llanura discurría un río enorme y una turba de chiquillos se afanaba en pescar pequeñas truchas desde sus márgenes. Algunos de ellos disponían de buenos aparejos y pescaban una trucha detrás de otra; otros, por el contrario, no tenían con qué pescar y debían contentarse con mirar.

El anciano padre dijo:

—Diles a los hombres que siempre han de procurar que sus hijos, al morir, lleven consigo a la tumba todos sus útiles; ya ves lo que les sucede a quienes no los traen.

Continuaron hasta llegar a un lugar donde el agua desprendía vapor; humeaba como si estuviera caliente.

—Ah —dijo Ajaqqisaaq—, aquí tenemos el agua que beben los moradores del cielo.

—¿Agua caliente? —se sorprendió el chamán.

—¡Tócala!

Y cuando Aggu metió el dedo, ¡a punto estuvo de perderlo congelado de fría que estaba! Por eso humeaba. Los moradores del cielo tenían un agua excelente.

Entonces dijo el anciano padre:

—Pero tenemos que ir a escuchar esa canción que tanto agrada a los hombres.

Y fueron hacia el lugar donde los moradores del cielo celebran sus festejos y sus duelos cantados. Se distinguía el murmullo del coro, canto de

mujeres, canto de hombres; pero aproximarse a ellos resultó imposible y el chamán no logró reconocer las ropas que llevaban. Se debía a que habían llegado a un punto donde había gentes venidas de tierras extranjeras.

Tantas eran las cosas que debían ver que no se percataron de que el tiempo pasaba y ya faltaba poco para el fin de la noche. Dijo entonces el padre:

—Tienes que apresurarte y volver a tu casa antes de que rompa el alba; si no, te verás obligado a quedarte aquí por siempre.

Aggu emprendió de inmediato el camino de regreso, pues ya rayaba la aurora. El viaje fue veloz y sin contratiempos, y en ningún momento encontró el chamán los obstáculos que tantas penalidades le habían causado en el camino de ida; hasta las escaleras chorreantes de sangre habían desaparecido. Así llegó Aggu a casa sano y salvo y les contó a los hombres cómo era el país de los muertos de la llanura celeste.

El país de los muertos en el inframundo

En una ocasión quiso Aggu, el chamán, visitar el país de los muertos en el inframundo y mandó coser nuevas medias de piel y ropas impermeables de intestino. Cazó después una foca pía joven cuya piel hizo secar para cegar la ventana a la hora de invocar a sus espíritus tutelares.

Llegado el día, invocó a los espíritus con un conjuro en la oscuridad. Uno solo de ellos se resistía a acudir, el viejo Ajaqqisaaq, pero en vista de la insistencia del chamán, finalmente apareció.

—¿Por qué no querías venir?

—Porque es una estupidez descencer al país de los muertos en el inframundo sin haber ido antes a ver a la madre del mar. El chamán que desciende primero al país de los muertos jamás podrá visitar a la señora de todas las criaturas marinas.

Pero Aggu deseaba salirse con la suya y su espíritu partió con los demás y descendió hacia el mar, que se abrió ante ellos.

El chamán contó más tarde que fue como si una senda se abriese a través del mar solo para ellos. No tenían la sensación de encontrarse en el agua; solo el tiempo era húmedo, como si chispease sin cesar, de modo que mucho antes de llegar sentía ya empapadas sus ropas de intestino. De repente, divisaron un claro más adelante y una vez llegados a él, el tiempo se tornó espléndido. El sol que había bajo el mar era pequeño, mucho menor que el sol del cielo, y podían mirarlo sin quedar cegados.

El camino por el mar no había sido penoso; no se percibía que bajaba hacia el fondo; solo había que superar algunas pendientes muy resbaladizas.

Al fin llegaron a los confines entre las aguas y el país situado bajo el mar; la frontera la marcaba un río espumoso que solo se podía cruzar saltando sobre unas piedras grandes y puntiagudas cubiertas de unas algas

húmedas de aspecto tan escurridizo que nadie se atrevía a pisarlas. Sin embargo, Ajaqqisaaq, que jamás temía a nada, subió de un salto hasta ellas, recobró el equilibrio y llamó a los demás. Todos los espíritus fueron detrás y al final solo quedó Aggu, el único que no se atrevía a dar el salto; y es que estaba convencido de que perdería pie y se vería arrastrado en la vorágine de aquel torrente espumeante. Al ver sus dudas, Ajaqqisaaq le gritó:

—Si no te atreves a saltar ahora y das media vuelta, jamás llegarás al país de los muertos; estas piedras serán para siempre el confín último de tu travesía por los mares.

Saltó el chamán a las piedras y, para su propia sorpresa, se encontró con que las algas solo eran resbaladizas en apariencia. Así salieron todos bien librados.

Llegaron luego a una pendiente uniforme por la que los muertos solían pasar de la tierra al país del inframundo. Era muy lisa y, por ello, difícil de remontar; los más ancianos sobre todo avanzaban lentamente, algunos solo llegaban a medio camino y resbalaban de nuevo hasta el punto de partida. Todos penaban y se esforzaban por liberarse de su sustancia, exactamente igual que los moradores del cielo bajo el gran manto de piel.

Al otro lado de esta pendiente vieron unos soportes de madera entre los que habían tendido correas de piel de foca. Sentada en ellas, una mujer se columpiaba adelante y atrás; era Qatsuaavak, a quien nada se puede tener oculto. Apenas los vio, empezó a gritar que llegaban forasteros y de inmediato surgió un tropel de gentes que venían de todas partes. Entre ellas había un hombre ancianísimo que resultó ser el abuelo del chamán. Le acompañaba otro más viejo aún, un chamán de los tiempos más antiguos que en un viaje espiritual había llegado a volar a tal velocidad que había perdido un ojo. Apenas se acercó a ver a Aggu, dijo:

—Has cometido un error al no ir antes a visitar a la madre del mar; ahora ya no podrás ir jamás a verla. ¡Escucha!

Y de pronto se oyó con claridad el fragor de un torrente, el gran río que discurre bajo la casa donde vive la señora de las criaturas marinas.

El chamán siguió su camino para ver todos los prodigios que allí había. Más adelante vio una foca pía y sobre ella un kayak cruzado. Asombrado, preguntó por qué lo habían dispuesto así. Entonces le explicaron que un hombre había volcado y se había ahogado a causa de aquella foca.

El país de los muertos en el inframundo era una extensa franja costera; desde cualquiera de sus puntos se divisaba el mar y se podía caminar a lo largo de sus playas.

Vieron después una cría de foca pía que se acercaba nadando. Decían que era una foca que servía para ejercitar los músculos de los muertos. Cuando emergió, uno de los recién llegados la arponeó y, tras ejercitar sus músculos y su destreza, la dejó tan indemne como antes para que sirviese a otros.

En otro lugar había muchas personas, vivas las unas, medio podridas las otras.

—¿Qué significa esto?

—Veréis, cuando alguien muere y sus parientes lo lloran demasiado, no recupera las fuerzas y debe yacer así hasta que dejan de llorarlo. Contadles por eso a los hombres que hay que llorar a los muertos, pero un llanto incontrolado les hace más mal que bien.

Del mar llegaba el incesante resoplido de los animales marinos. Eran focas que se mantenían a flote a ras del agua; narvales, ballenas blancas y otras grandes bestias asomaban a la superficie, y el aire se cuajaba de sonidos cada vez que resoplaban y respiraban. Había una gran abundancia para aquellos que vivían de la caza. Sin embargo, siempre que el chamán se volvía a mirarlos, los animales desaparecían antes de que pudiera examinarlos. Se debía a que su sitio aún era la tierra, no estaba muerto.

El chamán se disponía a partir antes del alba cuando le preguntaron dónde preferiría vivir a su muerte, allí o en el cielo, a lo que él contestó:

—Depende de cómo sea el agua que bebéis.

Entonces les faltó tiempo para conducirlo al lugar al que los muertos de debajo del mar van a buscar agua.

El agua era hermosa, clara y límpida, pero cuando la probó no le pareció ni caliente ni fría.

—No —dijo el chamán—, la gente debe beber agua fría y fresca.

No quería estar allí; pero cuando preguntó si no era posible ir a los dos sitios, al cielo y bajo el mar, le contestaron que siempre que a su muerte lo depositaran en la ribera, lo dejaran allí durante tres días y solamente pasados esos tres días lo arrojasen al mar, podría ir adonde se le antojase, unas veces a las costas submarinas y otras a la inmensa llanura celeste.

Tras oír estas palabras, el chamán emprendió el viaje de regreso con sus espíritus y llegó sano y salvo sin ninguna de las penalidades que había pasado en el viaje de ida. Y una vez en casa, contó a los hombres cuanto había visto y oído.

La anciana que visitó el país de los muertos

Había una vez, hace mucho tiempo, un poblado con dos casas, y en una de las casas vivía una anciana con sus dos hijos, magníficos cazadores.

Un buen día el hijo menor no volvió de cazar y su madre quedó ahogada por la pena. Pasado un tiempo también pereció el mayor y la anciana rompió a llorar de desesperación, y lloró y siguió llorando todo un día y toda una noche, y cuando aclaró, la mañana la encontró llorando todavía. Al caer la noche del segundo día quedó inconsciente y los demás habitantes de la casa la dieron por muerta.

La anciana sintió de pronto que iba hacia el país de los muertos. Al ver un gran agujero en el cielo penetró por él y continuó adelante sin saber adónde iba. Entonces llegó a una piedra enorme que giraba como un trompo y le cortaba el camino. Debajo de la piedra, que estaba llena de sangre, había un sinfín de huesos humanos. Aunque no se veía a nadie, se oyó una voz que gritaba:

—¿Es un muerto el que llega?

La anciana aún no había contestado cuando vio que su abuela, muerta años atrás, se le acercaba diciendo:

—Debes contestar así a la piedra: «No es un muerto el que llega, estoy viva».

Nada más pronunciar esas palabras, se le franqueó el camino y llegó a una casa. La acompañaba su abuela. Se asomaron las dos al pasadizo de entrada y vieron que estaba lleno de agua. La única vía de acceso era un paso tan estrecho como una correa tensada. Al detenerse, oyeron una voz que gritaba desde dentro de la casa:

—¿Eres un muerto que llega?

Y su abuela le indicó que contestara:

—No, soy una viva que llega.

Apenas entraron en la casa, reconoció a sus difuntos hijos y se sintió llena de alegría al reencontrarse con ellos. Pero vio que el menor tenía los pies y las piernas cubiertos de hielo casi hasta las rodillas. Se acercó a él y empezó a quitarle el gélido hielo. Entonces su hijo habló así:

—Grande es el mal que nos causa tu pena desenfrenada por nuestra muerte. Las lágrimas que derramas se convierten en hielo en nuestras piernas.

Al oírlo, su madre se afligió mucho y, viendo que el otro hijo también tenía heladas las piernas, se puso también a quitarle el hielo de los pies. En ese momento, tomó la palabra la anciana abuela:

—Cuando llegues a tu casa no llores más, pues tu pena solo trae sufrimientos a tus hijos.

La anciana madre permaneció en la casa unos instantes más. De repente oyó una voz y al volverse descubrió a una muchacha que intentaba alcanzar unos huesos roídos suspendidos del techo con una correa.

Al verla pensó: «¿Qué estará haciendo?».

Su abuela contestó:

—¡No quiso danzar en vida y por eso lo hace ahora!

La anciana madre se quedó en la casa un poco más, maravillada ante las cosas tan extrañas que veía, pero su abuela le dijo:

—Ahora debes irte a casa, aún no estás muerta. Solo a tu muerte podrás reunirte con tus hijos.

Y, mal que le pesara, se vio obligada a emprender el camino de regreso, pues al verla titubear la abuela la empujó y la lanzó por el firmamento. Allí se encontró a un joven de su poblado. Estaba encaramándose para entrar por el agujero, pero la anciana volvió a bajarlo de un empellón. Como el muchacho se resistía, tuvo que llevarlo a la fuerza hasta su casa. Al mirar por la ventana, vio que ya habían tendido su cuerpo en el suelo. El alma lo había abandonado y lo creían muerto, pero como la anciana la traía de regreso, el joven se reanimó. Del mismo modo, el alma de la anciana madre regresó a su cuerpo cuando ya sus vecinos la daban por muerta. Ahora que había visto a sus hijos y sabía que volvería a reunirse con ellos cuando muriese, vivió feliz el resto de sus días; y como el muchacho cuya vida había salvado le procuraba carne, vivió sin preocuparse por el sustento hasta su muerte.

Narrado por Silas, Ilimanaq

El viaje de Nivigkana al país de los muertos

Una mujer de nombre Aangiina enfermó y quise ayudarla. Por eso hice un conjuro y mi alma penetró en la tierra por una pequeña hendidura mientras mi cuerpo quedaba sin vida en la casa.

El camino al país de los muertos descendía por un hondo precipicio hacia el que caía una gran cascada. Bajé por el precipicio hasta llegar muy abajo; de repente las paredes del abismo se ensancharon y divisé un paisaje coronado por un cielo azul oscuro. Allí no había luz como aquí arriba; el sol era más pequeño y más débil que en la Tierra, y la luz parecía llegarle desde arriba. A mi llegada era invierno, pero no había nieve; jamás nieva en el inframundo, aunque sí había hielo en el mar y eché a andar sobre él siguiendo la costa.

Encontré entonces a tres hombres que empujaban sus trineos por el hielo reluciente; no tenían perros. Reconocí de inmediato a mi difunto hermano, Qajaataq, que al verme me llamó. Los dos que lo acompañaban se llamaban Pualuna y Aleqatsiaq. A Pualuna lo conocía, al otro no, pues era de Akilineq.

Me contaron que se encontraban a gusto en el país de los muertos. Había muchas focas, morsas y narvales, y hablaron también de un río repleto de salmones. Preguntaron si deseaba acompañarlos hasta ese río y yo los acompañé. Ya llevábamos un trecho recorrido por el hielo cuando de pronto mi hermano señaló hacia el precipicio por el que yo había llegado y me susurró al oído:

—Ahora has de dar media vuelta si no quieres quedarte aquí para siempre.

Sin embargo, al descubrir los otros que mi hermano pretendía enviarme de regreso entre los vivos, hicieron cuanto pudieron por retenerme. De repente descubrí cuando menos lo esperaba el alma de Aangiina, la enferma,

y recordé de improviso para qué había bajado. Eché a correr tras el alma, la atrapé y regresé al precipicio decidida a volver con los vivos.

Así es como recobré el alma de Aangiina, que poco tiempo después se recuperó de su enfermedad.

Narrado por la chamana Nivigkana

Anngiak, el niño traído al mundo en secreto

Había una vez un grupo numeroso de hermanos que solamente tenían una hermana. Cuando un hombre iba a pedirles a su hermana para esposa, siempre lo rechazaban. Un día, un viejo solterón la dejó encinta, pero la joven, que tenía miedo de sus hermanos, mantuvo en secreto que esperaba un hijo. Lo trajo al mundo en las montañas a comienzos del invierno en el mayor de los secretos. Era un niño muy robusto, pero nadie tuvo noticia alguna de él.

Llegó el invierno y el invierno pasó, y al acercarse la primavera todos los vecinos del poblado salieron a cazar renos. Cuando la nieve dejó de cubrir la tierra, el niño traído al mundo en secreto se despertó. Volvió a la vida y empezó a seguir el rastro de su madre; y siguiéndolo llegó hasta una casa donde esta había vivido, pero la encontró vacía, nadie habitaba ya allí. Al bajar hasta la playa, supo que se habían ido. Por eso buscó algo que pudiese servirle como kayak y encontró el cráneo de un perro tan viejo que se había vuelto blanco. El espectro lo usó como kayak y empleó una costilla como remo. De esta guisa remó en la misma dirección que los demás hasta llegar al lugar donde habían acampado para cazar renos. Pero nadie lo vio, pues solo los chamanes pueden ver a los espectros.

El espectro se quedó en el campamento sin que lo descubrieran y no tardó en salir a acompañar a los cazadores, que por su causa no lograban abatir ninguna presa. Un día, cuando como de costumbre había espantado a todos los animales, los cazadores dijeron:

—Lo más probable es que nos siga el espectro de un niño traído al mundo en secreto. Es él quien espanta a todos los animales.

Y, en efecto, así era. Otro día, un cazador que intentaba matar un animal dejó por un instante el arco en el suelo. Al momento, el espectro se apoderó del arma y disparó contra el reno. Cuando la presa cayó, corrieron hacia ella y la encontraron atravesada por una flecha; entonces tuvieron la certeza de

que los acompañaba el espectro de un niño. Desde ese momento, el espectro no volvió a salir con ellos a cazar renos.

Pasada la época en que abundan estos animales, regresaron a su hogar, un *umiak* tras otro, y el espectro fue con ellos sirviéndose del cráneo de perro como kayak; llegó hasta el poblado con los demás sin que nadie lo viera.

El otoño se acercaba. Cuando llegó, enfrió tanto el agua que los kayaks se cubrieron de hielo. El espectro seguía saliendo a cazar con ellos como tenía por costumbre, a bordo del cráneo. Un día, remó directo hasta un hermano de su madre sin que este se percatara, lo agarró por el kayak y le hizo volcar. Cuando lo vieron los demás hermanos, remaron hacia él con todas sus fuerzas, pero no llegaron a tiempo para salvarlo.

El espectro volvió a tierra con los demás como de costumbre, pero estaba avergonzado de haber matado a su tío y por eso no durmió dentro de la casa como otras veces, sino en el pasadizo.

En su siguiente salida, mató a otro de sus tíos del mismo modo. También en esta ocasión le remordió la conciencia por su crimen, y cuando anocheció se echó a dormir en una tumba que había en las inmediaciones de la casa. Pero el muerto se asustó tanto al verlo que empezó a chillar como un loco, y el espectro tuvo que propinarle unos cuantos codazos para que se calmase.

La siguiente vez que mató a uno de sus tíos volvió a acostarse al lado del muerto, que a su vez volvió a aullar de miedo; pero de nuevo le clavó el espectro el codo en el costado y volvió a calmarlo.

Así acabó el espectro con todos sus tíos maternos. Al final, unos chamanes hicieron un conjuro y vieron un *anngiak,* el espectro de un niño traído al mundo en secreto. Lo engañaron para hacerle entrar en la casa y después trataron de capturarlo; el espectro, sin embargo, flotaba por el aire sin tocar el suelo, y antes de que lo atraparan escapó por un agujerito de la ventana. Los chamanes tuvieron que volver a encender todas las lámparas y desistir de capturarlo aquella noche.

Al día siguiente volvieron a invocar a los espíritus tras esmerarse en tapar todos los huecos que había en la casa. Tampoco en esta ocasión hizo falta mucho tiempo para que uno de los chamanes descubriese al espectro y lo metiera en la casa. Pero había una abertura diminuta en la esquina de una de las ventanas por la que escapó. Solo cuando invocaron a los espíritus por tercera vez, atraparon y mataron al espectro. Entonces los chamanes empezaron a investigar quiénes podían ser el padre y la madre de aquel niño.

Reunieron por separado a todos los jóvenes en una casa y a todas las muchachas en otra y pasaron el espectro por las cabezas de todos ellos; de este modo, al llegar a la cabeza de su padre o de su madre, el espectro estallaría y su sangre bañaría al progenitor que buscaban. Nadie sabía dónde estaba el solterón, pero tampoco había nadie que sospechara de él, de

manera que el espectro recorrió las cabezas de todos los hombres sin que apareciera el padre.

Después se pasó el espectro por las mujeres, y apenas llegó a la hermana de los muchos hermanos, estalló y la bañó en sangre. Y así fue como la joven hubo de reconocer que había tenido un hijo con el viejo solterón y lo había traído al mundo en secreto, y con esto acaba esta historia.

Narrado por Jan Brandt, Aasiaat

El alma que pasó por todos los animales

Cuentan que un hombre llamado Avovang era invulnerable. Tenía su morada en Kangerdlugssuaq.

En una ocasión, en la época en que es agradable salir de casa, cuando los días no mueren en noches oscuras y todo confluye hacia el gran verano, estaba el hermano de Avovang apostado en el hielo junto al respiradero de una foca.

En esas andaba cuando apareció un trineo; al llegar hasta donde él se encontraba, dijo el hombre que lo guiaba:

—¡Vienen muchos trineos para matar a tu hermano!

El hermano corrió de vuelta a las casas y refirió lo que había oído; después subió también a todo correr por un repecho rocoso y escarpado, y allí se escondió.

Los trineos se detuvieron frente a las casas y Avovang salió a recibirlos, pero llevaba consigo la piel del cuello de un perro que había usado como pañal de niño. Cuando los hombres se abalanzaron sobre él, se limitó a quedarse en pie encima del viejo pañal; y aunque sus enemigos lo molieron a palos, ¡nada! No había arma que hiciese mella en aquel hombre.

Al final tomó la palabra y dijo en tono burlón:

—Mi cuerpo es como un madero lleno de nudos; son las cicatrices de vuestros ataques, ¡pero ninguno de ellos ha sido mortal!

En vista de que no lograban acabar con él, lo llevaron a la cima de una altísima montaña para arrojarlo al vacío; sin embargo, cada vez que lo agarraban para lanzarlo, él se transformaba en un hombre que no era su enemigo, y al final los trineos tuvieron que marcharse sin ver sus propósitos cumplidos.

Cuentan que Avovang sintió deseos un día de viajar hacia el sur para ir a comprar madera a quienes allí vivían. Era la costumbre por aquel entonces, hace mucho tiempo; hoy ya no se hace.

Gran número de trineos pusieron rumbo al sur para ir a comprar madera y una vez cumplido su cometido emprendieron el regreso. En el camino se detuvieron a buscar respiraderos de foca; y, mientras los hombres se afanaban en su labor, las mujeres se adelantaron un poco. Avovang había tomado esposa en ese viaje entre las gentes del sur.

Estaban allí los hombres buscando respiraderos cuando los asaltó el impulso de hacer suya a la mujer de Avovang, de modo que trataron de matarlo. Qauptâq lo hirió en un ojo y los demás lo agarraron y lo arrojaron al mar por un respiradero.

Al ver lo que habían hecho, su mujer se enfureció, y cogiendo la madera que acababan de adquirir la redujo a un montón de astillas. La enojaba haberse quedado viuda.

Una vez destrozada la madera de los hombres, se fue a su casa. Los trineos prosiguieron el viaje.

De pronto asomó una foca en medio de su camino a través de un hielo fino y resbaladizo; los trineos se lanzaron en pos de ella, pero muchos se hundieron y se ahogaron tratando de cazarla. Más adelante descubrieron también en su camino un zorro y se lanzaron tras él, pero en su empeño pasaron a gran velocidad sobre un montículo helado, cayeron y perecieron. Solo un puñado de hombres logró llegar a cabo York y referir lo ocurrido.

Fue el alma de Avovang el invulnerable, que primero se había transformado en foca y después en zorro para así traer la ruina a sus enemigos. Luego tomó la determinación de hacerse parir por todos los animales de la Tierra para un día narrar a los demás hombres sus vivencias.

En una ocasión fue perro; vivía de robar comida. Cuando había escasez de alimentos, solía observar con mucha atención a todos los que salían de las casas. Si despedían un hilillo de vapor por el cogote era señal de que se disponían a hacer sus necesidades; entonces los seguía hasta que se agachaban y devoraba cuanto caía. Por eso los perros no pierden de vista el cogote de la gente que sale de las casas.

Pero Avovang no tardó en cansarse de ser perro porque era una existencia que estaba llena de palos, de modo que decidió convertirse en reno.

Al principio le costó; no lograba correr al ritmo de los demás.

—¿Cómo extendéis las patas de atrás cuando salís al galope? —les preguntó un día al fin.

—Da una patada hacia el último confín del cielo —contestaron los otros. Siguió sus indicaciones y enseguida corrió tan velozmente como ellos.

En esos primeros tiempos tampoco sabía qué comer, de manera que volvió a preguntar a sus compañeros.

—Come musgo y liquen —le dijeron.

Y no tardó en convertirse en un reno rollizo y muy hermoso con el lomo bien repleto de grasa.

Pero un día, la manada fue atacada por un lobo y los renos se lanzaron al mar. En su huida tropezaron con unos kayaks y uno de los cazadores mató a Avovang.

Lo descuartizó y lo escondió bajo un montón de piedras. Allí se quedó Avovang, y cuando llegó el invierno deseó fervientemente que alguien fuese a buscarlo. Grande fue su alegría el día que oyó moverse las piedras que lo cubrían; y cuando empezaron a devorarlo y a machacarle los huesos para comerle el tuétano, aprovechó para huir y transformarse en un lobo.

Vivió entonces como lobo. Mas de nuevo le ocurrió lo mismo que la vez anterior: como no podía correr tan aprisa como sus compañeros, estos acababan con toda la comida antes de que él llegara.

—¡Tírale coces al cielo! —le dijeron, y no tardó en dar alcance a todos los renos hasta hartarse de comida.

Después fue morsa. Pero le era imposible bucear hasta el fondo de los mares y solamente los atravesaba a nado.

—¡Pisa con fuerza en el centro del cielo! ¡Es lo que hacemos nosotras para bajar!

Y con las patas alzadas en dirección al cielo logró tocar fondo. Más tarde sus compañeras le enseñaron qué comer: moluscos y piedrecitas claras.

Por espacio de algún tiempo fue también cuervo.

—A los cuervos nunca les falta la comida —decía—, pero siempre tienen frío en los pies.

Así pasó de uno en uno por todos los animales y al final volvió a ser foca. Acostumbraba a quedarse bajo el hielo observando a los cazadores que querían atraparlo. ¡Como era un gran hechicero, sabía ocultarse debajo de la uña del dedo gordo de una persona! Pero un buen día salió de caza un hombre que se había arrancado la uña del dedo gordo y ese hombre lo arponeó. Después tiró de él hasta la superficie y lo arrastró hasta su casa.

Dentro de la casa se dispusieron a descuartizarlo. Cuando el hombre se quitó las manoplas y se las lanzó a su mujer, Avovang se agarró a ellas y reptó hasta las entrañas de la mujer, donde se transformó en un feto.

Así fue como la mujer se convirtió en su casa, su sexo en su puerta y su ombligo en su ventana; Avovang guardaba sus reservas de agua justo encima de la puerta, y mientras vivió allí dentro limpió con cierta frecuencia el interior de la mujer; y salía mucha sangre.

Un buen día llegó un perro y asomó la cabeza por la puerta; era el marido, que venía a dormir con su mujer. Otro día vio para espanto suyo un enorme cangrejo dentro de la mujer; era su amuleto. Pero él se asustó tanto que salió despavorido por la puerta. Así nació Avovang y volvió a convertirse en ser humano.

Narrado por Usarqak

Fábulas de animales

Piojos

Nuestros antepasados prohibieron a las mujeres recién paridas llamar al piojo por su nombre y quejarse cuando causa comezón.

Había una vez una parturienta con el hombro asaeteado por los piojos.

—Es curioso —dijo— que un bichejo tan pequeño y desdentado muerda con tanta fuerza.

Pero al mirar de reojo hacia su hombro vio unas fauces terribles llenas de dientes enormes. Era el piojo, que, molesto por sus palabras, había tomado la forma de un monstruo.

La mujer se asustó tanto que murió.

Después de este episodio se prohibió a las parturientas que llamasen al piojo por su nombre.

Esto sucedió en tiempos de nuestros antepasados, los tiempos en que una lengua imprudente podía engendrar monstruos que traían grandes desgracias.

Ahora, por lo general, los piojos tienen miedo a las personas, como demuestra la siguiente historia:

En cierta ocasión, conversaban dos piojos.

—¡Pásame las manoplas que cuelgan de ese poste! —dijo el piojo.

Vivían en una piel de reno y el piojo llamaba postes a los pelos.

—¡Ay, no! ¡Mejor quédate conmigo! —exclamó la pioja—. Los hombres te matarán.

—No quiero que te inquietes —replicó el piojo—, pero algo tendré que comer. Lo único que me preocupa es que me caigan encima dos icebergs y me chafen; si eso me ocurriese no volvería nunca. Pero rara vez sucede.

El piojo llamaba icebergs a las uñas de los hombres.

—Si me comen —continuó—, les saldré otra vez por el culo, no temas por mí; me quedaré algo escaldado y bastante rojo cuando pase por su estómago, pero eso es todo.

La pioja se quedó tranquila y le dio al fin las manoplas.

—Bueno, ¡me voy en busca de un rico sobaco! —dijo el piojo, y se esfumó.

Pasó mucho tiempo fuera, y a su regreso traía todo el cuerpo encarnado.

Esta historia le sucedió a Avovang cuando en su transmigración fue piojo. Por él conocemos las vidas de todos los animales.

Narrado por Usarsak
(un joven de veinticinco años)

La mujer que se casó con una gamba

Había una vez un cazador cuya mujer era hermosa, pero tenían una hija más hermosa todavía. Muchos jóvenes se acercaban a esta hija con intención de tomarla por esposa, pero la muchacha siempre los rechazaba, y es que no quería casarse. Pasó algún tiempo y una noche los padres se sorprendieron al oír una risa muy extraña que salía de detrás de la cortina de pieles que revestía la pared:

—¡Ujó, uhú, ujó, ujú!

Y la risa siempre venía del rincón donde estaba acostada la muchacha. Entonces descubrieron que se había casado con una enorme gamba; pero la gamba, que se avergonzaba, jamás se dejaba ver por los demás habitantes de la casa y se ocultaba detrás de la cortina.

Con el invierno llegaron tiempos en que escaseaba la caza y las gentes pasaban hambre; no tardó el hombre de la casa en empezar a lamentar la vergüenza de tener un yerno tan inútil, ellos, que podrían haber emparentado con los mejores cazadores si su hija no los hubiera rechazado.

Un buen día amaneció con un tiempo espantoso, la tormenta aullaba, una tempestad de nieve que no dejaba ver nada. Avanzada la mañana, oyeron un canto salvaje que surgía de la tormenta, un tambor y una canción que resonaban en medio del fragor de la tempestad, y un instante después alguien lanzó desde el pasadizo de entrada de la casa tres grandes focas anilladas que quedaron en el suelo. La muchacha corrió a prepararlas y le pidió a su madre que las distribuyera entre todos los que vivían en la casa.

Era la gamba, que había salido a cazar tomando forma humana y ahora traía sus presas.

Contaban antiguamente que todos los animales pueden vestirse con nuestra piel y adoptar figura humana.

Cuando las focas quedaron descuartizadas, dijo la mujer de la gamba:

—Tomad toda la carne que deseéis, mi marido solo quiere la parte baja del pecho.

Nada más dicho esto, la pieza quedó apartada para la gamba.

A partir de aquel día, la gamba salió de caza para su esposa y sus suegros y en la casa se vivió en la mayor opulencia.

Transcurrido algún tiempo, la mujer quedó encinta y dio a luz unos gemelos, dos chicos preciosos. No tardaron en crecer tanto que iban saltando por todo el banco, pero aún nadie había visto que el padre los visitara. Una noche, sin embargo, la mujer de la gamba colgó pieles de foca alrededor de su cama, como hacen a veces las mujeres cuando quieren pasar un rato a solas con sus maridos. Poco después empezaron a oírse unos cuchicheos que salían de detrás de las pieles, y también una risa:

—¡Ujó, ujú, ujó, ujú!

La suegra, que era curiosa como a veces son las mujeres, dijo:

—¡Es un fastidio tener un yerno al que nunca se ve!

Y se acercó hasta las pieles y empezó a curiosear por un agujerito. Allí estaba su yerno en pleno ataque de risa; pero, ¡uf!, ¡menudo yerno!: un hombrecillo encogido con unos ojos enormes que le colgaban por fuera de la cabeza. La suegra se llevó tal sobresalto que retrocedió unos pasos y se murió del susto.

Así fue como la gamba mató sin querer a su suegra; a partir de aquel día nadie se atrevió a mirarla, y vivió felizmente con su mujer y sus hijos llevando abundante caza para toda la familia.

La carrera del piojo y el gusano para llegar hasta el hombre

Cuentan que nuestros antepasados —¡dichosos ellos!— no tenían piojos. Pero ocurrió que un buen día un hombre se echó a dormir en el suelo ante la atenta mirada del gusano y el piojo.

El gusano, que se creía muy ágil de pies, le dijo al piojo:

—¡Mira eso! ¡Un hombre! A ver quién llega antes hasta él.

Echaron a correr tan rápido como podían, pero el gusano se cayó y el piojo llegó primero.

—Los hombres no saben bien. ¡La tierra sí que está rica! —gritó el gusano al caer—. Yo prefiero ser piojo terrestre.

El piojo, en cambio, corrió hasta el hombre y en él halló morada y comida.

Y desde entonces los hombres tienen piojos.

Narrado por Arnaaluk
(anciana de unos sesenta años)

El cuervo casadero

Una gorrioncilla lloraba por su marido perdido. Lo quería mucho porque cazaba gusanos para ella.

Estaba deshecha en lágrimas cuando apareció un cuervo y le preguntó:

—¿Por qué lloras?

—Lloro por mi marido, que se ha perdido —contestó la gorriona—; lo quería mucho porque cazaba gusanos para mí.

—No vale la pena llorar por un tipo que no puede ni saltar una brizna de hierba. ¡Cásate conmigo! Tengo unas bonitas entradas, las sienes amplias, unas barbas muy largas y un pico enorme. Puedes dormir debajo de mis alas y te daré de comer desperdicios deliciosos.

—No pienso casarme contigo, porque tienes entradas, las sienes amplias, unas barbas muy largas y un pico enorme, y encima pretendes darme desperdicios para comer.

El cuervo se marchó por donde había venido y fue a cortejar a los gansos silvestres; estaba tan loco de amor que nunca dormía. Los gansos se disponían a migrar cuando llegó.

—Una ruin gorriona me ha rechazado y por eso querría casarme con vosotras —les dijo el cuervo a dos gansas.

—Nos disponíamos a migrar justo cuando has llegado —replicaron ellas.

—¡Voy con vosotras! —propuso el cuervo.

—Verás, es un viaje imposible si no se sabe nadar, si no se puede flotar hasta recuperar el aliento. Allí donde vamos no hay icebergs.

—¡Eso da lo mismo! Yo sé planear.

Y tomó a las dos gansas por esposas.

Los gansos migraron y el cuervo partió con ellos. Sin embargo, al poco rato empezó a descender suavemente vencido por el sueño y el agotamiento.

—¡Un sitio donde posarme! ¡Bajad las dos y poneos juntas! —gritó. Y sus mujeres bajaron hasta el agua mientras sus compañeros continuaban volando.

El cuervo se posó sobre ellas y se quedó dormido. Pero al ver que los demás gansos se alejaban más y más, sus mujeres lo arrojaron al mar de un empujón y levantaron el vuelo.

—¡Un sitio donde posarme! —chillaba el cuervo al caer al agua. Finalmente se fue a pique y se ahogó. Después se deshizo en pequeños pedacitos y su alma se convirtió en diminutos «cuervos de mar» (ángeles de mar).

Narrado por Aasivak
(anciana de unos sesenta años)

La mujer que crio un gusano

Había una vez una mujer que no podía tener hijos. Creía que todas las mujeres con hijos eran felices y la afligía que su marido ya no mostrase interés por ella. Cada vez más y más triste porque no tenía hijos, un día, salió a caminar tierra adentro. Primero encontró una abeja y la recogió; sin embargo, comprendiendo que era una idea descabellada hacer crecer a una abeja tan pequeña, volvió a dejarla. Más delante encontró un gusano y se lo llevó consigo. ¡A ese sí podría criarlo hasta que fuera bien grande! Se lo guardó en la manopla y lo amamantó de su pecho, y enseguida el gusano creció tanto que no cupo en la manopla. Lo metió entonces en una manga y lo puso bajo el banco; cada vez que salía de la casa, al volver se paraba al borde del banco, se agachaba y le gritaba:

—¡Sal y di sissi-i-i!

¡Y el gusano salía y silbaba «sissi-i-i»!

Al final sus vecinos, preocupados por ella, empezaron a pensar en echar de la casa al gusano, pues se bebía la sangre de su madre adoptiva. Un día lo hicieron: lo arrojaron al pasadizo y acabaron con él. Cuando la madre volvió y vio la sangre, lanzó un chillido y preguntó:

—¿De dónde sale toda esa sangre?

Sospechando lo ocurrido, entró corriendo en la casa y empezó a llamar a gritos al gusano; al ver que no contestaba, se deshizo en lágrimas, pues comprendió que lo habían matado. Lloró su muerte como si hubiese perdido un verdadero hijo; tanto amaba a aquel gusano.

Leyenda de Tasiusaq

La mujer que se casó con un perro

Había una vez una mujer que tenía una hija. Cuando la hija creció, la mujer la animó con insistencia a tomar esposo, pero la joven rechazaba a todos los hombres. Finalmente, la madre, enfurecida, invitó a su perro a casarse con la hija. El perro aceptó y empezó a vivir con la muchacha. Tras castigar a su hija de esta manera, pasado un tiempo la madre la envió a una isla donde la joven parió una camada de cachorros, sus hijos.

Pero cuando el perro, que no había acompañado a la muchacha a la isla, intentó llegar hasta ella a nado, la madre se compadeció de su hija y le ató una piedra al cuello al animal para que se ahogase.

El padre de la joven solía llevar carne a la isla para alimentar a la camada de su hija. Un día la muchacha les dijo a sus cachorros:

—Cuando venga vuestro abuelo a daros de comer, ¡despedazadlo y devoradlo!

Y así lo hicieron.

Después la joven puso a todos los cachorros en la suela de un *kamik** y los dejó en el mar, y mientras los empujaba para alejarlos de la orilla les dijo:

—¡Viviréis sin que nunca os falte nada!

Y cuentan que los cachorros llegaron a tierras muy lejanas donde se convirtieron en hombres blancos, y de ellos descienden todos los hombres blancos.

Narrado por Jonasine Nielsen, Saatoq

El hombre que se casó con un zorro

Había una vez un hombre que tenía muchas ganas de casarse con un zorro. Podía haberse buscado una mujer de verdad, pero se había enamorado de un zorro con apariencia humana porque era muy bonito. Tenía la carita muy pequeña y unos cabellos soberbios que llevaba recogidos en un moño grande y denso, por eso se casó con él. Ni siquiera sospechaba que se trataba de un zorro. Después vivieron felices hasta que el hombre un buen día, notando que olía a zorro, gritó:

—¿Qué será este olor tan repugnante?

Al oírlo, su mujer se enfureció y se marchó de la casa. El hombre corrió tras ella y al salir comprobó para su asombro que su esposa se había vuelto un zorro y subía a la carrera por la montaña; ahora entendía aquel moño grande y pesado. Era la cola.

Salió tras el animal, pero el zorro se escabulló por una grieta y por más que su marido le rogó y le suplicó, no hubo manera de hacer que saliera, de modo que tuvo que volverse a su casa con las manos vacías. Volvió a la grieta más tarde, pero el zorro ya no estaba. Así perdió a su mujer.

Leyenda de Tasiusaq

La mujer que se casó con un zorro

Había una vez una muchacha joven y hermosa que no quería casarse. A menudo iban cazadores a cortejarla y su padre deseaba que aceptase a alguno de ellos, pues eran todos hombres altos y fuertes, hijos de buenos padres; pero ella siempre los rechazaba. Y de igual modo que el padre lamentaba no poder tener por yerno a ninguno de aquellos jóvenes tan diestros que los visitaban, los poblados vecinos estaban llenos de hombres que penaban por no tener una nuera tan hermosa y tan capaz.

Finalmente, el padre terminó enfureciéndose y exclamó un día:

—¡Ya que a los hombres los rechazas uno tras otro, espero que acabes casándote con un zorro!

Y no volvieron a hablar del asunto.

Un día, sin embargo, descubrieron el rastro de un zorro que llegaba hasta su casa y se maravillaron al ver que el animal paseaba tan tranquilo al pie de sus ventanas. Cada día que pasaba, el zorro se aventuraba un poco más cerca. Una mañana encontraron sus huellas dentro del pasadizo. A la mañana siguiente el zorro estaba junto a la cama de la muchacha, pero el animal huyó tan pronto como sus habitantes se despertaron. Finalmente, un día la mujer amaneció con una cosa peluda que se le restregaba, y cuando fue a mirar se encontró con que era un zorrito polar. Y con ese zorrito se casó la muchacha.

El zorro se instaló en la casa con su esposa y empezó a vivir de lo que los demás cazaban. Pero llegó un invierno de un frío extremo que heló todas las grietas y cerró por completo el mar, y las gentes del poblado empezaron a pasar hambre.

El padre dijo un día:

—¿De qué nos sirve tener este yerno zorro? No hace nada en todo el día, no sale a cazar y solamente se come lo que cazamos nosotros.

Al oírlo, el zorro se apresuró a pedirle a su mujer que le cosiera un bolsito para llevarlo al cuello, y ella así lo hizo. A la mañana siguiente, cuando se levantaron, el zorro se había marchado y los jóvenes de la casa preguntaron a la esposa dónde estaba; pero nadie lo sabía, pues había salido en plena noche. Pasó fuera todo el día y no volvió hasta la tarde; cuando desde la casa lo vieron a lo lejos, por su andar comprendieron que traía llena la bolsa que llevaba al cuello. Al cabo de unos instantes llegaba ya al pasadizo, y cuando su mujer salió a recibirlo se encontró con la bolsa repleta de moluscos. Así llevó por primera vez alimento para todos los de su casa, que empezaban a pasar hambre. Los jóvenes, al ver todos aquellos moluscos deliciosos, decidieron que al día siguiente ellos también saldrían a recogerlos, pero el zorro dijo:

—Hay que ser muy ágil de piernas para llegar al lugar donde los he encontrado.

Al oírlo los demás, que sabían lo ágiles que son las patas de un zorro, desecharon la idea.

Volvió a pasar algún tiempo en que el zorro, como tenía por costumbre, no salía de la casa y estaba allí muy a gusto, pero el invierno seguía siendo riguroso y no quedaba nada que comer. Entonces el suegro dijo:

—¿De qué nos sirve este yerno zorro que no hace nada? Es un inútil y no nos presta ninguna ayuda.

El zorro lo oyó, pero hizo como si tal cosa. Al día siguiente, cuando despertaron, ya no estaba.

Se adentró en el hielo más allá de la orilla y husmeó hacia todas partes con los cinco sentidos en alerta. Después de correr un trecho, se detuvo a olfatear el hielo y no se movió de allí hasta que tuvo la certeza de que debajo de él había una foca muerta. Para asegurarse de que volvería a encontrar aquel lugar, se sentó y dejó sus excrementos encima del punto exacto donde estaba la cabeza de la foca y orinó en el otro extremo, donde debía encontrarse la cola del animal. Después corrió hacia su casa con todas sus energías. Cuando lo vieron llegar, iba a tal velocidad que a ratos parecía correr de costado por el hielo.

—¡Que viene el zorro, el zorro, que viene el zorro! —gritaban.

Y no habían terminado de gritar cuando él ya había cruzado el pasadizo y entraba chillando:

—¡Kaak, kaak, kaak, he cazado una foca! Coged vuestras herramientas para cazar en el hielo, *tuk** e *itsuartuutit**, y seguidme.

De inmediato los jóvenes se prepararon y corrieron tras el zorro por el hielo hasta llegar al lugar donde estaba la foca. El zorro se detuvo y dijo:

—Aquí es, aquí está.

Pero al oír sus palabras, los jóvenes, indignados, dijeron:

—Aquí lo único que vemos es una mierda, y este zorro miserable pretende hacernos creer que se trata de una foca.

—No —insistió el zorro—, haced un agujero en el hielo y veréis.

Y entonces abrieron un agujero en el hielo con sus *tuks* y, en efecto, ¡había una foca anillada muerta! En un abrir y cerrar de ojos la sacaron y la llevaron hasta la casa, y así fue como el zorro alimentó por segunda vez a todos los de la casa.

Pero el invierno seguía siendo muy riguroso y no había caza alguna, y por más que procuraron comerse la foca muy poco a poco, al final se terminó y las gentes de la casa quedaron sin alimento. Y el padre volvió a decir:

—Ay, ¿por qué no tendremos un yerno humano que traiga algo comestible? Este zorro mezquino se pasa el día en la casa, mano sobre mano, sin aportar nada.

El zorro estaba allí con el oído bien aguzado, pero fingió no escuchar nada.

A la mañana siguiente, cuando se levantaron, el zorro ya no estaba.

Esta vez corrió por la banquisa en dirección al mar hasta que, después de un trecho, llegó a una pequeña grieta. Se sentó junto a ella y empezó a examinar el agua. En el fondo del mar había unas piedrecillas blancas sobre la arena que el oleaje movía casi imperceptiblemente. Estaba allí contemplándolas cuando oyó un crujido en la nieve cerca de él, y cuando se incorporó para echar un vistazo... ¡zas! Un oso descomunal se acercaba muy despacio.

—¿Qué haces ahí, zorro?

—Pasar el rato viendo esas piedras blancas tan divertidas que hay ahí abajo, en la arena. Cada vez que meto la lengua y chupo el agua salada, es como si las piedras se levantaran; es graciosísimo.

Mientras decía estas palabras, el zorro pensaba: «Cuando no era más que un zorro y no había emparentado con los hombres, mi lengua tenía poder; veré si aún lo conserva». Y, dirigiéndose al oso, dijo:

—Deberías probar, oso. Mete la lengua en el agua todo lo que puedas y ya verás; es como si las piedras se levantaran.

—¿De verdad? —preguntó el oso, lleno de curiosidad—. Yo también quiero probar.

Y se sentó al lado de la grieta; pero era tan tragón que sacó mucho la lengua y la metió en el agua toda enterita. En ese mismo momento el zorro gritó:

—¡Ciérrate, grieta!

Y la grieta se cerró a la velocidad del rayo, aprisionando la lengua del oso, que no podía soltarse.

—¡Tira con todas tus fuerzas y verás cómo te sueltas! —chillaba el zorro.

El oso tiró todo lo que pudo, pero no se movió ni un poquito, porque el hielo le había pillado la lengua desde la raíz misma.

Cuando el zorro estuvo bien seguro de que el oso no podría liberarse, corrió todo lo que pudo hacia tierra firme. Su mujer salía de la casa en ese momento para ver si ya venía, y al verlo llegar corriendo entró de nuevo en la casa y dijo:

—Ya viene el zorro, y va a tal velocidad que cualquiera diría que vuela por los aires.

Casi a la vez que ella, entró el zorro de un salto y dijo:

—¡Kaak, kaak, kaak, he cazado un oso! Venid a ayudarme a traerlo a casa.

Y todos los jóvenes cogieron sus arpones y corrieron tras el zorro por el hielo, y corriendo siguieron hasta llegar junto al oso, que estaba en el mismo sitio con la lengua aprisionada por el hielo. Les bastó con clavarle los arpones en el costado y ya fue suyo; luego lo llevaron hasta la casa y tuvieron alimento más que de sobra para mucho, mucho tiempo.

Pero llegó un día en que también dieron buena cuenta del oso y la familia empezó a pasar hambre una vez más, y entonces el suegro, como de costumbre, volvió a burlarse del zorro:

—¿Qué pinta este zorro estúpido aquí, en nuestra casa? No hace más que calentarse con su mujer por las noches. Jamás trae una sola cosa que sea de provecho.

El zorro se quedó en su banco como si nada escuchase y nada entendiese, pero a la mañana siguiente, cuando los de la casa se despertaron, ya hacía mucho que había desaparecido.

Primero pasó largo rato corriendo por el hielo en dirección al mar, tan largo que al final perdió de vista la costa y empezó a ir de un lado a otro en busca de algo que comer. Como no encontraba nada, dio media vuelta y corrió de regreso hacia la orilla. Después de mucho buscar, dio con una grieta y empezó a examinarla. Se sentó a observar el agua y descubrió entonces una enorme cantidad de animalillos que nadaban de un lado a otro. Estaba allí sentado, sin pensar en nada, observando aquella vida que pululaba por el agua, cuando oyó crujir la nieve junto a él; al levantar la vista descubrió un oso enorme, tanto que ya no podía serlo más, que se acercaba con disimulo.

—¿Qué haces, zorro? —preguntó el oso.

—Aquí —contestó el zorro—, divirtiéndome. El agua está llena de animalejos graciosos y me dedico a observarlos; llevo aquí ya un buen rato. ¿Te gustaría echar un vistazo?

—Claro —dijo el oso, que era muy curioso, y se sentó al borde de la grieta a observar a los animalillos.

En ese mismo momento, empezó el zorro a salpicar la piel del oso con agua, pero el oso estaba tan enfrascado en todo lo que veía que ni se dio

cuenta. El zorro siguió salpicándolo y salpicándolo hasta que el oso quedó cubierto por una gruesa capa de hielo que bajaba hasta el suelo. Aquel día hacía un frío extraordinario y el agua se congelaba inmediatamente. Cuando el zorro por fin consideró que era suficiente, se plantó delante del oso y dijo:

—¡Mira, oso! —Y el oso se incorporó ligeramente y levantó la vista. En ese momento, la capa de hielo que lo recubría empezó a resquebrajarse y el zorro se apresuró a gritar—: ¡Ay, no era nada, no era nada de nada! Tú sigue ahí, divirtiéndote.

El oso volvió a enfrascarse en la contemplación del agua mientras el zorro lo salpicaba, y lo salpicaba, y lo salpicaba, hasta dejarlo al final hecho un gran bloque de hielo. Cuando pensó que era suficiente, se plantó delante de él y dijo:

—Bueno, oso, ¡a ver si ahora puedes levantarte!

El oso lo intentó, pero lo único que pudo mover fueron los ojos. Estaba completamente pegado al hielo y era incapaz de moverse.

Al verlo, el zorro salió corriendo a todo correr en dirección a la orilla; tanto corría que cuando su mujer salió y lo divisó a lo lejos creyó que flotaba de costado sobre el hielo; y es que cuando un zorro corre de verdad casi parece ir de costado. La mujer se apresuró a entrar en la casa y gritó:

—¡Ay, tendríais que ver cómo corre hoy el zorro! Es como si volase de lado por el hielo.

Aún no había terminado de decir estas palabras cuando su marido entró en la casa y chilló con todas sus fuerzas:

—¡Kaak, kaak, kaak, he cazado un oso enorme! Venid conmigo a ayudarme a traerlo a casa; y no olvidéis vuestras lanzas y vuestros *tuks*.

De inmediato salieron todos los hermanos corriendo cuanto podían tras el zorro por el hielo. Pero el zorro los dejó atrás y no tardó en perderse en el horizonte. Cuando llegó hasta el oso, que seguía atrapado en el hielo y era incapaz de moverse, lo roció con más agua para no correr ningún riesgo hasta que dejó de verlo; luego corrió de vuelta con sus cuñados.

—¿Dónde está el oso? ¿Dónde está el oso? —gritaron.

—Más adelante —contestó el zorro, que echó a andar delante de ellos hasta que llegaron al sitio donde lo había dejado.

—¡Pero aquí no hay ningún oso! —protestaron los cuñados.

—Claro que sí —replicó el zorro, señalando hacia el montón helado.

Entonces los cuñados abrieron un agujero en el hielo con sus *tuks*, le clavaron sus lanzas al oso y lo mataron. Cuando ya se disponían a descuartizarlo, dijo el zorro:

—Ay, cortad un pedacito para mí, cortad un pedacito para mí, un bocado exquisito para la mujer que me calienta por las noches.

Los cuñados cortaron parte del pecho del oso y se lo dieron al zorro, que tras guardarlo en el bolso que llevaba al cuello salió corriendo a todo correr. No tardó en llegar a su casa, entrar de un salto y dejar el bolso a los pies de su mujer. Los cuñados, en cambio, no eran de pies tan ligeros y regresaron a casa con su botín bien entrada ya la noche.

La carne de aquel oso duró lo que el resto del invierno, y así fue como el zorrito salvó a sus suegros y a sus cuñados de morir de hambre, y a partir de aquel día el suegro no volvió a hablar de ningún zorro estúpido que no valía para nada. Y vivieron felices todos juntos en el poblado sin cansarse de admirar la astucia y el ingenio de aquel zorro.

La niña perdida que se encontró con un zorro con forma humana

Había una vez un hombre que tenía una hija cuyos compañeritos de juego eran todos chicos.

Un día todos los pequeños salieron de sus casas y estando ya tierra adentro empezaron a jugar al escondite. La niña se había escondido de sus amigos cuando se asustó de algo, jamás se supo el qué, y echó a caminar sin rumbo cada vez más y más lejos hasta que al fin se perdió.

La niña salió con bien de todos los peligros y llegó hasta las tierras del otro extremo, las tierras donde moran los hombres del este. Sin embargo, al ver su poblado se atemorizó y se ocultó. Solo al oscurecer, cuando ya todos dormían, bajó a robar algo de comida, y a partir de entonces volvió a hacerlo cada noche y vivió así mucho tiempo sin que nadie tuviese noticia de su existencia.

¡Pero en todo aquel tiempo que permaneció en las tierras de los hombres del este no creció ni una pizca!

Cuando, presa de la nostalgia, emprendió el viaje de regreso, le ocurrió lo mismo que la primera vez y salió bien librada de todos los peligros. No le quedaba ya mucho camino por recorrer cuando empezó a sentir hambre, pero no tenía nada que comer. Entonces distinguió a lo lejos una figura que de cerca resultó ser una mujer con un moño enorme. Y esta mujer le habló así:

—¡Ah, ya verás! En una casita que hay aquí, muy cerca, se ocultan un montón enorme de capelanes. ¡Es de lo más tentador para alguien que no tiene nada que comer!

Al oírlo, la niña se puso muy contenta y exclamó:

—¡Ay, con el hambre que tengo! ¡Vamos!

Echaron a andar las dos juntas, llegaron a la casita y, en efecto, ¡al fondo del todo había un montón enorme de capelanes! Entraron gateando

por el pasadizo y ya se disponían a hacerse con los capelanes y llevárselos cuando, de pronto, una piedra cayó sobre la salida y la casa quedó sumida en una oscuridad total.

La mujer que la niña había encontrado era un zorro con apariencia humana que la había conducido hasta una trampa.

Pero la niña le arrebató los capelanes al zorro y lo estranguló; después se alimentó con su carne y con los capelanes mientras aguardaba a que alguien fuese a revisar la trampa. Finalmente llegó un hombre que, al ver la trampa cerrada, gritó:

—¡Por fin he atrapado un zorro!

Pero cuando se acercó a mirar y descubrió que se trataba de una persona, se asustó tanto que salió huyendo. Al cabo de un rato regresó y volvió a mirar, y como la pequeña seguía sin decir una palabra, el cazador se sintió tan incómodo que se fue a su casa. No tardó, sin embargo, en regresar acompañado por gentes de su poblado. La niña oyó que decían:

—Hace muchos, muchos años estuvimos jugando al escondite por aquí y una niña que venía con nosotros se perdió. Es imposible que sea ella, ¿verdad?

—No, tiene que ser ella. Vamos a mirar.

Echaron abajo la puerta de la zorrera y la pequeña salió. Todos la reconocieron y ella les contó lo que le había sucedido.

Su madre ya había muerto, le explicaron los demás, ¡pero su padre gozaba de buena salud!

Volvieron todos juntos al poblado; su padre había salido a cazar. Cuando, al caer la tarde, regresó remolcando una foca muerta con su kayak, le dieron la bienvenida con este grito:

—¡Ha vuelto a casa tu hija!

El hombre dejó de remar y contestó:

—Jamás me habéis engañado, y si es la primera vez que lo intentáis, sabed que habéis elegido un modo muy poco afortunado de hacerlo.

—¡Sal entonces, sal! —le dijeron a la niña; y ella salió y el padre la reconoció. Entonces sí se apresuró a desembarcar.

Y, en medio de la pena que lo afligía por la muerte de su mujer, sintió una enorme alegría por haber recuperado tan inesperadamente a aquella hija que ya casi había olvidado.

Y la niña siguió siendo una niña por el resto de sus días y jamás llegó a crecer.

Narrado por Silas, Ilimanaq

Los osos que cazaban belugas en una grieta

Había una vez un hombre que tenía un hijo, un hijo único; y a este hijo único suyo le salió un día un sarpullido por todo el cuerpo. El padre, que no sabía qué hacer, decidió ir tierra adentro en busca de una cura para su hijo. Al llegar a un arroyuelo, vio un salmón pequeño, lo pescó y lo llevó a su casa. Tan pronto como pasó la lengua del salmón por el sarpullido del niño, este quedó curado. Después creció hasta convertirse en un hombre grande y fuerte, y cuando el padre se hizo ya viejo, el hijo era el único que iba a cazar.

Un año tuvieron un invierno muy crudo. El hielo cubrió las aguas del mar y lo cerró con tal firmeza que empezaron a pasar necesidades. El joven salía de caza todos los días, pero nunca encontraba a otros cazadores.

Una mañana muy hermosa subió a la cima de un monte para observar el mar. Desde lo alto divisó una columna de vaho banquisa adentro. De regreso en su hogar se lo contó a su padre y decidió ir a la grieta al día siguiente. Partió temprano, muy de mañana, y al llegar junto a la grieta vio que ya había allí tres hombres, tres hombres gigantescos cazando belugas. Cada uno había atrapado una beluga enorme, un macho. El joven eligió una beluga pequeña y la arponeó.

Los tres hombres lo invitaron a ir a visitarlos, pero como en su casa estaban pasando penalidades el muchacho se contentó con asegurarles que los acompañaría a la siguiente ocasión. Eran tan enormes que lo atemorizaban; además, cuando señalaban en dirección a su hogar daba la sensación de estar lejos, muy lejos. Esperó a que los otros emprendieran el camino de regreso y se fijó en cómo se llevaban sus capturas, unas belugas enormes sin descuartizar, a rastras por el hielo. Después hizo lo mismo con la suya y volvió a su casa. Ya era de noche cuando llegó y le contó a su padre lo sucedido.

El padre le aconsejó que no hiciera esa visita; uno nunca sabe con qué clase de gente se va a encontrar. Pero el hijo no tenía nada mejor que hacer y por eso regresó a la misma grieta al día siguiente, muy de mañana. Cuando llegó, los tres hombres gigantescos de la víspera estaban ya allí. Dos habían tenido suerte, solo el tercero no se había cobrado aún ninguna pieza.

Estaba el joven observándolos muy atentamente para ver cómo cazaban cuando apareció una beluga enorme. El hombre se lanzó de cabeza al agua inmediatamente y desapareció junto con la beluga. No tardó mucho en volver a la superficie, pero esta vez con la beluga muerta. En cuanto al joven, él cazó también una algo más grande que la del día anterior.

De nuevo se mostraron los tres desconocidos ansiosos por invitarlo a ir a visitarlos, pero él les contestó que prefería esperar al día siguiente y así ir únicamente para verlos, no para cazar belugas. Esa tarde regresó a casa un poco antes y dijo a su padre que al día siguiente iría de visita.

Cuando volvió a la grieta, los hombres estaban allí como de costumbre, pero aún no habían cazado ninguna beluga. Los observó atentamente y vio cómo las atrapaban igual que el día anterior, zambulléndose en el agua y volviendo a salir a flote solo cuando estaban muertas. De nuevo se mostraron muy ansiosos por llevarlo consigo, y, como le daba miedo seguir haciéndose de rogar, decidió acompañarlos. No se atrevió, eso no, a ir delante de ellos por temor a que quisieran atacarle por la espalda, de modo que los siguió. Le costaba ir a su ritmo, pues los hombres gigantescos caminaban muy deprisa. Al caer la tarde apretaron más el paso y tuvo que correr para no perderlos; cuanto más se acercaban al poblado, mayor era su premura. Al final llegó a ser tanta que las belugas que iban arrastrando apenas tocaban el suelo. Finalmente llegaron a su casa y metieron la caza en ella, una pieza tras otra.

El joven se quedó fuera haciendo un poco de tiempo. Cuando se decidió a entrar, se encontró con que ya se habían comido las tres enormes belugas y tan solo quedaban las cabezas y parte del cuello. Entonces vio a dos ancianos que se encaramaban hasta el banco; cuando se incorporaron, descubrió que se trataba de un matrimonio, un anciano y su mujer. Eran tan viejos que tenían todo el pelo blanco. Dijeron:

—¡Ay! ¡No ha quedado carne fresca para este forastero!

Habían dado cuenta de toda la carne según entraba por la puerta y tuvieron que buscar otra cosa que ofrecerle. Después de comer, los anfitriones empezaron a contar historias sobre las experiencias que habían vivido, y en todas ellas fanfarroneaban de su formidable fuerza. Eran hombres vigorosos y no sería nada fácil vérselas con ellos. Ya era demasiado tarde y el joven, arrepentido de haber ido a visitarlos, cada vez se sentía más incómodo.

Entrada ya la noche, el anciano invitó a sus hijos a medir fuerzas con su huésped. Enseguida bajaron del techo un artefacto semejante a una

raqueta de pesca, colocaron sin más en ella al huésped y, tras sentarse unos frente a otros, empezaron a soplar. La raqueta no tardó en comenzar a balancearse de un lado a otro a una velocidad de espanto; el joven, que a punto estuvo de romperse la cabeza contra el techo varias veces, al descubrir que los tres hermanos se disponían a abalanzarse sobre él, aprovechó un descuido y bajó al suelo de un salto. A partir de ese momento se mantuvo siempre en su puesto.

Entonces los hermanos tomaron la palabra:

—Nuestros padres, que siempre han guiado nuestros pasos, nos dieron unos amuletos muy especiales, unas pequeñas gambas que hacen que no haya presa que se nos resista. ¿Cuál es tu amuleto?

El joven se preguntaba qué podía contestar cuando recordó el salmón que su padre había empleado para curarlo y dijo:

—Mi amuleto era un salmoncillo.

Al oír sus palabras, el anciano intervino en la conversación:

—¡Dicen que un salmón siempre es más fuerte que una gamba! —Y después, dirigiéndose a sus hijos, añadió—: ¡Más vale que lo dejéis tranquilo, porque hagáis lo que hagáis no podréis con él!

Y luego dio órdenes tajantes para que todos se retiraran a descansar. El huésped obedeció, pero no pudo conciliar el sueño, pues se había dado cuenta de que los de la casa se turnaban para estar en vela. Finalmente, cuando todos parecían dormir, se escabulló de la cama, salió y echó a correr hacia casa con todas sus fuerzas.

Ya había avanzado mucho cuando, al volverse, descubrió que le perseguían dos osos tan viejos que a la altura de las orejas estaban calvos. Como estaba muy oscuro, se apartó del camino que habían seguido durante el día para despistar a sus perseguidores. Y lo logró, pues mientras los viejos osos seguían por la ruta que conducía a la grieta, el joven corrió en línea recta hasta su poblado.

Así llegó sano y salvo a casa, donde le contó a su padre cuanto le había ocurrido; grande fue el estupor de todos al saber que había visitado a unos osos con apariencia humana.

Y así fue como el salmón que le curó el sarpullido también le salvó la vida.

Narrado por Jan Brandt, Aasiaat

La mujer que adoptó a un oso

Cuentan que Angulligaamaaq nunca salía a cazar; cortaba trozos de presas ajenas y así vivía. Sus vecinos no se atrevían a reprocharle nada porque era muy fuerte.

Un buen día decidió acompañarlos por fin a una partida de caza. Ya en el camino se mostró muy torpe, y cuando iban a dormir preguntó:

—¿Y cómo se acuesta uno al aire libre?

—¡Con el pantalón bajado! —contestaron los demás.

Y él se bajó el pantalón y se quedó dormido.

Pero al verlo allí tumbado con el trasero en pompa, sus compañeros corrieron a meterle una jabalina por el agujero. Angulligaamaaq, dolorido, se incorporó, pero al sentarse no hizo sino clavarse la punta aún más al fondo y murió.

Después sus compañeros regresaron al poblado.

—¿Y dónde se ha metido Angulligaamaaq? —preguntó su madre al echarlo en falta.

—¡Lo han matado! —respondieron los demás.

Llegada la época de cazar osos, la madre de Angulligaamaaq dijo a los cazadores:

—Cuando atrapéis una osa preñada, entregadme la cría; ¡será mi hijo!

Y ellos le dieron lo que pedía.

La mujer crio al osezno con grasa de ballena derretida, y el animal no tardó en estar tan crecido que pudo cazar para ella.

En invierno, al llegar la gran oscuridad, el oso ya no pudo seguir cazando, pero entonces empezó a saquear los depósitos de carne de los demás.

—No debes robar —le decía su madre adoptiva—, ¡tus primos te sorprenderán y los hombres te atraparán!

Los perros son primos de los osos.

—¡Pues entonces huiré con el viento de culo y no podrán olfatearme!

Un buen día las cosas se torcieron. Los perros lo sorprendieron y los hombres lo mataron.

—¡Dadme la piel para que me haga una manta! —dijo la mujer al saber que habían matado a su hijo adoptivo. Y se la dieron.

Pero tanto la afligió la muerte del oso que se fue quedando rígida hasta volverse de piedra.

Aún se la ve en la Tierra de las Tormentas (Anoritaaq), al norte de Etah.

Narrado por Arnâluk

La larva

Una mujer adoptó una larva y la amamantó; así logró que creciera. Al final se hizo muy grande, y cada vez que salía, su madre tenía que dejarla atada al banco.

Era una larva peluda y con un aspecto terrible.

Un día, sin embargo, al oír los gritos de unos niños se soltó de sus cadenas, escapó, salió tras ellos y devoró a un pequeñín.

Las gentes del lugar quedaron horrorizadas, pero la mujer se negaba a darle muerte, porque era su hija.

Finalmente, los hombres se emboscaron junto a la boca del pasadizo que conducía a su casa e hicieron gritar a los niños. Cuando la larva salió corriendo, la mataron. Le habían cogido miedo por comerse a un niño.

Narrado por Tâterâq

La mujer que tomó por esposo a un gran gusano cuando estos aún tenían rostro humano

Había una vez una mujer que caminó tierra adentro. Estando entre las montañas oyó un ruido muy extraño, y cuando se dio la vuelta descubrió que un gusano grande como un *umiak* y con cabeza humana la perseguía. Huyó, pero el gusano salió tras ella y, tras darle alcance, la envolvió formando un anillo con su descomunal cuerpo. La mujer no tenía escapatoria y no sabía qué hacer. Entonces vio una casita y logró llegar hasta ella, pero el gusano se atravesó ante la puerta y dijo:

—Te he traído hasta esta casa porque quiero tomarte por esposa.

Eso dijo; y la mujer, comprendiendo que jamás conseguiría escapar, no tuvo otra salida que acceder a sus deseos. Después el monstruo la advirtió:

—No intentes huir, pues si lo haces olfatearé tu rastro y te encontraré; en cambio, si te quedas conmigo nunca pasarás penalidades.

Se sosegó la mujer y al otro día su marido, el gusano, salió a cazar y regresó con un oso; después de eso le llevó todo tipo de animales, entre ellos renos y zorros. Así transcurrió algún tiempo y la mujer quedó encinta. Empezaron los dolores y trajo al mundo unos mellizos con rostro humano y cuerpo de gusano. La madre los alimentó lo mejor que supo y, cuando ya estuvieron gordos y grandes, el gusano quiso saber si no tenía familia. La mujer le contestó que sus padres vivían hacia el sur, siguiendo la costa. Al oírlo, el marido dijo:

—Pues ya va siendo hora de que vayas a hacerles una visita.

La mujer, sin embargo, contestó:

—Ahora que tengo hijos que cargar a la espalda no puedo caminar tanto.

Y el marido replicó:

—No tienes que caminar; súbete encima de mí y yo te llevaré hasta allí.

La mujer accedió y partieron al día siguiente. Al llegar cerca de las casas, el gusano se ocultó en una grieta rocosa y su esposa siguió sola.

Los padres se llevaron una sorpresa enorme y la miraron boquiabiertos de puro asombro, pues hacía ya mucho tiempo que la habían dado por muerta. Al ver los hijos que llevaba a la espalda, empezaron a interesarse por su marido.

—Sí, tenía uno —dijo la mujer.

—Pero ¿dónde está? —preguntaron ellos.

—Se ha quedado esperando entre las rocas porque es muy grande y no cabe en casa.

A los padres les parecía que sus hijos tenían unas caritas adorables y quisieron sacárselos de la capucha, pero ella lo impidió diciendo que no eran tan guapos cuando aún no se estaba habituado a ellos.

—Pero si son unos niños riquísimos —insistieron los padres—, anda, sácalos.

Y la madre agarró a uno de ellos; pero cada vez que tiraba para sacarlo, el otro desaparecía capucha abajo porque estaban enredados por la cola. Tanto se asustó la abuela al sacar aquellas crías de gusano que se desmayó, y tuvieron que tirarle de los pelos para hacer que recobrara la conciencia.

Entonces su hija dijo:

—No tengáis miedo de ellos; cuando les digo lo que tienen que hacer son de lo más obedientes.

Y, en efecto, la madre les hablaba y ellos hacían todo cuanto les decía. Pasado un rato, los ancianos padres quisieron subir a conocer a su yerno, y salieron todos juntos de la casa. Cuando el gusano los vio acercarse, empezó a menear la cola de puras ganas de devorarlos hasta que su mujer se apresuró a gritarle:

—No puedes hacerles nada, ¡que son tus suegros!

Entonces el gusano se calmó y le dijo a su mujer:

—Hemos de marcharnos ya, y esta vez voy a ir tan rápido como pueda; intenta agarrarte bien a los pelos de mi espalda.

La mujer montó y el gusano se puso en marcha. Iba a tal velocidad que parecía un halcón cuando cae sobre una presa. Así desaparecieron y desde entonces nadie ha vuelto a tener noticia de ellos.

Esta historia ocurrió en los tiempos en que los gusanos tenían rostro humano. Aún es posible ver un vestigio de ese rostro en la cabecita roja que tienen muchos de ellos, una cabecita que parece humana.

Los osos que tenían apariencia humana

En tiempos ya muy lejanos había un hombre llamado Ilassaq a quien se le antojó tomar a su hija por esposa. La muchacha se resistía inútilmente, pues no había forma de hacerlo entrar en razón. Viendo que su padre aún la deseaba, se alejó de la costa y huyó hacia el interior. Cuando al fin llegó muy lejos de su poblado, construyó una casa y empezó a buscar bayas para pasar los meses más fríos; tantas recogió que al final le parecieron suficientes para todo el invierno.

El invierno llegó sin que hubiese visto una sola persona ni comido otra cosa que no fuesen bayas, pero una noche, caída ya la oscuridad, se presentó un hombre en su casa. Era un montaraz, un fantasma. No sabiendo qué hacer, la joven luchó con él y al final logró echarlo. Después no volvió a ver a nadie más.

El invierno estaba en su apogeo y la muchacha a veces pasaba días enteros sin salir de la casa.

Una mañana, al despertar, oyó que había una tempestad. Entrado el día, salió a hacer sus necesidades y se sentó a un trecho de su casa en dirección hacia el sur, frente a una suave pendiente. Desde allí vio un reno enorme echado en la nieve que no daba muestra alguna de tener miedo. Corrió a casa en busca de su *ulu* y regresó junto al reno sin que este se moviera. Se abalanzó sobre él y lo agarró. Pero el reno pegó un brinco y echó a correr con ella. Mientras tanto la joven se abría paso con el cuchillo por los músculos del cuello del animal con tanto ahínco que terminó por cortarlos y el reno se desplomó. Así fue como mató un enorme macho de reno, se comió su carne y se hizo una manta con su piel. No fue el único reno que cazó durante una tormenta.

Se acercaba por fin la primavera cuando un día vio a dos hombres gigantescos cruzando un lago que había al pie de su casa. Habían salido a

cazar y arrastraban sus presas tras de sí. Se quedó contemplándolos y, para su sorpresa, vio que le dejaban media foca a la puerta de casa. Guardó la foca y vivió de su carne durante mucho tiempo. Eran dos osos con forma humana que, compadecidos de ella, le entregaban una parte de su caza. A partir de ese día regresaron a menudo llevándole medias focas y no volvió a pasar hambre.

Cuando llegó el otoño, estaba un día sentada a la entrada de su casa y oyó llegar a un hombre. Al verlo de cerca, descubrió que era Ilassaq, su padre, que al fin la había encontrado. De nada le sirvió ya enfurecerse, pues el padre se salió con la suya y la tomó por esposa. Sin embargo, la joven lo despreciaba y un buen día le dijo:

—¡Vamos a dar un paseo hacia el interior!

El padre accedió gustoso, de modo que echaron a andar tierra adentro. La muchacha había tenido esa ocurrencia para deshacerse de él. Cuando iban caminando vieron una casa delante de una colina. Había allí un matrimonio anciano y un hombre joven. Los dos ancianos parecían muy furiosos. Resultó que se debía a que un día Ilassaq había disparado una flecha contra su hijo. Eran osos con apariencia humana. Los dos ancianos, a punto de abalanzarse sobre Ilassaq, le clavaron sus miradas furibundas, y solo se serenaron cuando el joven los calmó con sus palabras.

Este les hizo señas a Ilassaq y a su hija para que salieran y ellos se apresuraron a huir colina arriba. Pero aún no habían llegado a lo más alto cuando dos enormes osos salieron de la casa y empezaron a perseguir a los fugitivos. Entonces salió también el joven y gritó:

—¡Mujer hermosa, corre hacia un lado!

Acababa de apartarse cuando uno de los osos descargó con tal fiereza su garra sobre Ilassat que este cayó sin vida; después el oso dio media vuelta sin hacerle nada a la hija. Ella regresó al poblado y desde ese día vivió allí en paz.

Narrado por Silas, Ilimanaq

El hombre que se casó con un somormujo

Había una vez un hombre que había salido en kayak. Remó hacia la costa y desembarcó. Subió una montaña, divisó un lago, y en el lago vio un grupo de mujeres que se bañaban. Sin hacer ruido, llegó hasta la orilla, examinó sus ropas y eligió el vestido que estaba mejor cosido. Cuando se puso en pie, las mujeres lo vieron y corrieron asustadas a buscar su ropa, se la pusieron, se convirtieron en mergos y se alejaron volando.

Una de ellas, sin embargo, no pudo recuperarla y el hombre la atrapó y se la llevó a su casa para que fuera su esposa.

Así es como el hombre se casó con un somormujo y vivieron felices durante muchos años.

Narrado por Jonasine Nielsen, Saattoq

El solterón cortejado por los insectos

Había una vez un solterón.

Es así como acostumbran a comenzar las historias, ¿no? Cada vez que veía a las muchachas que jugaban por el poblado, salía corriendo tras ellas. Y cada vez las muchachas salían huyendo de él y procuraban el refugio de sus casas.

Cuando llegaba la época de las grandes cacerías y los hombres de los kayaks vivían en la abundancia, él, para su vergüenza, siempre que decidía salir de caza se quedaba dormido y ya no se despertaba sino cuando el sol se ocultaba por detrás del horizonte y los cazadores regresaban a tierra firme con sus capturas.

Un día, en cambio, despertó al atardecer como de costumbre, pero subió a su kayak y se alejó remando. Cuando apenas se encontraba más allá del alcance de la vista de las casas, oyó los gritos de un hombre.

—¡He volcado! ¡Ayudadme!

Tras remar hasta él y ayudarlo a enderezar la embarcación, vio que era uno de los sin nariz, las gentes del fuego.

—Te daré todas mis cintas guarnecidas con dientes de morsa —ofreció el infortunado.

—No, no puedo aceptarlas. ¡Yo lo único que deseo es librarme de este penoso insomnio! —contestó el solterón.

—En tal caso, has de acompañarme a mi tierra —dijo el hombre de fuego. Y juntos partieron.

Cuando llegaron, el sin nariz anunció:

—¡Este hombre me ha salvado la vida cuando me encontraba al borde de la muerte!

—Bueno, si te he salvado es porque mi rumbo se ha cruzado con el tuyo. Es la primera vez en mucho tiempo que salgo con mi kayak —dijo el solterón.

—Cuando regreses a casa podrás elegir una presa y solamente una. ¡Y guárdate bien de contar lo que hoy has visto y oído! De lo contrario, la fortuna dejará de acompañarte cuando caces.

Esas fueron las palabras del hombre de fuego. Después el solterón volvió remando a su casa.

Al ser ya la hora de su regreso y no haberlo visto nadie, las jóvenes casaderas se dispusieron a celebrar su naufragio. Les parecía un hombre malo.

Pero cuando dobló la punta del cabo y apareció ante sus ojos, todas gritaron:

—¡Si aquel que se ve a lo lejos parece el solterón!

Y todas las *kisimîtuatsait* (las que tienen la fortuna de estar solas, o sea, las muchachas jóvenes) corrieron hacia sus casas.

—¡Si el solterón ha cazado! —gritó una de ellas.

No bien declinó la tarde, se retiró el solterón. Apenas volvió la luz, salió a cazar mucho antes que el resto de los hombres del poblado. No había arrancado el sol a levantarse en el cielo, cuando él regresó a casa con tres focas, justo cuando los demás se disponían a hacerse a la mar.

Así pasaban ahora los días del solterón. Partía temprano, muy de mañana, y cuando el sol comenzaba a levantarse en el cielo volvía a casa con caza.

Las muchachas solteras cuchicheaban entre ellas.

—¿Qué le ocurre al solterón? —se preguntaban; y empezaron a disputárselo.

—¡Mío! ¡Mío! —chillaban todas.

El solterón se volvió hacia ellas y entre risas eligió a la mejor de todo el grupo.

La mujer y el solterón se fueron a vivir juntos, pero ella se cansó de tanto descuartizar focas recién capturadas y empezó a gritar:

—Pero, ¿por qué demonios tienes que cazar tantísimo?

—Ay, es que las focas me salen al paso y yo las atrapo —respondió él.

En vista de que la mujer continuaba interrogándolo, al final dijo:

—Bueno, es que una vez... —Y después de que se le escaparan estas palabras, se fue a acostar. Sin embargo, aquella noche tardó mucho en dormirse, y hasta que el sol no estuvo bien alto sobre las casas del poblado, no salió con su kayak.

Ese día no cazó más que una foca.

Por la noche, la mujer volvió a tirarle de la lengua, y, en vista de que no había quien la aplacara, el hombre contó lo siguiente:

—Es que una vez, bueno... me había despertado al caer la tarde y había salido en kayak cuando oí que un hombre pedía auxilio. «¡He volcado!», gritaba. Remé hasta él y lo enderecé, y al mirarlo me di cuenta de que era

un sin nariz'. «Menos mal que no andabas pajareando por la aldea», me dijo. «Bueno, acababa de montar en el kayak», le contesté yo.

Y así fue como contó cuanto le había ocurrido y desde ese mismo día perdió sus dotes para la caza, pues su triste somnolencia volvió a dejarlo sin oportunidad alguna.

Como al final ya no tenía pieles que darle a su mujer para que se vistiera, ella lo abandonó. El hombre la persiguió, pero la mujer se escabulló por una grieta que se abría en la montaña y él, por más que lo intentó, no logró colarse por la abertura.

El solterón se agazapó al acecho y oyó unos susurros que salían de la grieta:

—¡Sal de una vez y habla con él!

En esto salió una moscarda y dijo:

—¡Cásate conmigo!

—No, contigo no —contestó el solterón—, que te alimentas de inmundicia.

La moscarda volvió a entrar por la grieta, riendo, y el hombre la oyó decir:

—No, a mí no me quiere porque me alimento de inmundicia.

Y de nuevo comenzaron los susurros en la cueva:

—¡Sal de una vez!

Y salió una mosca.

—Puedes casarte conmigo.

—No, contigo no quiero —contestó el hombre—, que vas poniendo huevos sin ton ni son. Contigo no me caso, que tienes unos ojos horriblemente grandes.

La mosca rompió a reír y se coló por la grieta con el mismo recado que la anterior.

De nuevo se reanudaron los susurros y esta vez salió la típula.

—¡Cásate conmigo! —dijo.

—No, que tienes las patas larguísimas —replicó el solterón, y la típula se fue con muchas risas.

Salió el ciempiés.

—¡Cásate conmigo! —dijo.

—No, contigo no —respondió el solterón—, tienes demasiadas patas. El cuerpo te cuelga muy cerca del suelo y tus ojos son repugnantes.

Y el ciempiés se metió en la cueva riéndose de él a carcajadas.

Después de algunos susurros más, salió el mosquito.

—¡Cásate conmigo! —dijo.

—No, que picas —contestó el hombre. Y el mosquito entró, risueño.

Por último, la mujer le pidió que entrase a verla, ya que el hombre no había querido casarse con nadie más, y él, a trancas y barrancas, se abrió paso por la grieta y volvió a tomarla por esposa.

—¡Despiójame! —dijo, alegre, el solterón.

Ella puso manos a la obra, pero al tiempo le decía:

—¡Ya no despertarás hasta que el petrel empiece a chillar! ¡Ahora dormirás hasta que se oiga piar a los polluelos de los pájaros!

Y el solterón se durmió.

El día que despertó, se encontró en la más completa soledad. La tierra estaba azulada por el verano y el petrel alborotaba en el peñasco de las aves. Él se había adentrado por la grieta cuando era invierno.

Al llegar junto a la orilla, encontró la piel del kayak deshecha de puro vieja.

Y llegado hasta ese punto, como tantas otras veces, empezó a despiojarse la faja de la cintura.

La ballena y el águila

Había una vez, en tiempos muy remotos, dos niñas que jugaban a los papás y las mamás junto a la orilla del mar. Al ver el esqueleto de una ballena, una de ellas gritó:

—Esta ballena será mi marido.

La otra levantó la vista al cielo y dijo:

—Y ahí viene el mío.

Al mirar hacia arriba descubrieron un águila enorme que volaba hacia ellas. Lo que sucedió entonces fue bien extraño: el esqueleto de la ballena cobró vida y raptó a una de las niñas, y el águila, a su vez, descendió y robó a la otra. El águila voló con ella hasta la cumbre más alta de una imponente montaña mientras que la ballena, con su niña sobre el lomo, nadó hasta una isla que había frente al poblado.

Los padres y sus vecinos lo vieron todo, pero poco había ya que ellos pudieran hacer.

El águila salía a diario a cazar otros pájaros y permanecía mucho tiempo fuera del nido, a veces el día entero.

La ballena, en cambio, se limitaba a alejarse un poquito de la isla y quedarse ahí todo el rato, de modo que era imposible rescatar a la pequeña, que estaba vigilada en todo momento.

Sin embargo, la otra niña, la que había sido raptada por el águila, empezó a recoger los tendones de las aves que cazaba su marido. Tan pronto como él salía, la niña los trenzaba en un cordel, y apenas lo veía volver, ocultaba su labor entre las plumas del nido. Pero un día, cuando el águila regresó, la pequeña no tuvo tiempo de esconder bien el cordel y el marido preguntó:

—¿Qué es lo que tienes ahí?

Ella contestó:

—Te estoy trenzando un sedal de pesca.

El águila partió el cordel con el pico en mil pedazos y lo lanzó muy lejos, de manera que a la niña no le quedó más remedio que volver a comenzar desde el principio, aunque esta vez se mostró mucho más cuidadosa a la hora de esconderlo cuando volvía su marido. Había adquirido la costumbre de comprobar la longitud del cordel arrojándolo al abismo, y un día, para regocijo suyo, descubrió que era ya tan largo que casi llegaba hasta la falda de la montaña. Se apresuró todo lo que pudo y trenzó sin cesar en ausencia del marido, y un día, al volver a probarla, vio que llegaba hasta abajo. Esta vez, la escondió mejor que nunca bajo las plumas del nido. El águila regresó con caza tan abundante que ambos comieron cuanto quisieron. Después la niña durmió plácidamente toda la noche bajo las formidables alas de su marido.

A la mañana siguiente, la niña, que se había acostumbrado a hablar como el águila, dijo con voz cantarina:

—Ve a traerme algo delicioso del lugar donde se encuentran cielo y tierra.

El águila prometió que así lo haría y se alejó tan velozmente que levantó un auténtico vendaval en la cumbre de la montaña.

Apenas se hubo perdido de vista el águila, ató la niña un extremo de su cordel a una roca y bajó de la montaña. Después corrió a todo correr de regreso a su poblado, donde fue recibida en medio de la alegría de todos y relató cuanto le había sucedido con la voz cantarina que había aprendido del águila.

A medida que la tarde se acercaba, la pequeña les decía a sus hermanos cada vez con más frecuencia:

—Subid a la montaña a ver si regresa ya vuestro querido cuñado.

El primero en subir en busca del águila fue el mayor de todos, pero no vio nada. Subió después el mediano. Tampoco vio nada él, pero a cada rato que pasaba volvía a insistir la niña:

—Subid a ver si regresa ya vuestro querido cuñado.

Esta vez subió el menor de los hermanos a otear el horizonte, pero tampoco él vio nada. Finalmente, subió la propia niña a buscar al águila y al cabo de un rato volvió a la carrera diciendo:

—Ya se le ve, pero vuela bajo y viene del mar.

Mucho tiempo tardaron los hermanos en distinguir al águila, pero al fin la vieron, tan lejos que parecía una motita de polvo fluctuando entre cielo y tierra. Sus vecinos quedaron estupefactos al comprender que la niña la había divisado a una gran distancia, y todos ellos convinieron en que el águila le había transmitido la potencia de sus ojos durante el tiempo en que había sido su mujer.

El águila sobrevoló el poblado con numerosas presas, y las que no le cabían entre las garras las llevaba echadas a la espalda y colgando del cuello.

Voló primero a su nido entre fuertes chillidos, pero al no obtener respuesta lo sobrevoló una vez, dos, tres, y al final dejó caer todas sus presas, que rodaron montaña abajo. Después puso rumbo al poblado y con sus alas silbantes levantó una nube de turba del tejado mientras descendía hacia la casa. Comenzó a volar en círculos en torno a ella y cada vez que pasaba rozándola saltaban por los aires tales pedazos de turba que empezaron a temer que acabara arrancando todo el tejado. Entonces la muchacha salió a gritarle:

—Muestra tu alegría al ver a tus cuñados y descubre tus axilas.

El águila hizo lo que le pedía su mujer, pero en ese mismo instante salieron todos los hermanos, le lanzaron sus flechas a las axilas y la mataron.

Después en el poblado empezó a decirse:

—Ya habéis recuperado a una de las niñas. ¿Cómo haremos ahora para salvar a la otra? Intentemos remar hasta la isla esta noche.

Al caer la tarde, cuando oscureció, remaron hasta la isla a bordo de su *umiak* sin hacer ruido para que la ballena no los oyera.

A través del respiradero del techo, espiaron el interior de la casa y vieron que la ballena retenía a su mujer tan fuertemente abrazada que a duras penas lograban verle mucho más que el moño. Entonces, juntaron saliva y la dejaron caer encima de la niña. Al sentir la saliva, la niña levantó la vista hacia el respiradero y descubrió sus rostros. Entonces dijo:

—Necesito hacer aguas.

—Hazlas en mi boca —replicó la ballena.

—También tengo que hacer mis necesidades —explicó la niña.

—Hazlas en la palma de mi mano —respondió la ballena.

Pero la niña objetó:

—No, esta vez quiero salir.

—Si sales tendré que atarte primero con una cuerda —cedió la ballena.

La niña aún estaba a medio salir de la casa cuando la ballena le dio a la cuerda el primer tirón.

—¡Todavía no he salido! —gritó.

Acababa de salir cuando la ballena dio otro tirón.

—¡No he terminado! —gritó la niña.

Uno de los hombres dijo:

—Suéltate de la cuerda y dámela, deja que conteste yo y baja corriendo a todo correr al *umiak*.

La niña bajó corriendo tan rápido como pudo, que no fue mucho, pues había pasado tanto tiempo echada que se había quedado sin energías. Apenas la vio en la barca, su hermano ató la cuerda a una roca, corrió hacia la orilla, empujó el *umiak* y remó con todas sus fuerzas hacia el poblado.

La ballena no tardó mucho en salir de su casa y, al ver el *umiak* que huía, bajó de un salto a la playa y se arrojó al mar, levantando una nube inmensa

de gotitas de agua. Estaba a punto de darles alcance cuando una anciana que iba en la barca le gritó a la niña:

—¡Lánzale los *kamiks,* lánzale los *kamiks*!

Así lo hizo la pequeña, y cuando la ballena llegó a la altura de los *kamiks* se abalanzó sobre ellos y el *umiak* logró sacarle una pequeña ventaja.

De nuevo salió tras ellos la ballena y cuando por segunda vez estaba a punto de darles alcance, gritó la anciana:

—¡Lánzale los pantalones, lánzale los pantalones!

De nuevo cobraron una pequeña ventaja, pero no duró demasiado, porque la ballena de nuevo estaba a punto de alcanzarlos. Entonces dijo la anciana:

—¡Lánzale las pieles, lánzale las pieles!

Así lo hizo la niña, y cuando la ballena alcanzó las pieles, los envolvió la espuma. Esta vez el *umiak* consiguió tocar tierra con la proa y en ese mismo momento apareció en la arena, junto a la barca, el cráneo de una ballena.

Cuentan que antiguamente los cazadores subían a la montaña donde había estado la niña y se hacían amuletos con trocitos del cordel trenzado con tendones de ave, y continuaron haciéndolo hasta que llegaron tan alto que ya no pudieron alcanzar el cordel.

Narrado por Andreas Mathiassen, Nanortalik

Cuando los cuervos hablaban

Hubo un tiempo, hace muchos, muchos años, en que los cuervos hablaban.

Pero lo más curioso del lenguaje de los cuervos era que sus palabras querían decir lo contrario. Cuando deseaban dar las gracias, reñían, y de la misma manera siempre decían lo contrario de lo que pensaban.

Eran tales mentirosos que un buen día un anciano les quitó con un hechizo el don del habla, por eso los cuervos ahora ya solo saben graznar.

Pero siempre conservaron su naturaleza, y hoy por hoy los cuervos son pájaros irascibles, mentirosos y ladrones.

Autdârutâ, Frederiksdal

Leyendas épicas

Kunuk, apodado Uiartoq
(el que dio la vuelta al mundo)

Había una vez dos hermanos que compartían la misma tienda de pieles. Tenía cada uno un hijo, y Kunuk, el del mayor, siempre estaba jugando con su primo.

Un día llegaron unos viajeros y se asentaron en el poblado. El hombre se llamaba Nuerniagaq, «el Arao», y tenía un hijo adoptivo llamado Nuerniagakajik, «el pequeño Arao». Nuerniagakajik pasó a ser compañero de juegos de Kunuk y de su primo, y los tres muchachos se hicieron inseparables.

Llegó el otoño y empezó a caer la nieve. Un día, cuando ya se amontonaba por todas partes, los chiquillos construyeron un refugio, un *qapigak*. Una vez en él, acabaron peleándose y al final los dos primos terminaron por echar a Nuerniagakajik.

Nuerniagakajik volvió al poblado llorando, pues de camino se había clavado por todo el cuerpo astillas puntiagudas. Pretendía así vengarse de sus amigos. Su padre adoptivo no estaba en casa, había salido a buscar una foca que guardaba tierra adentro; pero la madre, al ver al muchacho ensangrentado, creyó que sus amigos le habían clavado cuchillos y se asustó.

—Que nadie le diga una palabra de esto a Nuerniagaq; quiere tanto a su hijo que jamás lo dejaría sin venganza —les dijo a los demás habitantes de la casa.

Sin embargo, cuando al cabo de un rato apareció a lo lejos Nuerniagaq con la foca cargada en el trineo, la mujer corrió a su encuentro, pues, aunque había suplicado a sus vecinos que guardasen en secreto lo ocurrido, lo había hecho únicamente porque quería ser la primera en dar la noticia a su marido. En cuanto el hombre estuvo lo bastante cerca de ella para oír lo que decía, empezó a contarle la desgracia que le había ocurrido a su hijo adoptivo. Para colmo de males, exageró lo que había dicho el chico y aseguró que, de no haber escapado, los primos lo habrían matado.

—Tendrán lo que se merecen —dijo el Arao. Y en eso quedó el asunto.

Al oscurecer, cuando todos se acostaron, el Arao fue a casa de sus vecinos, abrió el tejado por las cuatro esquinas y disparó con su arco hasta acabar con todos los que allí vivían. Solo Kunuk se salvó, enrollándose en las pieles que cubrían uno de los bancos y rodando hasta quedar bajo la ventana. Después el Arao se fue a casa, convencido de haber exterminado a sus vecinos. Cuando todo estuvo en calma, Kunuk salió de su escondrijo y preguntó:

—¿Soy el único que vive?

—No, yo también estoy vivo —contestó una voz desde debajo del banco.

Era su primo.

—Yo también estoy viva, pero tan malherida que parte de las entrañas me cuelga fuera del vientre. —Era la hermana menor de Kunuk, que se había escondido detrás de las pieles que cubrían las paredes.

—¿Estás muy mal? —preguntó Kunuk.

—No, no me siento mal —respondió la hermana.

—Entonces hemos de huir; si nos quedamos aquí, nos matarán —aseguró Kunuk. Y rápidamente lo dispusieron todo para la partida y echaron a andar tierra adentro. Kunuk y su primo se turnaban para llevar a la hermana. Se la echaban a la espalda, y a pesar de que eran muy cuidadosos con ella, la pequeña murió poco después a causa de sus heridas.

Luego la enterraron y Kunuk lamentó mucho haber perdido a su hermanita.

Los dos primos huyeron tierra adentro y caminaron sin cesar hasta topar con un fiordo. La parte interior del fiordo estaba cubierta por un hielo que parecía que no iba a romperse jamás. Siguieron durante un rato el reborde helado en paralelo al mar de la desembocadura y vieron muchos animales en el agua. De haber tenido un kayak, habrían hecho numerosas capturas.

—Mejor será que nos adentremos en el hielo. ¡Es insufrible ver tantas focas y no poder cazar ninguna!

De modo que echaron a andar hacia el interior del fiordo. Era un fiordo muy largo que acababa en un enorme glaciar. Continuaban adentrándose en él para ver si les sonreía la fortuna y conseguían hacerse con algo de comer, cuando divisaron lo que parecía ser una persona.

—¡Imposible! ¿Aquí?

Sin embargo, al acercarse comprobaron que se trataba de un hombre y su mujer, que cazaban en el hielo del glaciar. El hombre, tumbado, atisbaba por un agujero en busca de focas mientras la mujer aguardaba en pie, lista para golpear cuando su marido diese la señal. Se aproximaron sin ser advertidos y solo cuando estuvieron junto a ellos los vieron los desconocidos. Eran tan ancianos que se doblaban bajo el peso de la edad.

—¿De dónde venís?

—De muy lejos, del mar.

—¿Y qué queréis?

—Hemos escapado porque el Arao ha matado a todos los que vivían en nuestra casa.

—Entonces serás mi hijo adoptivo —dijo la anciana a Kunuk.

—Y tú el mío —le dijo el hombre a su primo.

Después fueron todos juntos al poblado. En la casa encontraron carne en abundancia y varias focas descuartizadas colocadas en el suelo unas junto a otras. Para ellos resultaba inexplicable que dos ancianos como aquellos cazasen tanto en medio de un fiordo helado.

La mujer se apresuró a subir a Kunuk a su regazo y lo cogió como si fuese un niño de pecho mientras le cantaba hechizos. Transcurrido un rato, lo sentó frente a ella y le cantó un nuevo conjuro.

—Eres un pobre fugitivo y estas canciones mágicas harán de ti un gran vengador y endurecerán tu cuerpo ante los ataques. Y ahora, ¡comamos la comida que siempre ha de acompañar a un encantamiento!

Y fue a buscar una piel de foca llena de bayas con tocino que comieron entre todos.

A partir de aquel día, los dos primos vivieron con los ancianos y salieron con ellos a cazar. Siempre lo hacían desde el hielo, jamás cazaban desde un kayak.

—Sois dos pobres fugitivos con enemigos que quizá anden buscándoos para mataros. Pero un día os vengaréis, ¡de modo que es necesario que ejercitéis vuestros músculos!

Y los primos trabajaban a diario y ejercitaban sus fuerzas, y no había piedra por grande que fuera que, si cabía entre sus brazos, no pudiesen levantar y jugar con ella como si no pesara.

El primo de Kunuk no tardó en ser el más fuerte de los dos, aunque Kunuk no le iba a la zaga. Estaba convencido de que no había nadie en el mundo, aparte de su primo, a quien no fuese capaz de derrotar. Y, en efecto, con adversarios normales la cosa era solo un juego, y es que se estaban criando entre gentes del interior.

Cuando al fin se convirtieron en hombres fuertes y curtidos, su anciano padre adoptivo les regaló unos kayaks para que pudiesen cazar también en el mar. Recibieron los kayaks al mismo tiempo y desde entonces entrenaron a diario. En el agua el más diestro era Kunuk, pero en tierra su primo seguía sin tener rival.

Un día el primo salió solo en el kayak porque las ropas que Kunuk usaba para protegerse del agua estaban empapadas y debían secarse; pero cayó la noche y el primo no regresaba. Y ya nunca más volvió, pues le ocurrió lo siguiente:

Se encontró con un kayak desconocido y el hombre que lo manejaba le preguntó: «¿Quién eres?». Cuando el primo de Kunuk dijo su nombre, fue arponeado de inmediato. El extraño no era otro que el Arao, que llevaba muchos años buscando inútilmente a los muchachos que habían escapado con vida de sus manos.

Así fue como Kunuk se quedó solo. Sus padres dejaron el fiordo y se instalaron a la orilla del mar abierto, ya que Kunuk había adquirido gran destreza cazando desde el kayak. Vivían pues en la costa cuando un día recibieron la visita de un kayak. Kunuk, que estaba con ellos, observó al forastero desde tierra y enseguida reconoció al Arao. Por eso, cuando este desembarcó, el joven no bajó a la playa, sino que permaneció en la casa. Su anciana madre adoptiva salió a recibir al huésped. El Arao subió a la casa y apenas vio a Kunuk se interesó por su nombre. Kunuk estaba a punto de decírselo cuando se le adelantó su madre:

—Se llama Qaqipiluarteq, «el que crece despacio».

—¡Qué curioso! Es el vivo retrato de un muchacho que conozco, pero él se llama Kunuk.

—A este es imposible que lo conozcas. Es hijo nuestro y nunca antes te habíamos visto.

—Es curiosísimo. Estaba seguro de que era Kunuk.

—Como comprenderás, no puede ser Kunuk.

—No, no puede.

Y así fue como engañaron al Arao. Pasó a contarles después cómo había asesinado a la familia de Kunuk, y cómo este y un primo habían escapado. Al primo lo había matado un día que lo encontró cazando con su kayak; ahora buscaba a Kunuk para no dejar con vida a posibles vengadores. No se quedó mucho tiempo en casa de los ancianos y se marchó remando por donde había venido.

Kunuk era ya un hombre grande y fuerte, formidable en todos los deportes y magnífico cazador. Se hacía a menudo a la mar en busca de una mujer, y quería una de pechos tan grandes y tan caídos que pudieran pasarle por encima del hombro hasta la espalda. Y es que una mujer de tales características puede echarse los pechos hacia atrás y amamantar a los hijos que lleve en el *amaut** sin dejar de remar cuando va en barca. Finalmente encontró una mujer muy hermosa que cumplía esos requisitos y la tomó por esposa.

Kunuk construyó un *umiak* y vivió contento y feliz con su mujer hasta que llegó a sus oídos que un temible gigante, Ualattarit, iba por ahí difamándolo con sus canciones; y es que la fama de la hermosura de su mujer había llegado lejos. Kunuk decidió aceptar el desafío, pero, como nunca había tomado parte en un duelo cantado, quiso antes componer una canción.

—No debes inventarte canciones nuevas —le advirtió su anciana madre adoptiva—, has de cantar la que te canté el día que llegaste a esta casa y

te tomé en mi regazo como a un niño de pecho. Debes repetir en el duelo aquellas palabras que te canté.

Kunuk quedó satisfecho y se dispuso a partir hacia el duelo cantado. Sin embargo, su madre adoptiva quiso antes darle algunos buenos consejos:

—Cuando Ualattarit te cante, tratará de lanzarte su cuchillo largo al concluir su canción. La primera vez que lo haga, yérguete cuanto puedas mientras cante; así Ualattarik apuntará alto. Pero tan pronto lance el cuchillo, encógete cuanto puedas; así errará el blanco por encima. La siguiente vez que cante, encógete mucho, todo lo que puedas, y cuando lance el cuchillo, salta. El cuchillo errará el blanco por debajo. Tras la primera canción intentará entregarte el tambor, pero no lo tomes; acéptalo solo después de la segunda. Entonces, cuando hayas dado muerte a Ualattarit, deberás matar también a una mujer y un perro.

Así habló la anciana madre, que después se sentó a la entrada de la tienda, se cubrió la cabeza con su capucha de piel y empezó a murmurar encantamientos mientras Kunuk se preparaba para partir. A su llegada al poblado desconocido, Kunuk aún no había puesto un pie en tierra cuando ya habían arrancado a su mujer del *umiak* para llevarla a la tienda de Ualattarit. Fingió resignarse a ello por miedo y aguardó a que lo desafiaran para el duelo cantado. Sin embargo, el asunto se alargó y ya era noche cerrada, casi de mañana, cuando llegó el desafío.

Una vez congregados todos los asistentes, Ualattarit se apresuró a hacerse con un tambor. Buscó debajo del banco y sacó uno con el parche de piel blanca; lo arrojó al suelo y cogió otro con el parche ensangrentado; ese, en cambio, lo conservó, pues era el que solía usar cuando asesinaba a sus rivales.

Comenzaron. Kunuk siguió al pie de la letra las instrucciones de su madre adoptiva. Intervino primero Ualattarit. Cantó sus versos difamatorios sin acercarse a Kunuk, y una vez hubo acabado, alzó el cuchillo largo que había empleado para tocar el tambor y apuntó hacia Kunuk. Kunuk se irguió y, como era ya de por sí un hombre alto, llegó hasta el techo. Su adversario apuntó por ello hacia arriba, en dirección a la cabeza, y lanzó el cuchillo. En ese mismo instante, Kunuk se agachó y el cuchillo fue a clavarse en las pieles que cubrían la pared, exactamente en el punto donde antes estaba su cabeza.

Aquel lanzamiento errado fue recibido con risas y gritos por todos los de la casa.

—Vaya, vaya... Ualattarit, el que siempre da en el blanco, ¡ha fallado!

Ualattarit intentó darle el tambor a Kunuk, pero este, recordando las palabras de su madre, no se dio por enterado.

«Ay, no le importo, ¡no va a oponer resistencia!», pensó la mujer de Kunuk al ver que su marido se resistía a aceptar el cuchillo y el tambor.

Ualattarit no tuvo otro remedio que cantar de nuevo, y otra vez con el mismo resultado. Cuando el canto llegó a su fin, levantó el enorme cuchillo para clavárselo a su adversario, pero entonces Kunuk se encogió. Su rival se vio obligado a apuntar muy hacia abajo para darle en la cabeza; sin embargo, en el instante mismo en que el cuchillo salió disparado de la mano de Ualattarit, Kunuk saltó, y el cuchillo se hundió en la pared de la casa a solo un palmo del suelo.

—Vaya, vaya... Ualattarit, el que siempre da en el blanco, ¡ha fallado ya dos veces!

Al fin tomó Kunuk el tambor y el cuchillo, dispuesto a plantarle cara, siguiendo al pie de la letra los consejos de su madre:

«Has de cantar tu canción entera sin lanzar el cuchillo; solo cuando cantes por segunda vez podrás matar a Ualattarit».

Eso había dicho.

Kunuk cantó su canción de principio a fin; al ver que no hacía intento alguno de lanzar el cuchillo, su mujer pensó: «Va a dejarse matar. ¡Va a dejarse matar sin oponer resistencia!».

Kunuk empezó a cantar por segunda vez y una vez concluida la canción alzó el enorme cuchillo y apuntó hacia su adversario.

Ualattarit se cubrió la cara con ambas manos de canto, de manera que el cuchillo, si daba en ellas, se desviara hacia los lados sin tocar el rostro. Pero Kunuk, que se había ejercitado y era un lanzador certero, apuntó y tiró el cuchillo de tal modo que atravesó las dos manos y clavó a la pared el cuello de Ualattarit. En la casa se armó un gran revuelo.

—Dejad que reciba el trato que se merece. ¡Él mismo se lo ha buscado!

Se quitaban entre gritos las palabras de la boca los que antes eran sus amigos mientras huían de la casa. Kunuk en cambio se acercó al banco con calma, levantó a la más hermosa de las mujeres de su enemigo y la condujo frente al marido, que, entre convulsiones de dolor y rabia, logró decir:

—Es mi esposa favorita. No le des nunca la espalda por la noche; no consiente que le den la espalda por las noches.

Eso acertó a farfullar, impotente de celos, entre estertores, mientras Kunuk la llevaba en brazos hasta su *umiak*. Sin embargo, en el sendero que bajaba hasta la playa, de repente lo aferraron por detrás unos brazos de una fuerza sin igual. Al volverse, vio a un hombrecillo cuya cabeza se fundía con los hombros. Era Usussumiarteq, el vengador de Ualattarit.

Kunuk dejó a la mujer robada en manos de su esposa y empezó a pelear con Usussumiarteq. Jamás se había enfrentado a una fuerza semejante. Por más que trataba de derribar a su contrincante, aquel hombre parecía adherido al suelo. Combatieron mucho tiempo y Kunuk ya empezaba a tomar cierta ventaja cuando resbaló en un charco helado de orines de perro. Como estaba a punto de caer, se aferró a la cintura de su oponente con todas sus

fuerzas. El hombrecillo, sin aliento y retorciéndose de dolor, soltó a Kunuk. Usussumiarteq se desplomó sin sentido y tardó mucho tiempo en volver en sí. De este modo fue como Kunuk venció también en esta contienda. Y desde ese día, Usussumiarteq siempre contó que entre todos los hombres con los que había medido sus fuerzas no había uno solo comparable con Kunuk.

Después Kunuk regresó a su casa. Cuando llegó a su poblado, su anciana madre adoptiva aún seguía a la entrada de la tienda con la capucha echada, cantando encantamientos.

—¡Kunuk lo ha matado! —le gritaron.

Aquellas palabras le angustiaron lo indecible, pues oyó mal y creyó que el muerto era Kunuk; pero eso no hizo sino redoblar su alegría más adelante.

—¿Y has matado al hombre, a la mujer y al perro? —le preguntó.

—¡Ay! Se me ha olvidado, no he matado más que al hombre —contestó Kunuk.

—No te inquietes; no deja de ser un buen comienzo —se limitó a decir ella.

Ahora que Kunuk sabía que era un hombre fuerte*, decidió salir en busca de su enemigo, el Arao. Llevó consigo a un compañero de cacería que vivía en su poblado, de modo que viajaban en dos *umiaks*. En la barca de Kunuk remaban sus dos mujeres.

Su primera mujer tenía un niño pequeño, pero el camino que debían recorrer era tan largo que no podían detenerse cada vez que había que amamantarlo. Por eso la mujer llevaba sus grandes pechos echados sobre los hombros y podía amamantarlo sin dejar de remar.

En la otra embarcación remaban las dos esposas del hombre y un hijo adoptivo suyo. Ellos también llevaban un niño de pecho y al principio paraban cada vez que el pequeño tenía que comer, pero, al ver que eso hacía que la barca de Kunuk cada vez les sacara más ventaja, renunciaron a detenerse por culpa del niño, que al final murió de hambre. Durante la travesía no fue posible para los padres observar los tabús y demás preceptos que había que cumplir con motivo de la muerte del pequeño, y esto enfureció al hombre luna hasta tal punto que solamente pensaba en causarles una desgracia. Finalmente lo logró al originar una corriente formidable en una bahía que debían cruzar. Dentro de la bahía, cuyo interior era de tierra, el mar discurría impetuoso como un torrente. La corriente horadó el fondo con tanta fuerza que no se veía el fin, arrastró los dos *umiaks* y se tragó uno de ellos. Solo Kunuk, que gobernaba la barca con tanta facilidad como si fuese un kayak, salió bien librado.

Se disponían a descansar en la otra orilla cuando uno de los perros de Kunuk cayó al agua. Tenía unos perrillos pequeñajos y feos con el pelaje cubierto de porquería. Al intentar rescatar al perro, Kunuk se encontró con que un gigantesco pez escorpión lo había partido en dos.

Prosiguieron viaje a lo largo de una costa tan abrupta e inaccesible que por las noches, a la hora de descansar, debían contentarse con fijar un madero entre las rocas para amarrar la barca, de manera que dormían en el *umiak* sin poder bajar a tierra y montar su tienda.

Costa adelante llegaron a un lugar llamado Killavaarsuit. Vivía allí mucha gente, y Kunuk, temiendo que pudiera ser peligroso, decidió registrar sus kayaks durante la noche antes de anunciar su llegada. Cuando encontró los pequeños envases de madera donde acostumbraban a llevar las provisiones durante sus viajes, los abrió y halló en ellos una mano humana, y debajo de ella carne de gusano, *mattak** de narval y carne de oso. Suponiendo que lo que habían colocado encima de lo demás era lo que más les gustaba, dio por hecho que eran caníbales y no se atrevió a pasar por el poblado, sino que lo rodeó por tierra llevando el *umiak* a cuestas. Era tan fuerte que pudo llevarlo entero sin descargarlo.

Continuaron avanzando hasta llegar a un lugar donde también había gran número de personas. No temían casas ni tiendas y dormían sobre pieles extendidas; estaban de cacería lejos de su poblado. Allí hicieron un alto. Por la noche oyeron gritos:

—¡Eh! ¡Ahí llega el Arao, y trae caza!

Kunuk no daba crédito a sus oídos de pura felicidad. Lo único que le preocupaba era que fuese otro Arao, y no el hombre que él buscaba. Pero cuando los kayaks estuvieron más cerca, empezó a temblar de gozo, pues reconoció a su viejo enemigo. El Arao llegó con un narval a remolque y desembarcó. Tan pronto como vio a Kunuk, le preguntó:

—¿Quién eres?

—¡Kunuk!

—¿De veras? Pues he cazado un narval y el colmillo es para ti; puedes hacerte con él una punta de arpón.

Kunuk le contestó retorciendo el colmillo del narval y arrancándolo de un solo tirón, hecho lo cual lo arrojó al mar. El Arao, al ver lo fuerte y corpulento que se había vuelto Kunuk, empezó a pensar en huir. Pero Kunuk, consciente de que si dejaba su venganza para el día siguiente sería tarde, buscó un cuchillo para clavárselo. Corrió a ver lo que encontraba y se topó con un hombre mayor que construía un *umiak*.

—¿Quién eres?

—Soy Nuerniagakajik, el pequeño Arao.

—Y yo soy Kunuk.

—¡No! ¿De veras?

—¿Me prestas tu cuchillo?

—¿Para qué vas a usarlo?

—Para matar al Arao.

—No vas a matar al Arao.

—¿Me prestas tu cuchillo?

—No.

—Entonces voy a quitártelo.

—¡No, no, no! Tómalo.

Y Kunuk se llevó el cuchillo y regresó junto a la gente. El Arao, sin embargo, había desaparecido. Kunuk lo buscó por todas partes hasta dar con él en lo alto de una montaña, durmiendo, cubierto solamente con la piel de su kayak. Kunuk apartó la piel con el cuchillo y lo despertó. El Arao trató de sonreír, pero Kunuk le correspondió clavándole el cuchillo. Las heridas no eran mortales, su única intención era hacerle daño. Y mientras así lo pinchaba, decía:

—Esto por matar a mi padre. ¡Y esto por matar a mi primo!

Pero al pronunciar el nombre de su hermana, la rabia lo dominó y traspasó a su enemigo de lado a lado. Así se vengó Kunuk del Arao, que había asesinado a todos sus parientes.

Después Kunuk siguió viaje. Como todos los hombres fuertes, tenía por costumbre acabar con todos los kayaks que se cruzaban en su camino, pues dicen los ancestros que solo así puede un jefe asegurarse la perpetua abundancia de la caza.

El otoño estaba muy avanzado y ya no faltaba mucho para el invierno cuando un buen día Kunuk divisó un kayak que avanzaba entre témpanos de hielo. De inmediato montó en el suyo y remó a su encuentro. Ya desde muy lejos vio que el viento parecía encrespar el agua justo frente a la proa del desconocido. Esto ocurría cada vez que aquel hombre soltaba el aire por los agujeros de la nariz, que eran inmensos. De pronto Kunuk lo reconoció: era Kaattattuk, un célebre buscapleitos; tenía aquellas fosas nasales tan descomunales porque de niño lo levantaban cogiéndolo de las narices.

Kunuk sabía que Kaattattuk, como jefe que era, también solía acabar con todos los kayaks que le salían al paso, y ahora estaban muy cerca; sin embargo, cada vez que echaban mano del arpón lo hacían al mismo tiempo y ninguno de los dos se decidía a lanzarlo. Ladearon después el kayak, pero siempre lo hacían a la vez y ninguna de las dos partes encontraba un ángulo de tiro que le fuese favorable. Llevaban ya largo rato así cuando Kaattattuk dijo:

—Desembarquemos y peleemos en tierra firme.

—No —replicó Kunuk—, ¿por qué matarnos? Acordemos, mejor, que si otra vez hemos de encontrarnos nos enfrentaremos en un duelo cantado.

Así quedó acordado y se separaron en paz.

Kunuk estableció su casa cerca del poblado de Kaattattuk y cuando llegó el invierno esperó con impaciencia la invitación al duelo cantado. Pero Kaattattuk se hizo esperar largo tiempo. Finalmente llegó un día conduciendo un trineo tirado por unos perros tan enormes que parecían osos.

Kaattattuk entró en la casa y se sentó a aguardar a que lo agasajaran con alimentos de bienvenida.

—Aquí no vamos a darte comida alguna; tendrás que ir a buscarla tú. Ahí fuera hay una aleta de narval helada, ¡tuya es!

Mientras esperaba la visita de Kaattattuk, Kunuk la había clavado en la nieve y le había echado agua por encima, de manera que la aleta se había convertido en un bloque de hielo.

Kaattattuk salió a cogerla, pero, al ver que no volvía, Kunuk fue a buscarlo. Fuera se encontró con Kaattattuk tirando de la aleta, que por la parte que asomaba de la nieve estaba descongelada.

—No consigo sacar esta aleta de narval —protestó Kaattattuk.

—¿En serio? —dijo Kunuk; y la sacó de un tirón en medio de una nube de pedacitos de hielo.

Kaattattuk entró en la casa y le dieron de comer. Por la tarde se enfrentaron en el duelo y se cantaron sus burlas. Cuando partió Kaattattuk ya era de mañana.

Transcurrido un tiempo razonable, Kunuk enganchó los perros al trineo y fue a visitar a Kaattattuk. Sus perros tenían, como de costumbre, un aspecto lamentable, eran pequeñajos y estaban llenos de porquería, daba pena verlos. Pero a ninguno de ellos le habían cantado encantamientos.

Cuando llegó al poblado de Kaattattuk, entró en su casa y aguardó largo rato a que alguien le sirviese algo de comer. Finalmente dijo Kaattattuk:

—No te vamos a servir nada de comida, tendrás que ir tú mismo a buscarla. Ahí fuera hay una aleta de morsa, tráela.

Kunuk salió y encontró la aleta de morsa aprisionada en el hielo, tal y como había estado su aleta de narval.

Fingió no tener fuerza para arrancarla y al cabo de mucho rato mandó llamar a Kaattattuk. Este acudió muy contento, pues estaba convencido de que su huésped había arrancado en su casa aquella aleta de narval por pura casualidad.

Entonces Kaattattuk lo agarró por detrás con intención de matarlo.

—Pero ¿qué haces? ¡Suéltame, no vas a poder conmigo!

Sin embargo, en vista de que Kaattattuk no lo soltaba y parecía dispuesto a acabar con él, Kunuk arrancó del hielo la aleta de morsa y se la arrojó a Kaattattuk, que se apartó de un salto y a duras penas evitó que le aplastase el cráneo.

—Oye, pero ¿qué es esto? ¡Si está en el suelo el jefe de mi tiro!

—Sí, porque has querido matarme.

Kunuk reunió a sus perros y se dispuso a partir, y al verlo, Kaattattuk azuzó a sus gigantescos perrazos para que atacasen a los pobres chuchos de Kunuk.

—¡Ki-ki-ki-ki! —les gritaba.

Al verlo, Kunuk se agachó y le susurró al oído al perro que lideraba a los suyos:

—Mata a mordiscos a esos perrazos.

Los perros se enzarzaron en una pelea. A los pocos instantes, Kaattattuk gritó:

—Oye, pero ¿qué es esto? ¡Si está en el suelo el jefe de mi tiro! ¿Qué le habrá pasado? ¡Pero oye! ¡Si tiene las tripas fuera!

Y así fue como murieron los perros de Kaattattuk.

Pensando que sería divertido asustarlo un poco, Kunuk azuzó a sus chuchos contra él.

Los animales se abalanzaron sobre Kaattattuk, que, muerto de miedo, subió de un salto a su *umiak* y desde allí empezó a repartir latigazos a diestro y siniestro. Por aquí salía volando una oreja, por allá un rabo, pero nada parecía hacer mella en los perros. Como no podían llegar hasta Kaattattuk, mordisqueaban como locos los soportes de madera que sostenían la barca en alto, y sus afilados dientecillos ya casi habían partido los postes cuando Kunuk decidió que Kaattattuk ya había tenido su merecido. Entonces llamó a los perros entre risas, los enganchó a su trineo y regresó a su casa.

Es lo último que se supo de Kunuk y sus hazañas. Por eso esta historia termina aquí.

Los dos amigos que quisieron ver el mundo

Un día dos hombres sintieron el deseo de ver el mundo para luego contar a los demás cómo era.

Corrían los tiempos en que aún había muchas personas y todas las tierras estaban habitadas. Ahora cada vez quedamos menos. La enfermedad y la desgracia nos han alcanzado. Ya ves la vida que arrastro, sin poder tenerme en pie.

Los dos futuros viajeros acababan de casarse y aún no tenían hijos. En un par de cuernos de buey almizclero tallaron sendos vasos, uno cada uno y de la misma cabeza, y partieron después cada uno por su lado para reencontrarse algún día. Iban en trineo y solían asentarse cuando llegaba el verano.

Tardaron mucho tiempo en recorrer todo el mundo. Tuvieron hijos y envejecieron, y sus hijos también se hicieron viejos; llegó un día en que los padres se volvieron tan ancianos que ya no podían andar y los llevaban sus hijos.

Finalmente se encontraron y de sus cuernas no quedaban sino las asas, tantas veces habían bebido en el camino y rozado los cuernos contra la tierra al ir a llenarlos.

—Es grande el mundo —dijeron al reencontrarse.

Eran jóvenes el día que partieron y ahora ya eran ancianos que tenían que caminar con ayuda de sus hijos.

¡Sí, el mundo es grande!

Narrado por el viejo Qilerneq

Mitsima, el que murió congelado

Lo que ahora voy a narrar me lo contaron las gentes que vinieron a estas tierras del otro lado del mar.

Había una vez un hombre muy anciano que se llamaba Mitsima; estaba cazando focas en pleno invierno con muchos otros cuando se levantó una ventisca que no dejaba ver nada. Los cazadores acabaron desperdigados y los trineos regresaron al poblado sin dar con el anciano.

Cuando amainó la tormenta, apareció el viejo Mitsima; se arrastraba por el hielo como un perro, pues tenía congelados manos y pies.

A pesar de que sus hijos lo veían acercarse, ninguno de ellos se atrevió a ir a su encuentro. Les daba miedo porque estaba casi muerto.

Al llegar junto a la casa se desplomó.

—Bueno, al fin y al cabo, era ya muy viejo —dijeron sus hijos; y lo dejaron morir a las puertas de su casa.

Luego salieron y lo cubrieron de nieve.

Así murió el viejo Mitsima.

Narrado por Inaluk

El perro gigante

Había una vez un hombre que tenía un perro gigante; sabía nadar por el mar y era tan descomunal que arrastraba hasta la orilla ballenas y narvales. Se colgaba los narvales de los colmillos y así seguía nadando.

Su amo le había abierto unos agujeros en las mandíbulas y había pasado por ellos unas correas; así no tenía más que tirar cada vez que quería que se volviera.

Cuando salían de viaje, su mujer y él se sentaban sobre su lomo.

El hombre siempre había soñado con tener un hijo, pero como no fue posible le dio a su perro el amuleto que guardaba para el niño. Era un nudo de madera que le haría resistir la llegada de la muerte.

Un día el perro se comió a un hombre y su amo tuvo que irse y asentarse en otro poblado. En él vivía cuando vio un kayak que se acercaba a lo lejos; se apresuró a llevarse al perro para que no devorase al desconocido. Lo condujo a lo alto de la montaña y le dio un enorme hueso con el que entretenerse.

Sin embargo, días después el perro olió al forastero y bajó de la montaña, y a su amo no le quedó más remedio que llevarse muy lejos a su huésped y el kayak para que el perro no los despedazara: era peligrosísimo.

Tener un animal tan grande y tan voraz le granjeó a su amo muchos enemigos. Un día llegó un extraño en un trineo con tres perros grandes como osos para dar muerte al perro gigante. El hombre salió al encuentro del trineo con el perro pisándole los talones. Al principio el animal pareció atemorizado, pero en cuanto los tres perros cayeron sobre él, se lanzó hacia ellos y les partió el cráneo de una dentellada.

Otro día el hombre reparó en que, de vez en cuando, el perro gigante se iba de correría y volvía con el hueso de un hombre del interior. Comprendió entonces que atacaba a aquellas gentes y le llevaba sus huesos a su amo. Sabía que eran de ellos porque calzaban botas con pelo en la piel.

Este perro es el origen del espanto que causan estos animales a los habitantes del interior. Aparecía de pronto por sus ventanas y se los llevaba a rastras (aunque no estaba mal que de vez en cuando las gentes del interior se diesen un pequeño susto, pues siempre andaban raptando a personas solitarias, sobre todo mujeres, que se perdían en la niebla).

Y eso es todo lo que sé del perro gigante.

Narrado por Majaq

Historias de muerte y venganza[3]

[3] Los inuit son muy tolerantes con la mayoría de faltas y delitos. Suelen bastar el arrepentimiento y la enmienda del culpable para obtener el perdón, aunque a veces se recurre a duelos cantados donde las partes en conflicto se enfrentan con canciones satíricas de su invención hasta que el resto del grupo da la razón a uno de los dos. El asesinato es el único delito que no puede expiarse de este modo y exige la venganza de sangre, lo que en el pasado a veces llegaba a dar pie a la aniquilación de familias y hasta poblados enteros para no dejar con vida a nadie que más adelante pudiera querer vengarse.

Los gansos que devolvieron la vista al ciego

Había una vez una mujer ya vieja que vivía sola con sus dos nietos, un niño y una niña; el niño había crecido lo bastante para salir de caza de vez en cuando. Un día que fue a cazar, regresó a casa muy tarde con una foca barbuda joven de piel totalmente blanca. En aquellos tiempos, a las mujeres les complacía mucho llevar pantalones de foca blanca. Por eso, al ver al animal la vieja gritó:

—¡Ay, qué hermosura! ¡Pienso hacerme un buen par de pantalones!

Pero al oírlo el niño replicó:

—Yo quisiera hacer correas con esta piel, ¡me hacen tantísima falta!

La abuela le contestó, aunque sin contradecirle:

—Muy bien, haz tus correas, que yo ya tendré ocasión de conseguir pantalones.

Después preparó la piel, apartó la grasa y retiró el pelo para que su nieto pudiese cortar las correas; sin embargo, estando ya a punto de concluir su labor, le susurró a la piel estas palabras:

—Cuando vaya a cortarte, brinca y rómpete en el mismo instante en que te tense, salta con tal fuerza que le ciegues los ojos.

Todo fue tal y como la malvada abuela había dicho. Cuando el huérfano se disponía a tensar la piel de foca, esta le saltó a los ojos y lo dejó ciego; y a partir de aquel día tuvo que quedarse en casa y ya no salió de caza.

Ocurrió esto en el invierno. Un día de primavera, la abuela vio un oso enorme que trotaba hacia el poblado. Sin perder un instante, corrió en busca del huérfano y dijo:

—Viene un oso gigantesco; ¡nosotras apuntaremos con el arco en tu lugar y tú dispara la flecha cuando ya esté colocada!

Así lo hicieron, y el huérfano alcanzó al oso bajo la axila y le atravesó el corazón con su flecha.

—¡Ah, qué fastidio, has fallado! —chilló la malvada abuela.

Pero el huérfano replicó:

—Es extraño, me ha parecido oír el gruñido de un oso herido en el corazón.

Y, decepcionado, regresó a la casa en compañía de su hermanita. La hermana salió de nuevo, pero volvió de inmediato.

—¿Qué quieres? —preguntó el hermano.

—Vengo a buscar el cuchillo de descuartizar de la abuela.

—¿Y para qué lo quiere si no le he dado al oso?

—No sé —contestó la hermana, porque la malvada abuela le había prohibido terminantemente hablar de aquel animal con el niño ciego. La abuela despellejó al oso, lo descuartizó y escondió toda la carne. Después hizo pasar hambre al pobre huérfano, pues quería comerse ella el oso entero; movida por la vergüenza, le entregaba algún pedacito a la niña cada vez que comía ella. Sin embargo, la pequeña se escondía entre la ropa parte de su ración para dársela a su hermano a espaldas de la abuela.

Con el paso del tiempo, el huérfano empezó a aburrirse de estar siempre encerrado y le pidió a su hermanita que le acompañase hasta la cima de un monte que había detrás de la casa. Al llegar a lo más alto, le dijo a su hermana:

—Me quedaré aquí tres días; cuando pasen, ¡vuelve a buscarme!

El huérfano se sentó en la cima del monte a escuchar cuanto ocurría a su alrededor. A veces pasaban volando por encima de su cabeza bandadas de pájaros, y él oía sus cantos y el silbido de sus alas.

Un día pasó una bandada de gansos silvestres que, al verlo, se posaron junto a él y exclamaron:

—¡Mirad, un hombre! ¡Y qué aire tan triste tiene!

El huérfano les contó que era ciego y cómo había ocurrido. Al oírlo, sin embargo, los gansos le dijeron:

—Te equivocas, la piel no te cegó por sí sola, ¡la hechizó tu malvada abuela para que te cegara!

Había seis gansos silvestres en torno suyo y los seis dijeron:

—Trataremos de ayudarte; quédate ahí sin moverte y soporta lo que te hagamos.

Dicho esto, el más joven de los gansos dio un gran salto y dejó caer en sus ojos un pegote de excremento con tal fuerza que resonó por el aire. Después se los limpió con las alas. Luego se acercó el siguiente y lo manchó con más brío si cabe que el primero, de manera que la mancha le calentó todo el rostro al resbalarle por las mejillas. También este se acercó luego a limpiarle con las alas. Uno tras otro, hicieron lo mismo. El huérfano empezó a percibir cierta luz a su alrededor, pero aún no veía nada. De pronto avanzó el mayor y más anciano de todos ellos, un viejo ganso silvestre;

conteniendo el aliento unos instantes, le manchó también los ojos con tal ímpetu y tal fuerza que al pequeño le faltó el aire por un momento: un minuto estaba helado y al siguiente el terror le abrasaba el cuerpo. Sin embargo, cuando el viejo ganso le limpió los ojos, de repente volvió a ver, y su vista era tan nítida y penetrante como si jamás hubiese sufrido mal alguno.

Así fue como los gansos le devolvieron la vista y se alejaron después sobrevolando los montes.

Transcurridos los tres días, subió la hermana a buscarlo y él, al verla llegar, fingió que seguía ciego y cerró los ojos. La niña lo acompañó de vuelta, asombrándose a menudo de lo rápido que era de repente y de que no tropezase al cruzar pequeñas grietas; pero no le concedió más importancia. Una vez frente a la casa, el huérfano entornó los ojos un poquito y vio un delicioso brazuelo de oso encima del pasadizo. Dio después otro vistazo en dirección al secadero y comprobó que colgaba una piel espléndida, la piel de un oso. Gateó por el pasadizo y, ya dentro de la casa, volvió a entornar los ojos otro poquito y descubrió de inmediato que debajo del banco había un estupendo jamón de oso en una de las fuentes de su abuela. La vieja se quedó mirándolo de hito en hito y dijo:

—¡Vaya, ya estás aquí! Pobrecito. ¿Cómo van esos ojos?

—Bueno —contestó el huérfano—, igual que siempre.

Luego se sentó en silencio y cuando al fin volvió a hablar, dijo:

—Anoche tuve un sueño muy extraño. Figúrate que soñé que veía un brazuelo de oso en el tejado de casa y una piel enorme tendida en el secadero, ¡y debajo de tu banco había un estupendo jamón de oso!

—¡Uf, qué espanto! —exclamó la malvada abuela—. La culpa de que estés ciego es de ese oso, claro; puede que esté embrujado y se te aparezca en sueños.

Al oír estas palabras, el huérfano abrió los ojos de par en par, inclinó la cabeza y señaló hacia el jamón que había bajo el banco.

—Pero, abuelita querida, si ese es el jamón con el que he soñado.

—Ah, ¿sí? No me digas, ¿ese es? —replicó ella entre risitas lisonjeras—. Pues tiene gracia, porque precisamente es un jamoncito que guardaba para ti, para darte algo bueno cuando volvieras de las montañas.

—No —dijo el niño—, no quiero saber nada de la carne de ese oso, ya buscaré yo algo que comer.

Y salió. Quiso la casualidad que en ese mismo momento pasara un enorme grupo de ballenas por delante del poblado; el niño blandió su arpón y retuvo a una de ellas, y tirando con mucha fuerza del sedal ¡consiguió matarla! Acto seguido la acercó hasta la orilla, momento en el cual llegó la abuela corriendo cuchillo en mano y dijo en medio de grandes voces:

—¡Deja que te ayude a descuartizar esa deliciosa beluga! ¡Deja que te ayude!

—No es para ti —respondió el huérfano—, es para mi hermana pequeña y para mí; si quieres una ballena, yo te la arponearé, pero tú tendrás que ocuparte del sedal.

Enseguida estuvo dispuesta la vieja abuela, de modo que cuando llegó el huérfano con el sedal no tuvo más que atárselo con firmeza a la cintura.

Al verlo, ella se inquietó un poco, pero simplemente dijo:

—No vayas a atrapar una ballena demasiado grande, elígeme una con la que pueda.

Bajaron juntos hasta una pequeña lengua de tierra junto a la que en ese instante pasaban las ballenas. Al ver que se aproximaba una beluga pequeña, gritó la abuela:

—¡Esa tiene que ser, atrápala!

Pero en el preciso instante en que el huérfano alzaba el arpón, emergió una ballena formidable, y en ella lo clavó. La malvada abuela se aferró al sedal, buscó una grieta donde encajar las piernas para hacer fuerza y retuvo con toda su energía a la beluga. Cada vez que el animal emergía y daba un tirón, a la vieja le temblaba todo el cuerpo. Parecía ya a punto de hacerse con él, cuando en esto se acercó el huérfano y le dio un empujoncito, un golpecito insignificante en el trasero. La vieja pegó un respingo, perdió pie y se cayó al agua. Tan solo se distinguía algo de espuma revuelta en el punto donde se había hundido. Cuando, pasados unos momentos, la ballena volvió a subir a coger un poco de aire, se vio primero el moño de la vieja cortando durante un trecho la superficie, después a la vieja misma, que gritó hacia tierra firme con todas las energías de sus pulmones:

—*¡Uluga, uluga, uluga!* ¡Mi cuchillo, mi cuchillo, mi cuchillo! ¡Dadme mi cuchillo!

Luego la ballena desapareció y con ella la vieja; pero cada vez que el animal volvía a asomarse, veían que la mujer había acortado la distancia a fuerza de tirones, siempre clamando a gritos por su cuchillo. Al final logró remontarla y sentarse a horcajadas sobre ella, lista para matarla y sin dejar de pedir a gritos el cuchillo. Pero nadie se lo dio. La ballena se alejó y la malvada abuela, que ahora recibía el castigo por maltratar a su nieto, se vio arrastrada con ella mar adentro, y ya nadie volvió a verla.

El huérfano que se vengó de siete enemigos a un tiempo

Había una vez un cazador que vivía en Igdlutalik, al oeste de Nôrssît y de cabo Dan. Este cazador acababa de perder a su mujer y solo tenía en el mundo a un hijo pequeño.

Al este de su poblado, en Kangârssuk, vivían cinco hermanos.

Un día el hombre se hizo a la mar en kayak y jamás regresó a casa; el pequeño esperó y esperó, pero su padre nunca volvió.

Lo habían matado los cinco hermanos de Kangârssuk.

El huérfano vivió completamente solo en la casa del poblado hasta que un matrimonio de Nunakitsoq se apiadó de él y lo recogió. El marido y su mujer fueron muy buenos con el chico y le dieron un hogar.

Llevaba ya algún tiempo viviendo en aquella casa cuando su madre adoptiva empezó a pronunciar encantamientos y a cantar hechizos llamados a convertirlo en gran vengador de sus enemigos.

El niño creció deprisa y durante su crianza no se sintió un pobre huérfano, pues sus padres adoptivos lo educaron como si fuese hijo suyo.

Pronto fue el niño tan grande que pudo salir de pesca y llevarles a sus padres escorpiones de mar, un manjar que ellos apreciaban mucho.

Así era su vida cuando, un buen día, el nuevo padre del niño se perdió con su kayak.

Aquello entristeció profundamente a la madre adoptiva y a su hijo, pero tras mucho penar en vano, la mujer habló así al pequeño:

—Ya es la segunda vez que te quedas huérfano y sabemos que los mismos que mataron a tu padre han matado también a tu padre adoptivo. Has llegado a un punto de la vida en el que no tendrás paz si no dejas de inmediato de crecer, como otros niños, jugando despreocupado. A partir de ahora deberás ocuparte solo de pensamientos serios, has de endurecer tu cuerpo

con cosas pesadas hasta que crezcas y llegues a ser un terrible vengador. Solo así podrás vivir con el espíritu en paz virilidad y vejez.

Aquella conversación marcó el fin de la infancia del pequeño, que renunció a todo tipo de juegos y empezó a manejar cosas pesadas que endureciesen su cuerpo; no tardó mucho en adquirir fuerzas insólitas y habilidades impropias de un muchacho de su edad. Se hizo luego con un kayak y empezó a practicar, y cuando ya era tan diestro que podía hacerse a la mar él solo, salió a cazar y regresó a casa con una pequeña foca anillada. Fue su primera captura, y cuando la llevó a tierra y desmontó del kayak, su madre adoptiva se lo cargó a las espaldas y lo llevó hasta la casa. A partir de aquel día, la mujer repitió aquel gesto cada vez que su hijo abatía por vez primera un animal de una nueva especie.

Así fue creciendo el muchacho hasta convertirse en un hombre formidable que remaba tan bien como cazaba y ya solo pensaba en cómo cumplir su deber y vengarse de los cinco hermanos.

Partió al fin de su poblado con su madre adoptiva y se asentó en Nôrssît, donde emprendió una nueva vida como cazador de focas. Un día se adentró en el fiordo y fue a Ikerasak para atrapar una foca, y mientras remaba en torno a la isla divisó una morsa enorme que descansaba en la orilla, un macho viejo. Pero a un trecho del macho, hielo adentro, descubrió un oso, grande y viejo también este, que se acercaba en silencio para matar a la morsa. El oso fue aproximándose muy lentamente mientras el huérfano, escondido detrás de un bloque de hielo, aguardaba el desenlace. El oso llegó hasta la morsa sin despertarla y una vez junto a ella agarró un buen pedazo de hielo y lo estrelló contra la cabeza de la morsa, que perdió el conocimiento. Luego la mató con las zarpas. Apenas concluida la lucha, el huérfano remó hacia el oso, que huyó en dirección al mar, pero el joven lo siguió y lo arponeó, de manera que cazó una morsa y un oso de una sola tacada.

Remolcó el oso hasta la orilla, llevó rodando hasta el agua la morsa muerta, colocó sobre ambos su vejiga de caza, los ató con el cabo de remolque y remó hasta el poblado arrastrando oso y morsa al mismo tiempo. Al verlo llegar con tan colosal captura, su madre adoptiva se sintió feliz y, apenas desembarcado, se lo cargó a las espaldas y lo llevó hasta la casa como tenía por costumbre. Lo hacía para que los encantamientos que le había hecho de niño no perdiesen su poder.

Al día siguiente recibieron la visita de dos kayaks procedentes del interior del fiordo de Angmagssalik, donde en aquellos momentos había gran número de pescadores. Se sirvió carne de oso y de morsa, se charló y se comió con voraz apetito, pues cuando en el fiordo de Angmagssalik llega el tiempo de la pesca del capelán, rara vez se cazan focas y nunca se dice que no a un buen tocino.

Cuando los de los kayaks se disponían a partir, el huérfano les rogó que invitasen a todos los del fiordo que desearan llevarse carne y tocino como regalo, y a ellos mismos les hizo sabrosos presentes en abundancia.

Al día siguiente llegó gran cantidad de kayaks, puesto que todo el fiordo había aceptado la invitación; solo faltaron cinco hombres y eran los cinco hermanos que habían asesinado al padre y al padre adoptivo del muchacho.

El día transcurrió en el poblado en un ambiente festivo y entre grandes banquetes de carne. Al final, cuando ya los forasteros iban a marcharse, recibieron carne y tocino como regalo, pero al tiempo les rogó el huérfano que dijeran a los cinco hermanos que también ellos podían visitarlos y llevarse su parte de la caza.

Al día siguiente llegaron, pues, los cinco hermanos y fueron agasajados del mismo modo que todos los anteriores; la única diferencia fue que, a la hora de partir, recibieron tanta cantidad de carne y de tocino que sus kayaks iban prácticamente hundidos bajo el peso de los regalos. El huérfano montó en su kayak y los acompañó, de tal modo que ninguno notó nada; lo único inusual en él era que en el kayak llevaba dos arpones, dos azagayas y dos lanzas, cuando por lo común cargaba solo un arma de cada clase.

El huérfano fue tras ellos todo el viaje de regreso, y ya en las inmediaciones del poblado de los hermanos se hizo un poco a un lado para remar del costado izquierdo de sus enemigos. De este modo, los tendría a la derecha cuando los fuese a atacar. Cesó de remar por un instante, dejó que los demás se adelantasen ligeramente, agarró el mayor de sus arpones y lo clavó en la espalda del hermano que estaba más cerca de él; el hombre alcanzó a dar una palada con el remo y después volcó, sin vida. Antes de que el segundo de los hermanos pudiese volverse hacia él, quedó atravesado por el otro arpón, y más o menos al tiempo salieron disparadas las azagayas, primero una y después la otra, volando hacia la cintura de otros dos hermanos más. Todo sucedió tan rápido que ni tiempo les dio a volverse hacia él, pues sus kayaks iban sobrecargados de carne y tocino. El quinto hermano sí tuvo, en cambio, margen para hacer dar media vuelta a su kayak, pero, cuando iba a lanzar, el huérfano ya había arrojado su lanza contra él; así volcó también el quinto de los hermanos y así mató el huérfano a todos sus enemigos a un tiempo. A continuación, remó hasta sus kayaks y hundió embarcaciones y hombres en el fondo del mar, después de lo cual regresó a su poblado.

Al día siguiente, recibió la visita de dos kayaks procedentes del poblado de los cinco hermanos; venían a preguntar si tenían noticia de ellos. El huérfano contestó que habían partido la víspera y desde entonces nadie había vuelto a verlos.

Tras informar a los dos desconocidos, los invitó a entrar en su casa; sin embargo, al darles la espalda advirtió que los hombres cuchicheaban en

secreto y comprendió de inmediato que habían ido hasta allí para vengar a los cinco hermanos. Por eso el huérfano se apresuró a entrar antes que sus huéspedes.

Se apostó al lado de la ventana, y, apenas el primer forastero asomó por el pasadizo de entrada, le asestó tal golpe el huérfano en la cabeza que lo mató en el acto. Después lo agarró con una mano y lo echó sobre el banco. Tan pronto como apareció el segundo forastero, recibió idéntico trato, y de este modo volvió a acabar el huérfano con dos enemigos a un tiempo. Con sus cadáveres hizo lo mismo que había hecho con los de los cinco hermanos: los hundió en el mar.

Cuando el huérfano se vio libre de enemigos, emprendió un largo viaje rumbo al norte junto a su madre adoptiva para ir a cazar osos. Fueron remando por la costa a bordo de un *umiak* y dejaron atrás Paotûterajuit, al sur de Kialineq; continuaron remando aún más hacia el norte y dejaron atrás Qernererssuit, y como seguían sin encontrar poblados habitados, al final desembarcaron poco antes de llegar a Kangerdlugssuaq. Había allí tantos osos que ya la primera noche mataron tres al lado de la casa, y solamente en el tiempo que va desde el otoño hasta el invierno cazaron tantos que llenaron todo el palo de una tienda con cráneos de oso ensartados por los ojos como cuentas de un collar.

Cuando el invierno llegó y el mar se cubrió de hielo, continuó avanzando hacia el norte para cazar, y en ese viaje llegó hasta Kangerdlugssuaq. Siguiendo la línea de la costa, fue a parar a un poblado donde habían levantado una casa de tales dimensiones que tenía cuatro ventanas, cuando las más grandes de todas acostumbran a tener tan solo tres.

Allí fue bien recibido, de modo que ató sus perros y subió a la casa en respuesta a su invitación; antes de entrar, sin embargo, quiso quitarse las pieles como es costumbre en la costa oriental y dejarlas en el *umiak* de sus anfitriones, que estaba dispuesto como en esa zona suele disponerse el *umiak* para pasar el invierno: elevado bocabajo sobre postes de madera. Cuando trató de dejar las pieles debajo de las bancadas, descubrió que el *umiak* estaba atestado de pieles de oso y colmillos de narval, tal había sido la abundancia de piezas que se habían cobrado en el poblado. En vista de que no había un solo hueco donde dejar sus pieles a salvo de los perros, un anciano que pasaba le invitó a guardarlas en su kayak; el huérfano aceptó y después entró en la casa.

El anciano, que resultó ser el padre de todos los jóvenes que la habitaban, lo agasajó a lo grande con carne. Lo alimentaron primero con carne y *mattak* de narval, y cuando no quiso más, le dieron carne de oso; sirvieron después más carne, una carne excepcionalmente sabrosa que jamás en su vida había probado. Le mostraron la piel del animal y tampoco esta la reconoció, pues tenía un pelaje largo que nunca había observado en ninguna criatura.

Cuando acabó de comer, se percató de que el amable anciano no dejaba de observarle, y cuando su anfitrión ya llevaba largo rato clavando en él su mirada sin que el huérfano alcanzase a comprender cuál podía ser la razón, de pronto le preguntó, alzando mucho la voz:

—Dime, ¿tú no serás hijo del gran cazador de Igdlutalik?

—¡Sí! —respondió el huérfano, que no podía dar otra respuesta a aquella pregunta.

El viejo anfitrión asintió amablemente y se dirigió a sus hijos:

—Su padre era primo mío, de modo que habéis recibido a uno de vuestros parientes.

Al oírlo, los jóvenes redoblaron sus gentilezas para con el huérfano y se estrecharon contra él en el banco sin saber cómo mostrarse aún más afables.

Entonces dijo el anciano:

—Se te ve fornido y recio, menudos músculos tienes, ¡debes de ser muy fuerte!

—No —replicó el huérfano—, no son músculos; es pura grasa.

Al oír su respuesta, el anciano declaró que lo mejor sería que los jóvenes midiesen sus fuerzas con unos juegos para así pasar la noche entre ejercicios y bromas, y todos se mostraron de acuerdo.

Se levantaron entonces y midieron fuerzas del modo acostumbrado, con diversos pulsos; sin embargo, antes de que comenzaran, el anciano advirtió a su huésped que, desde el primer momento, tendría que demostrar todo su vigor, y no hacerse el pudoroso y fingir que no tenía. El huérfano obedeció, y a pesar de que se enfrentó a toda la fila de hombres, no hubo ninguno capaz de derrotarlo.

El anciano había dispuesto aquella prueba con la intención de comprobar cuánta fuerza tenía el hijo de su primo, pues sabía que eran muchos sus enemigos, y si sus propios hijos resultaban ser más robustos que el joven, lo entrenarían y después lo ayudarían a combatir a sus enemigos en caso necesario.

El viejo anfitrión observó con cariño al huérfano y le dijo:

—Has demostrado tu fuerza y ya no nos maravilla que hayas podido matar a siete hombres a un tiempo, que hasta aquí lo hemos sabido.

Pero el huérfano, que era modesto y deseaba disimular su vigor, replicó:

—Si he matado a tantos hombres no ha sido gracias a mi fuerza, sino a los encantamientos que mi madre adoptiva me cantó cuando era muy pequeño.

Cuando el huérfano se dispuso a regresar a su hogar, los jóvenes anunciaron de inmediato que deseaban acompañarlo; engancharon los trineos y partieron en largo y animado cortejo. Iban en tantos trineos que en el poblado del huérfano despertaron un gran miedo y confusión, pues allí nadie sabía si tan soberbia visita era de amigos o de enemigos. Pero apenas llega-

ron los trineos, el miedo se disipó y se tornó en alegría, y la madre adoptiva del huérfano, que había visto a todos aquellos jóvenes cuando aún eran muy pequeños, los reconoció a todos y los atendió muy profusa y cordialmente.

Una vez que terminaron las celebraciones en el poblado, los numerosos trineos regresaron al suyo en Kangerdlugssuaq; un solo hombre se quedó, y cuando el huérfano le preguntó asombrado por qué no había partido en compañía de sus hermanos, él contestó que tenía miedo de que lo matara alguno de los hechizos con los que había dicho haber dado muerte a tantos enemigos.

Al oírlo, el huérfano rompió a reír y le explicó que solo lo había dicho para no parecer inmodesto y desafiante, y que lo cierto era que si había abatido a tantos enemigos era gracias a su fuerza.

—Además —añadió—, vosotros sois parientes y amigos míos, no debéis temer nada.

Pasaron después de aquello un invierno muy alegre y animado, pues las gentes de ambos poblados se visitaban con frecuencia y acortaban las largas noches con festines y juegos físicos. Pero al llegar el verano, el huérfano volvió a partir en dirección a su hogar en las inmediaciones del cabo Dan; sus muchos parientes, por el contrario, decidieron seguir la línea de la costa y asentarse más al norte, y así pues se separaron.

En adelante, el huérfano vivió feliz, contento y con el ánimo en paz hasta el final de sus días, y fue tan fuerte y tan formidable que nadie intentó jamás vengar a los siete hombres a los que había matado. Pero de aquellos parientes que partieron hacia el norte nadie volvió a saber más, y así termina la historia del huérfano que mató a siete enemigos a un tiempo.

Igimarasugssugssuaq

Cuentan que Igimarasugssugssuaq perdía a sus mujeres muy a menudo. Apenas se casaba con una nueva, volvía a quedarse viudo; nunca conservaba la misma mujer un año completo. Cada vez que perdía una, tenía ya por costumbre ir a visitar a la familia de la difunta para llorar a su amada compañera.

Un día que, como era habitual en él, acababa de enviudar, salió en busca de un grupo numeroso de hermanos que vivían más al norte y les pidió por esposa a su única hermana, Masaunaq. Los hermanos, que no sospechaban nada y creyeron que la trataría bien, se la entregaron. Después Igimarasugssugssuaq regresó a su casa con su nueva mujer, le dio a diario las mayores muestras de su inmenso cariño y no consintió que hiciese trabajo alguno, ni siquiera buscar agua. Masaunaq vivía una vida tan agradable y ociosa que a cada día que pasaba estaba un poco más gruesa; llegó al fin a estar tan gorda que ni agacharse podía, y su marido no solo le prohibió que saliera de la casa, sino que se esmeró más si cabe en darle siempre comida rica y abundante. Tomó, además, por costumbre antes de salir de caza por las mañanas palparle bien todo el cuerpo a la par que murmuraba:

—¡Aún no estás bastante gorda, aún no estás bastante gorda!

Cuando aquellos manoseos se hicieron cada vez más habituales, Masaunaq empezó a abrigar sospechas. Un día, después de que su marido, como era su costumbre antes de ir a cazar, le palpase bien el cuerpo y dijera: «Aún te falta un poquito», Masaunaq se apresuró a hacer los preparativos para volver con los suyos. Pero estaba ya tan gorda que no podía caminar con pasos normales y se veía obligada a avanzar con las piernas tan separadas que dejaba dos rodadas en la nieve; no lograba echar un pie delante del otro. Aunque hizo cuanto pudo por llegar a casa de sus hermanos, le faltaba aún un buen trecho cuando el día tocó a su fin y a su marido le quedaba ya

poco para volver de cazar; entonces, no le cabía duda alguna, saldría tras ella. Estaba buscando un sitio donde ocultarse cuando dio con un enorme madero que la corriente había arrastrado hasta la orilla; era casi tan grueso como largo, y como estaba segura de que su marido la encontraría antes de que lograra ponerse a salvo en casa de sus hermanos, se detuvo junto al tronco y se aventuró a recitar el siguiente hechizo:

Tronco grande,
tronco grueso,
¡rájate, hiéndete,
ábrete!

Al instante, el tronco crujió hasta partirse, y tan grande fue la hendidura que se abrió que la mujer se escabulló por ella. No bien se hubo colado por la abertura, volvió a proferir un torrente de palabras:

Tronco grande,
tronco grueso,
¡cierra tu grieta,
sana tu herida!

Y, de pronto, el tronco se cerró sin que nada se advirtiese desde fuera. Se encontraba la mujer en su interior cuando oyó un crujir de pasos en la nieve; no tardó en distinguir la voz de su marido, que hablaba consigo mismo:

—¡Lástima no haberla matado antes! ¡Con lo gorda que ya estaba! Y lástima haberme empeñado en cebarla más. Tendría que haberme imaginado que entendía de brujería.

Después oyó que el hombre se aproximaba al tronco y decía:

—Aquí terminan sus huellas. Voy a buscar una piedra para romper este tronco.

Acto seguido, empezó a golpear sin descanso una piedra que había encajado en una fina grieta de la madera. Masaunaq, desde su escondite, profirió una vez más su torrente de palabras:

Oh, tronco grande,
oh, tronco grueso,
vuélvete duro,
¡que no te partan!
Vuélvete denso,
¡que no te hiendan!
¡Vuélvete firme,
vuélvete duro!

De inmediato se tornó el tronco firme y duro como la piedra y la mujer oyó decir a su marido:

—Pues me estaba pareciendo que empezaba ya a ceder y, de pronto, me lo encuentro con unas fibras tan firmes como si fueran de piedra.

Largo rato pasó el hombre trabajando inútilmente hasta que Masaunaq le oyó decir:

—Voy a casa a por un hacha y mañana lo abro en canal, ahora ya ha anochecido.

Después oyó Masaunaq cómo se alejaba y regresaba a su casa. Permaneció aún un buen rato en el interior del tronco y solo cuando la noche estaba ya bien entrada volvió a proferir de nuevo un torrente de palabras:

Oh, tronco grande,
oh, tronco grueso,
ábrete,
hiéndete,
hiéndete,
¡hiéndete!

Y de nuevo se abrió el tronco y salió Masaunaq, que corrió a todo correr a casa de sus hermanos y llegó cuando el día empezaba a clarear. Allí les refirió cuanto le había ocurrido y al fin todos comprendieron por qué Igimarasugssugssuaq enviudaba siempre al poco de tomar una nueva esposa. No bien hubo llegado al final de la historia, sus hermanos le dijeron:

—No tardará en visitarnos para derramar lágrimas por su muy amada mujer; será mejor que te escondas, Masaunaq.

Y cavaron un hoyo bajo el piso de madera, donde la ocultaron. Cuando llegó el nuevo día, oyeron llegar también a Igimarasugssugssuaq por el pasadizo de la casa, tan afanoso por explicarse que sus palabras prácticamente lo precedían:

—¡Y que siempre la desgracia tenga que caer sobre mí! ¡Siempre me abate la pena, siempre pierdo a mi mujer!

Y oyeron que rompía a llorar antes incluso de entrar. Apenas lo vieron, los hermanos de Masaunaq trataron de consolarlo hablándole de este modo:

—No hay nada que hacer, es el curso de la vida: quien ha de morir, muere.

Intentaron luego apartar la pena del ánimo de aquel hombre con toda suerte de entretenimientos hasta que uno de ellos dijo:

—Distrae tu pensamiento y trata de olvidar tu dolor entonando cantos alegres, como acostumbras.

No tardó mucho, en efecto, en parecer olvidada toda su pena; el marido, cada vez más exaltado, danzaba, cantaba y contorsionaba su cuerpo

al ritmo de sus palabras para hacer reír al resto cuando, de pronto, se oyó una voz:

—¡Igimarasugssugssuaq devora a sus mujeres!

Al instante cesó el baile y él preguntó:

—¿Quién ha dicho eso?

—Masaunaq —respondieron los demás.

Al principio Igimarasugssugssuaq intentó salir airoso a fuerza de mentiras, pero los hermanos gritaron:

—¡Masaunaq, sal de tu escondite y véngate de tu marido!

De inmediato salió Masaunaq, gorda y grande, de debajo del suelo y cuando el marido trató de huir de la casa los hermanos lo mataron. Así fue como Igimarasugssugssuaq acabó sufriendo la muerte que siempre daba a sus mujeres.

La leyenda de Pigssik, el caníbal

Se cuenta que Pigssik casó con una muchacha que tenía muchos hermanos y que decidió asentarse allí donde estos moraban.

Pero un día empezó a añorar su hogar y a sus antiguos compañeros de caza y, tras montar en su *umiak* a su mujer y sus dos hijos, fue a hacerles una visita.

Poco antes de llegar a su poblado desembarcó, varó el *umiak* en la orilla, montó su tienda, dejó allí a su familia y fue solo a ver a sus compañeros. Era ya noche cerrada cuando regresó envuelto en un hedor espantoso. Tenía la tripa terriblemente hinchada y era evidente que se había dado un buen atracón de todas las exquisiteces que había echado de menos por tanto tiempo, pero su mujer no pensó mal de él.

Un día el hombre propuso que fueran todos juntos al poblado y allá se fueron. Les había asegurado que se darían un gran banquete.

Apenas desembarcaron, fueron objeto del más afable recibimiento; sin embargo, de camino hacia la casa la mujer pasó junto al lugar donde almacenaban las provisiones y se encontró allí colgando gran cantidad de muslos humanos, lo que le hizo comprender que estaban entre caníbales.

Al entrar en la casa les dieron un puñadito de capelanes, eso fue todo. Pero al caer la tarde, una vieja que estaba sentada en un rincón oscuro dijo en un susurro algo sobre unos muslos. Entonces los sirvieron.

—Pues no nos vendría mal un poco de grasa de anciano —dejó caer otra vieja que estaba en otro rincón; y la sirvieron. Era una grasa tan rancia que se había puesto amarilla.

La mujer de Pigssik se fijó en cómo comía su marido. Cada vez que mojaba un trozo de carne en aquella grasa pasada, metía la mano entera de puras ansias y después se la chupaba, de manera que le brillaba toda la cara.

Como último manjar sirvieron una persona que había estado pudriéndose. La envolvía un hedor espantoso y por eso pidieron a la mujer de Pigssik, que no estaba habituada a tales exquisiteces, que saliera de la casa mientras la devoraban. Cuando al cabo de un rato la llamaron, vio a su marido entregado a su asquerosa glotonería. Con el dedo corazón atravesado por las cuencas de los ojos de una cabeza podrida, había taladrado el cráneo con un cuchillo y le sorbía los sesos ruidosamente.

Llegó el invierno y los hombres del lugar seguían sin ir de caza. Una mañana, de pronto, se vistieron con sus abrigos de piel de foca curtida y salieron. La mujer de Pigssik se llevó una alegría, pues creyó que al fin comerían carne de foca. Sin embargo, resultó que solamente salían para jugar.

—¡Venid, venid! ¡Un muchacho ha cazado un viejo! —exclamó una mujer que se había asomado a la ventana—. ¡Lo ha tumbado en el suelo!

—¡Venid con cuerdas! —gritaban, y enseguida salieron llevando unas correas, y al poco regresaron con un hombre muerto a rastras. Se lo comieron esa misma noche.

Pigssik tenía una hija muy hermosa que justo en ese momento estaba en su mejor edad, y al verla se le hacía la boca agua. Un buen día fabricó una maza de madera de las que allí se usaban para aplastar cráneos y le pidió a su hija que saliera a preparar grasa para la lámpara; él mientras tanto la ayudaría a tener apartados a los perros. Acababan de salir cuando su mujer oyó un grito, y cuando acudió corriendo, la hija ya estaba muerta.

—¡Métela en casa y cuécemela! —gritó el hombre.

La mujer rompió a llorar y no fue capaz de dar un solo paso.

—¡Si no te das prisa acabarás igual que ella! —aulló su marido, furioso.

Entonces la mujer llevó a rastras a su hija al interior de la casa.

—Me muero de ganas de saborearla —insistía él—. ¡Descuartízala de una vez!

Y al ver que su mujer volvía a deshacerse en llanto, la amenazó con aplastarle el cráneo también a ella, que entre lágrimas se puso manos a la obra.

Tras descuartizar el cuerpo, lo echó al puchero. Quiso la casualidad que las manos quedasen encima de todo lo demás, y al entrar en contacto los tendones con el agua caliente, los dedos se aferraron al borde del puchero como si estuviesen vivos y tratasen de escapar, y cada vez que los bajaba, volvían a asomar al rato.

La madre, que no quería que nadie devorase a su hija, se hizo con el balde de los orines sin que nadie lo advirtiera y lo volcó sobre la carne. Cuando un poco más tarde la sirvieron, nadie pudo comerla y la madre pudo retirarla sin que nadie la tocara.

Esa misma noche logró vengarse. Mató al marido mientras dormía con su propia maza y huyó a casa de sus hermanos con los dos hijos que aún le quedaban. Hasta allí no se atrevieron a seguirla los caníbales y ya jamás supieron de ellos.

Narrado por Manasse, Ikamiut

El hombre que no respetaba el tabú

Había una vez un hombre llamado Artuk. Acababa de enterrar a su difunta mujer, pero se negaba a observar el tabú impuesto a los hombres que han tenido contacto con un cadáver. Decía que él no creía en los preceptos de los antepasados.

Estaban varios vecinos de su poblado cortando carne helada para comer; cuando el hombre, después de mirar un rato, vio que se afanaban por partir la carne solo con cuchillos, cogió un hacha de piedra, cortó un buen pedazo y dijo:

—Mirad, así se parte la carne.

Y lo hizo a pesar de que acababa de tener contacto con un cadáver y, por tanto, no le estaba permitido cortar carne.

Ese mismo día salió al hielo y sacudió las pieles con que se vestía para librarlas de piojos, a pesar de que le estaba prohibido salir a despiojarse después de haber tenido contacto con cadáveres.

También subió a un iceberg a beber agua que el sol había derretido, a pesar de que sabía que lo tenía prohibido. Todo lo hizo para desafiar las creencias de sus paisanos. No eran más que mentiras, aseguraba.

Pero un día que iba a salir en trineo, se apoderó de él el miedo; no se atrevía a aventurarse solo por el hielo, y en vista de que su hijo no parecía dispuesto a acompañarlo por su propia voluntad, el hombre lo ató al trineo y así lo llevó consigo.

Jamás volvió con vida de aquel viaje.

Al caer la noche, su hija oyó las risas burlonas de dos espíritus. Enseguida comprendió que reían para que supiese que su padre había pagado el precio de sus infracciones.

Al día siguiente salieron muchos trineos en busca de Artuk. Lo encontraron hielo adentro, destrozado como suelen los espíritus maltratar a quienes no creen en las enseñanzas de los antepasados.

Al hijo, que seguía atado al trineo, no lo habían tocado; había muerto de miedo.

Narrado por Uusaqqaq

La vieja canosa

Hubo una vez —así lo cuenta la antigua historia— un hombre que molía a palos a su mujer. Ella, claro está, huyó de él, cogió a su hijo —un pequeñín que cargó a su espalda— y se echó al mundo con la criatura a cuestas.

Corrió hasta una casa enorme, una casa con dos cuartos y una sola entrada, donde no se veía un alma, y entró. Había una lamparita encendida y una vieja dormida; estaba echada bocarriba y dormía durante el día porque ya era mayor. Tenía que vigilar que la lámpara nunca se apagase. Sus hijos habían salido a cazar.

La fugitiva se quitó los *kamiks* y empezó a secarlos. De repente, oyó un crujido muy extraño. Se levantó de un brinco y al mirar a su alrededor vio que la vieja se arrastraba hacia ella. Consiguió a duras penas recuperar sus *kamiks* y salió corriendo. La vieja corrió tras ella y le fue ganando terreno. Entonces la mujer dejó caer a su hijo y la vieja clavó su enorme hacha en el cuello del pequeño. Tenía hambre.

Cuando la fugitiva llegó a su casa, se encontró con su marido que bajaba del trineo.

—Pero ¿dónde está el niño? —preguntó el hombre.

—Se me ha caído cuando me perseguía la vieja canosa.

—¡Mientes! ¡Voy a matarte!

—Deja que antes te enseñe a esa vieja —dijo la mujer, y se alejaron juntos.

Cuando llegaron, la encontraron otra vez durmiendo.

El marido entró.

Agarró un hacha grande que colgaba por encima de la vieja y se la clavó en el cuello.

La vieja se levantó.

—Ou-u-u-uh —dijo, y después murió.

El marido decidió esperar a que volviesen sus hijos.

Aparecieron cargados con varios renos y venían gritando ya desde lejos:

—Madre, te traemos unas pieles para que duermas en blando.

Uno de ellos entró por el pasadizo. El hombre le cortó el cuello y lo apartó a un lado.

Después entró otro y luego uno más, y a todos ellos les cortó el cuello.

Sin embargo, la sangre empezó salir de la casa a través del pasadizo y al verla escaparon tres.

El marido y la mujer se echaron a la espalda toda la carne de reno que eran capaces de cargar y volvieron a su hogar.

Narrado por Qilerneq

Paatusoorsuaq, el que asesinó a su tío

Vivía en Kuukkat una mujer muy hermosa; era la esposa de Alataq. En el mismo poblado vivía Paatusoorsuaq, el sobrino de Alataq. También estaba casado, pero le gustaba más la esposa de su tío que la propia. Por eso intercambiaban constantemente sus mujeres como es costumbre.

Un día de primavera, Alataq decidió emprender un largo viaje y llevarse consigo a su mujer. Se encontraban al borde del mar helado disponiéndose a partir cuando apareció el sobrino.

—¿Nos dejáis? —preguntó.

—¡Sí, los dos! —respondió Alataq.

Al oírlo, Paatusoorsuaq se abalanzó sobre su tío y lo mató. Y es que ambos no podían tener derecho de precedencia sobre la misma mujer.

Cuando la mujer de Paatusoorsuaq lo vio, cogió su aguja y su dedal, y ocultándose en la sombra de la tienda corrió a refugiarse a las montañas de Etah, donde vivían sus padres. No tuvo tiempo siquiera de llevarse un par de medias y se estropeó los pies corriendo por las montañas. En su huida tierra adentro, encontró gentes que se cubrían la cabeza con capuchas holgadas, tal y como es costumbre entre los habitantes del interior, pero no tuvo contacto alguno con ellas, pues escapaban al verla.

Cerca ya de Etah vio a lo lejos un anciano, y al correr hacia él descubrió que era su padre, que había salido a cazar mérgulos; y, felices, echaron a andar los dos juntos hacia su tienda.

Tras matar a su tío, Paatusoorsuaq corrió de inmediato hacia su tienda para dar muerte también a la esposa de la que estaba aburrido, pero ella ya había huido.

En la tienda había un chiquillo. Paatusoorsuaq se abalanzó sobre él y le preguntó:

—¿Dónde está? ¿Adónde ha ido?

—¡Yo no he visto nada, estaba durmiendo! —mintió el muchacho, asustado; de modo que Paatusoorsuaq tuvo que renunciar a atrapar a su mujer.

Salió después en busca de la mujer de Alataq, la tomó por esposa y empezó a vivir con ella. No tardó la mujer en quedar encinta y traer al mundo un engendro de grandes barbas; y tanto se asustó al verlo que se murió. Así Paatusoorsuaq no llegó a disfrutar de la mujer que había robado. A él tampoco iba a irle bien.

A comienzos del verano se reunieron en Natsilivik muchas personas que iban rumbo a cabo York; entre ellas también estaba Paatusoorsuaq. Un día le sucedió algo muy singular. Había salido de caza cuando, de pronto, un zorro le mordió la punta del capote y ya no quiso soltarla. Creyendo que se trataba de un zorro corriente, intentó golpearlo, pero no logró alcanzarlo; más tarde ya se vería que era el alma de Alataq, que quería jugar con él antes de despedazarlo. Y es que el amuleto de Alataq no era otro que un zorro.

Poco tiempo después Paatusoorsuaq murió despedazado por el espectro de Alataq, que lo atacó en forma de oso. Su hija, que al oír sus gritos había salido, regresó en busca de ayuda, pero apenas puso un pie dentro de la casa olvidó lo que iba a decir, pues el espíritu vengativo la conjuró al olvido.

Para cuando recordó lo que quería decir, era demasiado tarde. Hallaron a Paatusoorsuaq despedazado, miembro a miembro. Al parecer había intentado defenderse, en vano, con grandes trozos de hielo.

Así se abate la venganza sobre aquellos que asesinan.

Narrado por Ûsarqak

El espíritu del estiércol

Empezaré hablando de Tutuatui, el espíritu del estiércol. Aparecía solamente de noche y siempre estaba cubierto de porquería. Del pelo le colgaban excrementos humanos secos; vivía en una casa que estaba en el estercolero.

En una ocasión, una niña jugaba con unos animalitos tallados en colmillo de morsa cuando el espíritu se acercó y le gritó por la ventana:

—¡Sal y ven conmigo a Avigaq! ¡Y trae tus juguetes!

La pequeña se metió en la casa del espíritu. Este tomó asiento y le dijo amablemente:

—Ven, que te despiojo.

Sin embargo, cuando la niña apoyó la cabeza en su regazo, el espíritu la atravesó con una aguja y la mató; después escondió el cadáver debajo del banco.

Otro día, el espíritu del estiércol engatusó a otra pequeña, pero al meterla en su casa descubrió que la niña llevaba un abrigo y unas botas que le quedaban muy grandes.

—¿De quién son esas botas que llevas puestas? —le preguntó.

—¡De mi padre! —contestó ella.

—¿Y las pieles?

—¡De mi madre!

—Entonces vuelve a tu casa —dijo el espíritu—, que tus padres no tardarán en echar en falta sus cosas.

Y así fue como no mató a la niña, pues le dio lástima privar de sus ropas a sus ancianos padres.

Pero antes de que se fuera, le enseñó por un agujerito el cadáver de la otra chiquilla que había matado.

Cuando la niña volvió a su casa contó lo que había visto, y ese es el origen de la historia del espíritu del estiércol.

Qaqqaatsuliit

Había una vez un poblado que tenía solo una casa y estaba a gran distancia del poblado más próximo, donde vivía un hombre, Qaqqaatsuliit, jefe de una gran familia. En el poblado más solitario vivían las familias de dos cazadores; uno de ellos tenía un hijo que era aún muy pequeño, aunque el padre era un hombre fuerte y un gran cazador. Cuando salía de caza, el niño también se quedaba fuera todo el día y únicamente al caer la noche, cuando regresaba el padre, entraba en la casa. El amor que le tenía era enorme.

Un día que el padre había salido se levantó una tormenta. A pesar del mal tiempo, el hijo se quedó fuera como tenía por costumbre, aguardando y aguardando hasta que vio un kayak que se acercaba a la costa. Cuando la embarcación tocó tierra, el pequeño bajó creyendo que era su padre, pero resultó ser Qaqqaatsuliit, el hombre fuerte del otro poblado, que le gritó al niño:

—¡No hace falta que sigas ahí mirando el mar con la boca abierta, porque he matado a tu padre!

Y se fue por donde había venido.

El niño rompió a llorar y corrió hacia la casa, donde tras repetir las palabras de Qaqqaatsuliit se dejó caer en el banco y allí se quedó tumbado. Al final, los demás habitantes de la casa se compadecieron de él y el cazador que había compartido morada con su padre tomó la palabra y le dijo así:

—No eres el único al que afecta este duro golpe. Mejor es que te levantes y te pongas en camino hacia el barranco; hay allí una enorme raíz de sauce. Ve y ejercita tus fuerzas levantándola. Dicen que quienes las ejercitan alzando piedras vuelven a perderlas mucho antes de haber llegado a vengarse.

El niño dejó de llorar inmediatamente y salió. Al llegar a la ladera de la montaña, encontró una raíz enorme en el fondo de un barranco. Empezó

a tirar de ella, y tiró y volvió a tirar, pero no logró moverla ni un poquito. Después se marchó a su casa y se echó a dormir. Sin embargo, a diario se entrenó con la raíz de sauce y no tardó en desarrollar una fuerza prodigiosa. Con el correr de los años, los que vivían con él se fueron haciendo viejos y aún no se había vengado de Qaqqaatsuliit.

Una mañana, cuando despertaron, vieron que el tiempo era espléndido y el joven salió a cazar. Estaba lejos de casa cuando se desató una tormenta semejante a la del día en que Qaqqaatsuliit había matado a su padre. Cuando regresó, pensaba tanto en su padre que no logró tragar un solo bocado. Se dejó caer en el banco y allí se quedó tumbado. Su anciano compañero, que lo miraba de reojo, le dijo al fin:

—No creas que eres el único que está en pugna con sombríos pensamientos. Pero si tienes motivos para pensar que no has de temer a nadie, deberías salir a buscar venganza.

Al oír estas palabras, el joven se incorporó de un salto y corrió hacia el barranco donde estaba la raíz de sauce; aún no tenía fuerzas para subirla por la pendiente, pero esta vez la arrancó de la tierra de un tirón. Después bajó hasta su *umiak*, se puso el traje de pieles impermeable y se alejó bajo la tormenta en busca de venganza.

Era ya de noche cuando llegó al poblado de Qaqqaatsuliit y al desembarcar no vio a nadie. Luego se agazapó detrás de una casa y allí aguardó escondido. Salió al fin el gran Qaqqaatsuliit y se sentó a hacer sus necesidades cerca de la ventana. Mientras tanto, el joven se fue acercando sin hacer ningún ruido y llegó hasta él sin que lo descubriera. Entonces le puso una mano en el hombro con mucha calma y le dijo:

—Me estaba acordando de un día en que era yo aún muy pequeño. Había tormenta, como hoy, y aguardaba a las puertas de mi casa el regreso de mi padre. Llegó entonces un kayak y, creyendo que era él, corrí alegremente hacia la playa para recibirlo. Pero ya de cerca no pude reconocerlo, me pareció otra persona, y de pronto oí una voz que gritaba: «No te quedes ahí con la boca abierta esperando a tu padre, ¡porque lo he matado!». En ese instante vi que eras tú y te aseguro que jamás he olvidado ese momento.

Tras oír estas palabras, Qaqqaatsuliit permaneció inmóvil; estaba como clavado en el sitio de puro miedo. El joven levantó el puño y le dio tal golpe en la cabeza que la partió; después montó en su kayak y se alejó sin que nadie del poblado lo viera.

Al llegar a casa su compañero salió a recibirlo y le preguntó:

—¿De veras has vengado la muerte de tu padre?

El joven se limitó a contestar:

—Ha sido tal el golpe que le he dado para vengarme que temo que no haya sentido ningún dolor.

A lo que el viejo le dijo:

—Qaqqaatsuliit tiene muchos parientes, ¡procura no ir a cazar en dirección a su poblado!

Y el joven siguió el consejo.

Pero un día muy hermoso salió en su kayak y aún no se había cobrado ninguna pieza cuando oyó los gritos de unos cazadores que procedían del mar. Remó hacia ellos y se encontró un gran número de kayaks que reconoció de inmediato. Eran los parientes de Qaqqaatsuliit, que acababan de herir a un enorme macho de morsa. Ya lo habían arponeado, pero aún no habían arrojado sus lanzas, porque la morsa seguía haciéndoles frente. Al ver venir a su enemigo, los hombres separaron un poco sus kayaks unos de otros con el fin de tener más espacio para moverse; el verdugo de Qaqqaatsuliit, en cambio, hizo caso omiso de ellos y remó directamente hacia la morsa.

—¡Ten cuidado! ¿Es que no ves que está a punto de atacar? —le gritaron todos.

Pero él siguió remando tranquilamente, fingiendo que no los oía, y se colocó al lado de la morsa rugiente sin sacar siquiera su lanza para protegerse. Y allí se quedó hasta que el animal se sumergió. Aguardó a que la morsa volviese a salir y remó luego hacia ella a gran velocidad. Cuando llegó allí, levantó su enorme puño y se lo hundió en la cabeza hasta partirle el cráneo. Después pasó por delante de todos los kayaks y, desarmado, les gritó en tono burlón:

—De un golpe igualito maté a Qaqqaatsuliit. ¿Me están oyendo sus hijos, los hijos de sus hermanos, los hijos de sus hermanas? ¿Me están oyendo? ¡Y ahora querréis vengaros cuando menos me lo espere! Pues eso no ocurrirá. Jamás me sorprenderéis. Por eso es mejor que os venguéis ahora, que me tenéis delante... ¡si es que os atrevéis!

Tras oír sus palabras, dos kayaks se destacaron del resto del grupo, pero sus compañeros se apresuraron a pedirles a gritos que volvieran:

—¡Apartaos de él! Vuestras vidas no serán para él más que un regalo. Qaqqaatsuliit era solamente un viejo, ¡ya nadie le tenía aprecio!

Los dos kayaks regresaron junto a sus compañeros. Después el joven les dio la espalda y se alejó mientras todos los parientes de Qaqqaatsuliit gritaban a cuál más fuerte:

—¡Quédate con nosotros, te daremos una parte de la caza antes de que te vayas!

Pero el joven fingió no haberlo oído y se perdió en el horizonte.

Narrado por Silas, Ilimanaq

El abuelo, el nieto y los hombres furiosos y malvados que llevaban sus pieles impermeables

Había una vez un anciano que tenía un solo hijo. El hijo era el único que procuraba el sustento a la casa, pues el padre ya no estaba en condiciones de salir de caza.

Un día el hijo salió en kayak y no volvió más, y el viejo supo que le habían dado muerte sus enemigos. El padre tuvo entonces que volver a cazar como buenamente pudo, pues aunque el hijo a su vez había tenido otro hijo, el niño era aún muy pequeño. Pero no tardó en crecer y empezó a endurecer sus músculos y a practicar toda suerte de ejercicios. Cuando acabó de desarrollarse, tenía tales fuerzas que se veía capaz de medirse con cualquiera; después dejó el poblado y partió junto a su abuelo y su madre rumbo al norte. A bordo de su *umiak* remaron y remaron sin tropezar con nadie. Dejaron atrás costas repletas de caza, pero ellos continuaron avanzando hacia el norte sin descanso. Un día les pareció que el lugar donde habían desembarcado era especialmente pródigo en focas pías y decidieron quedarse y construir una casa. El joven cazaba tantas focas que al final acumularon una montaña de carne tan formidable que era mayor que su casa.

Durante todo el otoño, el joven salió a cazar por las aguas de la zona sin cruzarse jamás con otro kayak ni ver nunca señal alguna de que podía haber gente por las inmediaciones.

Hasta que un día, en medio de una ventisca, oyeron por vez primera a unas personas a la puerta de su casa. Un ruido en el pasadizo dio luego paso a un hombre vestido con una piel de los pies a la cabeza. Así llegaron, uno tras otro. Entraron de un salto, bruscos e impetuosos en sus ademanes, cinco hombres grandes recubiertos de pieles con aspecto de tener una fuerza tremenda. Traían el gesto grave y enfurecido, y todo intento de mostrarse hospitalario con ellos fue inútil; ni sentarse quisieron. Finalmente, uno de ellos tomó la palabra y dijo:

—No es de extrañar que la caza haya estado tan cambiada este otoño. Todo bicho viviente que veíamos se mostraba medroso, ¡porque había olfateado un rastro humano!

Y después exclamaron todos a la vez:

—No tiene nada de raro, ¡os habían olido a vosotros!

Después gritó uno de ellos:

—¡Que no escape ni uno solo! ¡Los mataremos a todos!

Apenas fueron pronunciadas estas palabras, todos se abalanzaron sobre sus anfitriones. Dos hombres atacaron al anciano abuelo, dos al joven nieto y el último se ocupó de la madre. Pero el joven, que no pensaba en sí mismo, solo estaba pendiente de su abuelo; temía que no saliese bien librado. Sus propios contrincantes no le preocupaban. El abuelo, sin embargo, agarró al hombre que le había atacado de frente y le sacó todo el aire. Luego lanzó hacia delante al que le había atacado por la espalda y lo mató. Después su nieto acabó con sus rivales de igual manera. La madre no aparecía por ningún sitio y la dieron por muerta. Al salir por el pasadizo la encontraron. Luchaba aún contra su atacante y se tenían enganchados por los pelos. Mataron también a ese hombre y terminaron así con todos sus enemigos.

Sacaron a rastras los cadáveres y velaron después toda la noche por temor a una venganza, pues habían dado muerte a las primeras personas que habían encontrado.

A la mañana siguiente, el joven salió en kayak en busca de gentes hacia un rumbo que hasta entonces no había seguido nunca. Remó y remó hasta divisar un poblado, y cuando llegó vio que solamente había mujeres y niños. Las mujeres lo acogieron y le preguntaron si había visto a cinco hombres.

—Sí —contestó él—, he visto a esos cinco hombres. Ayer, por primera vez desde que nos asentamos en estas tierras, recibimos una visita; pero por más que tratamos de ser hospitalarios, no sirvió de nada, y cuando nos atacaron para darnos muerte, los matamos a todos. Ahora vengo a mataros a vosotros también y a aniquilar así al resto de la familia, pues no conviene dejar vengadores.

Y bajó de su kayak y los mató a todos.

Avanzaba el otoño y el hielo empezó a cubrir los mares, y luego llegó el invierno y no encontraron a nadie. El hielo seguía creciendo y al final ya no quedó ni un resquicio de agua. Pasó el invierno y los días comenzaron a alargarse. El joven subía a las montañas a diario para otear el mar, y como era fuerte y rápido ascendía hasta las cumbres más altas. Un día divisó a lo lejos en la banquisa lo que parecía el vaho de una grieta en el hielo y corrió a casa a contárselo a su abuelo.

A la mañana siguiente saldría a comprobar si había animales en la grieta.

Antes del alba cogió el sedal y salió en la dirección en la que había visto el vaho. Caminó y siguió caminando a través del mar helado hasta que vio el agujero. A medida que se acercaba empezó a distinguir con mayor claridad unas siluetas oscuras junto al reborde helado. Al llegar vio que el agua estaba llena de belugas y que las siluetas negras que había visto eran pedazos de presas descuartizadas. Estaban recién cazadas, tanto que aún no habían llegado a congelarse, pero no se veía a nadie, tan solo huellas, huellas de trineo que se alejaban en dirección a alta mar.

Escogió una beluga no demasiado grande, la arponeó y tiró de ella hasta subirla al hielo, la partió en dos, se echó una mitad a la espalda y se fue a su casa. Aún no había caído la tarde cuando llegó y le contó a su abuelo todo lo que había visto.

Al día siguiente trató de encontrar a otros hombres, pero tan solo dio con sus huellas y los restos de su caza. Luego capturó otra beluga y de nuevo se llevó consigo la mitad del animal. Finalmente decidió que al día siguiente, si continuaba sin encontrarse con nadie, seguiría el rastro de los trineos.

Muy de mañana partió.

Como de costumbre, no encontró persona alguna, aunque en esta ocasión llegó tan temprano que los pedazos de carne aún no se habían enfriado. Empezó a seguir el rastro. Caminó y siguió caminando, siempre por el mar, hasta divisar tierra. Pero estaba tan lejos que en la distancia no parecía sino una simple correa de piel de foca. Continuó andando y, como era un caminante formidable, aún había luz cuando alcanzó a ver las casas. Ya más de cerca, comprobó que eran muchas. Y cuando se percataron de su presencia, el poblado se convirtió en un hervidero humano. A su llegada, todos lo recibieron con gran amabilidad y lo invitaron de casa en casa. Sin embargo, nadie le preguntó de dónde venía. Nunca pasaba mucho tiempo en ninguna casa, pues enseguida llegaban más vecinos a buscarlo.

Así fue como llegó al hogar de un viejo matrimonio; el resto de sus anfitriones habían sido jóvenes. Los ancianos se mostraron muy afables y pasaron largo rato conversando con él. Al final enmudecieron y tras un largo silencio parecieron armarse de valor y quisieron conocer su procedencia. Hasta ese momento nadie se lo había preguntado. Esta vez le tocó a él guardar silencio y quedarse largo rato sin respuesta, hasta que al fin contestó que había viajado desde muy al sur en compañía de su abuelo y se habían asentado en el lugar desde el que ahora había partido para visitarlos. Volvió a reinar el silencio hasta que el viejo anfitrión tomó la palabra y dijo:

—¿Nunca han pasado otras gentes por tu poblado?

—No —contestó el joven, temiendo hablar de los hombres que había matado.

Pero finalmente se armó de valor y admitió:

—Salía a diario a cazar lejos del poblado en busca de personas, pero un día de otoño, en medio de una tormenta, recibimos la visita de cinco hombres vestidos todos con pieles de los pies a la cabeza. Intentamos acogerlos cordialmente, pero ellos nos lo pagaron con hostilidad, y, cuando se abalanzaron sobre nosotros con intención de matarnos, les dimos muerte. ¡Después exterminé a todo su poblado!

Al oír estas palabras, el anciano, gratamente sorprendido, dijo:

—Eran precisamente los enemigos de este poblado, enemigos mortales; por su culpa no osábamos salir a cazar belugas durante el día, solo por la noche, ¡pues teníamos la certeza de que si nos encontraban nos matarían a todos!

El poblado se llenó de alegría e invitaron al joven a asentarse entre ellos y convertirse en su jefe. Pero ante su negativa, intentaron emparentar con él a través del matrimonio. Insistieron en que pasara la noche en el poblado y a la mañana siguiente lo llevarían de vuelta hasta las belugas. Ya podían salir tranquilamente a plena luz del día, pues si antes cazaban únicamente de noche era por miedo a sus enemigos.

Al día siguiente partieron e invitaron al joven a montar en el más veloz de los trineos; aun así, cada vez que algún otro tomaba la delantera, insistían en que el joven se sentara en el trineo que iba en cabeza, de manera que al final llegaron rápidamente a la grieta de las ballenas. Allí cazaron belugas, muchas belugas, y todos le entregaron parte de su caza. Finalmente, el joven dijo:

—¡Permitid que yo también cace una beluga y os dé parte de mi presa!

Y eligió un animal. Había observado que cuando los demás cazaban una beluga necesitaban la ayuda de sus vecinos para sacarla del agua. Buscó una, la más grande que encontró, y cuando la tuvo sujeta y los demás corrieron a ayudarle dijo:

—¡Permitid que la cace a mi manera!

Y él solito tiró del coleante animal, lo sacó del agua y lo partió en dos; una mitad para él y la otra para sus acompañantes. Reunió todos los pedazos que le correspondían, incluida la beluga que acababa de cazar, y se los echó a la espalda como un inmenso fardo. Cuando ya se disponía a regresar a su casa, los otros cazadores le contaron que antaño habían vivido en el mismo lugar que él, pero que habían huido por miedo a sus enemigos. Sin embargo, apenas llegase la primavera, irían todos a pasar con él la estación.

El abuelo había empezado a temer que ya no lo vería más cuando, como de costumbre, el joven apareció con un gran fardo lleno de carne y les contó todo cuanto le había sucedido.

Pasó el invierno y, cuando el mar se liberó del hielo, el joven empezó a cazar gran número de focas. Pero un día muy hermoso no salió de caza;

añoraba a aquellos desconocidos que habían prometido ir a visitarlo y esperaba que el buen tiempo los llevara hasta su casa.

Por eso subió hasta lo alto de una montaña y ¡caramba! Allí estaban, muchos *umiaks* con sus velas, tantos que parecían una bandada de gaviotas que se acercaban flotando.

Pasaron en el poblado todo el verano, cazando, alojados con el joven y su abuelo en alegre convivencia. Pero cuando terminó el verano, se marcharon de nuevo y regresaron a su hogar; el abuelo y su nieto también partieron, rumbo al sur, de regreso a su viejo poblado. Y cuentan que ya nunca volvieron a cazar al norte.

Narrado por Jan Brandt, Aasiaat

Pamêq

Cuentan que antiguamente había un hombre llamado Pamêq que vivía al sur de Ivigtut. Era un hábil cazador, pero también pendenciero y un asesino.

Estaba un día en su kayak cuando delante de sus narices apareció una foca pía de piel negra como el carbón.

«Qué bonitos pantalones podrá hacerse mi mujer», pensó. Y luego la arponeó. Primero lanzó el arpón y luego su vejiga flotante, con tan mala fortuna que se le enredó en la cuerda uno de los brazos, se vio arrastrado y se ahogó. Pero no pereció, pues era *angerdlartugssiaq** y podía revivir después de muerto. Cuando volvió en sí, se encontraba frente a Kangerssuaq, pero mar adentro, muy lejos del lugar donde había volcado, y tuvo que empezar a remar montado sobre la piel que antes le servía de asiento. Se sentía como si hubiese dormido largo rato, y quien lo despertó fue su abuela, difunta desde hacía mucho tiempo. Estaba tan enredado en la cuerda que le costaba sostener el remo. Remó con todas sus fuerzas en dirección a la costa hasta que, de repente, notó un fuerte olor a pelo. Era su esposa, que acababa de soltarse la melena, y el cabello de mujer es algo impuro para todo aquel que intenta salvarse de la muerte. De nuevo perdió la consciencia y no la recuperó hasta mucho después, cuando una vez más lo despertó su anciana abuela, esta vez aún más lejos de la costa que la primera. Nuevamente remó con todas sus fuerzas en dirección a la orilla y cuando al fin llegó a la altura de Kangerssuaq vio una llama rojiza bajo la tierra. Lo que había divisado eran los espíritus de la playa o «gentes del fuego». Sentía enormes deseos de remar hacia ellos, pero cada vez que orientaba la proa en la dirección correcta, oía el chisporroteo de una varilla en la grasa de una lámpara, cosa que se debía a que había recibido una de aquellas varillas como amuleto. Quien visita a los espíritus de la playa nunca regresa, y por eso le habían entregado ese amuleto que ahora le impedía ir en pos de aquellas luces tan peligrosas y hacerles una visita por la que pagaría no regresando a casa ni volviendo a la vida.

Siguió remando todo lo que le permitían las cuerdas enredadas y se fue acercando poco a poco a su poblado. Sin embargo, cuando por fin empezaba a cobrar velocidad, comenzó a oler a orines. Todo a su alrededor apestaba a orines. Era porque alguien de su poblado había salido a vaciar un orinal, y eso no se debe hacer cuando un muerto trata de volver a la vida. De nuevo perdió la consciencia y cuando volvió en sí se encontró exactamente igual que la primera vez. Estaba aún más lejos de Kangerssuaq y nuevamente fue su abuela quien acudió a despertarlo. Cada vez se sentía más agotado y a menudo le costaba superar el más leve oleaje que se formaba en el agua. Estaba muy débil, pero contaba con la ayuda de su abuela. Esta vez fue hasta el final y consiguió llegar a su poblado.

Cuando los de su casa lo vieron acercarse, se apresuraron a poner a los niños a salvo bien al fondo del banco mientras dos hombres se escondían en el pasadizo para abalanzarse sobre él tan pronto como entrase. Eran los dos hombres que iban a tocar su cuerpo desnudo. Apenas Pamêq se metió en el pasadizo, los dos hombres cayeron sobre él y con él pelearon y se revolcaron hasta que por fin lograron rozar su piel. En ese instante, el espectro se desplomó, inerte, y los dos hombres entraron en la casa.

Mientras tanto, en el pasadizo, la difunta abuela de Pamêq liberó su cuerpo de la cuerda que lo había aprisionado a tal velocidad que a su nieto le zumbaron los oídos. Libre ya, y a salvo de la muerte, entró en la casa mientras los demás encendían las lámparas.

Así les sucedía antiguamente a quienes tenían el don de regresar a la vida después de muertos.

Pamêq vivió en su poblado dos años más. Cuando su mujer murió, se quedó en compañía de su hija, aún más sediento de sangre que antes. Después se fue del poblado. Buscaba la soledad, se ocultaba en las laderas escarpadas y desde su escondite acechaba a los hombres solitarios que pasaban en kayak y los mataba. Cuando iba a buscar kayaks, a menudo se escondía en una ladera cortada a pico que se encuentra a las afueras de Ivigtut. Desde allí los arponeaba cuando pasaban.

Antiguamente se capturaban muchos capelanes en Ivigtut, y cuando hasta allí acudían numerosos hombres para llenar sus depósitos de cara al invierno, él acudía también, pero para asesinarlos.

Se encontraba un día al acecho, como tenía por costumbre, en los alrededores de Ivigtut, cuando pasó un kayak. Estaba a punto de alcanzarlo sin hacer ruido pero el hombre del kayak se dio la vuelta y, al verlo, huyó a tal velocidad que cualquiera habría dicho que Pamêq lo impulsaba a fuerza de soplidos. Hasta ese momento, no se sabía quién había dado muerte a todos aquellos hombres. Ahora que lo habían descubierto y sabían ya quién acababa con los navegantes solitarios, decidieron aliarse contra él para aniquilarlo.

Estando todos reunidos en sus kayaks para cazar capelanes en Ivigtut, se adentraron un día en el fiordo persiguiendo a una foca moteada que iba con su cría. En el poblado no quedó más que un hombre al que la nieve había dejado ciego y que estaba allí solo con un chiquillo. Pamêq, que sabía que todos los kayaks habían salido, remó hasta el poblado llevando un regalo para el niño, al que habían puesto el nombre de su difunta mujer, Imalana. A su llegada le hicieron un buen recibimiento, pues fingieron no saber que era él quien había dado muerte a tantos hombres. El ciego lo entretuvo con toda suerte de historias y, cada vez que Pamêq hablaba de marcharse, el otro comenzaba una nueva historia más interesante aún que la anterior, de modo que a Pamêq siempre se le olvidaba irse. Cuando por fin se calmó y dejó de pensar en salir de allí, el ciego buscó la ocasión y le dijo al muchacho que se había quedado con él en el poblado que corriese a avisar a los demás de que estaba allí Pamêq. El chico remó con todas sus energías hasta llegar al lugar donde los kayaks perseguían a la foca moteada, y, a pesar de que llevaban tanto tiempo persiguiendo a la foca que el animal ya no se sumergía debajo del agua porque había perdido el aliento, tan pronto como supieron que Pamêq se encontraba en su poblado dieron media vuelta y la abandonaron. Tal era su afán por sorprenderlo que no se atrevían a remar por el centro del fiordo e iban pegados a la costa, por debajo de la orilla, para que no resultase tan fácil detectarlos. Así lograron llegar al poblado sin ser vistos, y cuando Pamêq los descubrió empezó a sospechar y preguntó:

—¿Qué queréis de mí? ¿Es que vais a matarme?

Sin mediar palabra, todos los hombres cayeron sobre él y uno de ellos le abrió las tripas de un solo tajo. Pamêq, que era chamán, intentó cerrar la herida soplándose en la palma de la mano y frotando después el corte, pero lo único que consiguió fue meter toda la mano en la enorme herida abierta.

Así fue como mataron a Pamêq, el asesino, y después lo cortaron en trozos y pedacitos. Una de sus piernas la echaron en su kayak y lo hundieron frente al río de Ivigtut. El resto de su cuerpo lo desperdigaron por diferentes lugares. Le arrancaron la piel del rostro para dársela a una anciana chamana reconocida por todos. Ella la secó extendiéndola en la tierra. También dejaron que se tragara el dedo meñique del muerto.

Así fue como se vengaron de Pamêq, el asesino.

Transcurrido algún tiempo, la hija de Pamêq estaba cogiendo bayas cuando tropezó con su difunto padre, que se arrastraba hacia ella sobre los codos. Pamêq le dijo:

—En vano he procurado volver a casa, pero no puedo porque me falta el dedo meñique, y ya me doy por vencido.

Todos estos hechos ocurrieron después de que se celebraran los primeros bautismos en Godthåb.

Narrado por Bodil Hansen, Arsuk

Encuentros con otros pueblos[4]

[4] Los relatos groenlandeses están poblados de enanos, gigantes y otros seres que en principio pueden parecer de carácter legendario. Sin embargo, aunque algunos solo son fruto de la imaginación, otros han sido identificados como individuos de otras culturas, como los dorset, los vikingos o los indios americanos. Muchas de las historias están marcadas también por encuentros con el hombre blanco.

La leyenda de los Qavdlunâtsiait

En los primeros tiempos todos los seres humanos eran esquimales. Sucedió entonces que un perro tomó a una muchacha por esposa y de la prole que tuvieron es de donde descienden los hombres blancos.

La muchacha, sin embargo, avergonzada de sus hijos, los abandonó en el mar subidos a la suela de una bota. Así fue como viajaron a otros países y llegaron a ser padres de todos los hombres blancos.

Los antiguos distinguían dos especies de hombres blancos: los Qavdlunâtsiait, que eran hostiles y belicosos, y los Qavdlunât, que venían como amigos.

Los hostiles arribaron a las costas en tiempos muy pretéritos y cuentan que llegaron nada menos que hasta las islas que hay al norte del cabo York en grandes barcos llamados Qáqaitsut, o «los que no tienen nada asomando», porque carecían de mástil. Todos los relatos acerca de ellos están envueltos en la densa bruma de los mitos; sin embargo, puesto que todas las leyendas de los esquimales se consideran verdades históricas y recuerdos fidedignos de «los tiempos en que el hombre tenía más vigor que hoy en día», justo es incluirlos a modo de introducción de la historia de este pueblo. Y con ello nos referimos a los esquimales que poblaron y pueblan el noroeste de Groenlandia, desde la bahía de Melville hasta los glaciares de Humboldt.

Acostumbraban estos vikingos a aparecer en las primeras noches oscuras, cuando la mar estaba libre de hielo. En ocasiones llegaban grandes barcos tripulados por muchos hombres: eran los Qavdlunâtsiait o Nakasungnaitsut, «paticortos», como también los llamaban.

Eran muy belicosos y atacaban a todo el que les salía al paso. Sobre una de estas refriegas cuentan la siguiente historia.

Un año, a comienzos del invierno, unos trineos que habían salido a cazar morsas descubrieron uno de aquellos enormes barcos de los Qavdlunâtsiait

aprisionado en el hielo frente al mar de Northumberland. Conscientes de que tarde o temprano los de a bordo pasarían al ataque, se abalanzaron sobre ellos armados con lanzas y arpones. El hielo estaba muy liso, por lo que se habían envuelto las plantas de los pies en piel de paladar de foca; los paticortos, que no conocían este truco, no se sostenían de pie y enseguida fueron derrotados. Durante el saqueo del barco, uno de los cazadores se hizo con un cajón muy grande y pesado y se lo llevó a su casa.

Cuando lo abrió, encontró en su interior a un hermoso niño al que seguramente habían escondido para evitarle la muerte.

El cazador crio al niño blanco junto a su propio hijo y entre ambos pequeños surgió enseguida un gran afecto. El blanco solía atrapar zorros para su hermano adoptivo y no tardó en adquirir una gran destreza en ese tipo de caza. El niño extranjero era muy querido por todos y fue adiestrado con los demás de su edad hasta que aprendió a cazar otros animales. Cuentan que al caer la tarde, cuando veía enrojecer el cielo, lo asaltaba la nostalgia y empezaba a hablar de la leche y de los dulces que tomaba en el país de los blancos; después enmudecía.

Un día salió de caza y ya nunca más volvió; muy lejos, en cabo York, encontraron algunas de sus ropas. Por eso antiguamente creían que, presa de la nostalgia, había volado por los aires hasta la tierra de los suyos.

Eso decían antiguamente. Es muy posible que estos viejos recuerdos encierren un testimonio de que, en tiempos de las sagas, los islandeses alcanzaron el estrecho de Smith durante sus travesías a lo largo de la costa groenlandesa; pues si llegaron a Upernavik, donde como es sabido se ha hallado una piedra rúnica, nada impide que, encontrándose el hielo en condiciones favorables, también cruzasen la bahía de Melville.

Pukkitsulik, el Holandés

Hablan todavía las gentes de un gran cazador apodado «el Holandés» porque un día se hizo rico gracias a los hombres blancos. La historia ocurrió, sin embargo, en los tiempos en que aún no había blancos viviendo entre nosotros.

Un día salió furioso con su kayak rumbo al norte. Remó siguiendo la costa y dobló una punta. La tierra estaba cubierta de nieve recién caída y vio muchas huellas de zorro.

«Estos animales se suelen cazar con trampa», pensó. Y como estaba malhumorado y necesitaba distraerse un poco, volvió a tierra y construyó una trampa con grandes piedras. Después regresó a su casa y de camino capturó, como era habitual en él, dos focas pías.

Transcurridos unos días, salió a inspeccionar sus trampas lleno de curiosidad y expectación, pues era la primera vez en su vida que montaba un artefacto semejante. Desembarcó y... ¡ajá!, la trampilla de entrada había caído. Al observar el interior de la trampa, un par de ojos brillantes sostuvo la mirada de los suyos.

¡Caramba!, conque así era un zorro visto de cerca. Pero ¿cómo sacarlo? Porque a cogerlo no se atrevía del todo. Rodeó la trampa y se asomó por el otro lado. ¡Vaya, vaya! ¡Ja! ¡Si ahí también había un zorro mirándolo!

El Holandés se dio una palmada en los muslos de puro gozo y echó a correr hacia el kayak. Seguramente, lo que había que hacer era arponearlos. Tras hacerse con su lanza, regresó, levantó la piedra de la entrada y clavó el arma directamente en el corazón del zorro. Volvió a dejar caer la piedra con gran cuidado y se asomó por el otro lado. Pero... ¿cómo? ¡Si no había nada!

¡Menudo mentecato estaba hecho! Había solo un zorro, evidentemente, pero, al girarse en la trampa, le había hecho creer que eran dos.

Sacó de la trampa a aquel hermoso ejemplar de zorro polar, lo sostuvo por la cola y lo contempló largo rato. Jamás había visto cosa igual.

Después regresó remando con su presa.

El Holandés era soltero y su madre preparó la piel.

—A las tierras del norte arriban grandes barcos todos los veranos —le contó la madre—; dicen que los hombres blancos pierden la cabeza por los zorros polares.

—No me digas —contestó el Holandés con indiferencia; pero no olvidó las palabras de su madre, pues llevaba ya algún tiempo deseando fervientemente convertirse en propietario de uno de los rifles de los hombres blancos.

Había pasado el invierno y el verano se acercaba, y cuando llegó la época en que los hombres emprendían los largos viajes de caza, el Holandés empezó a construirse un *umiak*.

En el mismo poblado vivía un gigante, gran cazador, que tenía una hija muy hermosa. El Holandés llevaba ya algún tiempo lanzando miraditas a sus senos turgentes y sus anchas caderas, pero jamás le había dicho una palabra de matrimonio, pues sabía que el padre se negaría a entregarla; además, la hija tampoco deseaba casarse. Los mejores cazadores acudían desde muy lejos a cortejarla, entre ellos hombres fuertes, pero tan pronto exponían el propósito de su visita, la propia muchacha los cogía por los hombros y los lanzaba por el pasadizo. Por eso el Holandés era incapaz de decirle nada.

Pero, una vez más, llegó el gran verano, la época en que los hombres parten para cazar a lo largo de las costas; y el *umiak* ya estaba listo.

Un buen día, el Holandés sacó su piel de zorro y, acariciando el largo pelaje, dijo:

—¡Madre! ¿Es cierto eso que contaste de los grandes barcos y los hombres blancos?

Hablaba muy despacio, pues no había pensado en otra cosa mientras construía el *umiak*.

—Sí, muchos han hecho fortuna con los hombres blancos —contestó la madre.

Esa noche el Holandés dispuso todo para partir.

A la mañana siguiente salió antes que nadie y caminó entre las casas de un lado a otro como si sus ideas se entrechocaran unas con otras. Los cazadores se despertaron y salieron a cazar, y cuando hubo salido también el hombre fuerte, el Holandés echó al agua su *umiak* y le pidió a su madre que tomase un remo. Él se acomodó al timón; sin embargo, al ver que preparaba un remo más, la madre le preguntó:

—¿Por qué haces eso? ¡Si no me tienes más que a mí para remar!

El hijo no respondió y volvió a saltar a tierra, pero al verlo entrar en casa del hombre fuerte, la madre comprendió de pronto lo que se traía entre

manos y se echó a temblar de la cabeza a los pies. Al poco el hijo volvió a salir llevando a la hija del hombre fuerte hecha un fardo bajo el brazo, como quien lleva un fardo de pieles. La muchacha iba soltando terribles alaridos, pero él la echó al fondo del *umiak,* empujó la embarcación y le pidió a su madre que empezase a remar. La hija del hombre fuerte iba en el fondo del *umiak* dando alaridos.

Al llegar a mar abierto, al Holandés le pareció que ya estaba bien y dijo:

—¡Ponte a remar! Ya volverás a tu casa un día.

Y la joven, que no tenía más lágrimas, cogió los remos y empezó a remar.

Llevaban navegando todo el día cuando llegaron a un poblado con numerosos vecinos y allí acamparon. Cuando las gentes empezaron a acercarse al *umiak,* el Holandés se fijó muy bien en las mujeres y a la chita callando eligió a la que tenía los pechos más grandes y las caderas más anchas. Luego se acostaron y durmieron hasta el día siguiente. La madre, que sabía que el hombre fuerte iría tras ellos, no encontraba la calma y salía constantemente a otear el horizonte. Al fin entró y exclamó:

—¡El fuerte ya está a la vista!

Al hijo le traía sin cuidado y no se movió del sitio. Solo cuando la madre volvió diciendo que el hombre fuerte estaba desembarcando, se levantó del lecho, se puso la minúscula camisa de tripas que había usado de niño y de esa guisa salió. Al llegar a la orilla, le dio la espalda al mar y se tendió en el suelo cuan largo era. Al verlo, el hombre fuerte puso la punta a su arpón y lo lanzó con todas sus fuerzas entre los omóplatos del Holandés. El arpón dio en el blanco, pero cayó hecho pedazos.

Entonces, el hombre fuerte echó mano de su larga y siempre segura lanza y la arrojó con todas sus fuerzas hacia la espalda del hombre. Pero también la lanza cayó, impotente y rota.

El hombre fuerte dio media vuelta al kayak y regresó a su casa sin haber puesto un pie en tierra, y la gente que se había arremolinado para contemplar la escena descubrió que sus formidables golpes no habían dejado marcas siquiera en la minúscula camisa de tripas del Holandés.

Después de aquello, el Holandés echó al agua su *umiak* y se dispuso a partir. Sacó un tercer remo, y cuando subió y se hizo con la más grande y bonita de todas las mujeres, no hubo nadie en el poblado que osara decir ni pío.

—Ya volverá un día —se limitó a decir mientras se alejaba.

Así continuó su viaje durante tres días, y a cada nueva jornada tomaba otra remera.

Al fin divisó las tierras donde solían atracar los hombres blancos. Era de noche cuando arribaron y fueron muchos los que corrieron a recibirlos. Antes de que consiguiera aproximarse a la orilla, entre todos habían remol-

cado el *umiak*. Y antes de que consiguiera darse la media vuelta, aquellos desconocidos ya le habían levantado una tienda de pieles y le hacían invitaciones. ¡El Holandés fue de casa en casa y de festín en festín! Pero estaba taciturno, pues solamente pensaba en el gran momento que le aguardaba: el encuentro con los hombres blancos.

Entrada ya la noche se oyó un grito tierra adentro. Todos salieron corriendo de sus casas, solo el Holandés seguía sin comprender qué ocurría. Hasta que, de repente, en medio de todos los gritos, distinguió una palabra:

—¡Barco!

Cuando al fin logró salir de su estupor, estaba solo en lo alto de una montaña contemplando una nave inmensa anclada frente a su tienda. Hacía rato que había oscurecido y todos dormían.

Al día siguiente, muy de mañana, le pidió a su madre la piel de zorro y su mejor piel de foca pía. Cuando el sol estuvo ya alto en el firmamento, consideró que ya era apropiado hacer una visita al barco, y hacia él remó. Tras amarrar su kayak al costado de la nave, tuvo que esperar un buen rato hasta que vio a alguien.

Finalmente, un marinero asomó la cabeza por la borda y el Holandés le mostró la hermosa piel de foca. El hombre, con el brillo de la codicia en la mirada, se la arrancó de las manos. Un tropel de marineros se arremolinó en cubierta, pero todos hablaban en extraños susurros porque tenían miedo de que les oyera el capitán. Al ver que pasaba el tiempo y no se decidían, el Holandés pensó que había llegado el momento de sacar la piel de zorro si quería cerrar el trato. Tendió la piel hacia los marineros y ellos, al verla, se asomaron hasta casi descolgarse por la borda, siempre entre susurros, para evitar ser descubiertos por el capitán.

De pronto se oyeron unas pisadas fuertes por la cubierta de popa y el capitán apareció entre la tripulación sin que nadie se percatara de ello. Preguntó qué sucedía, y en vista de que nadie le contestaba y continuaban los cuchicheos, empezó a repartir unos tortazos formidables entre los que se encontraban más atrás. Los marineros se desperdigaron y el capitán les arrebató las pieles. De inmediato pidió al Holandés que subiese a cubierta, y los hombres echaron unos cabos al kayak y lo izaron.

Una vez a bordo, el Holandés se quedó perplejo ante las ingeniosas correas que colgaban entre el casco del barco y los mástiles. En su vida había visto cosa igual.

«Qué curioso», se decía.

Al final se mareó de tanto levantar la cabeza hacia los mástiles. Lo despertó un aullido en los oídos; era el capitán, que empezaba a impacien-

tarse, y lo agarró por los hombros y lo llevó hasta su camarote para hacer negocios. Una vez dentro, el Holandés se quedó pasmado ante todos los prodigios que allí había. Miró a su alrededor y vio un sinfín de objetos incomprensibles. Reparó en una puertecilla que conducía a otra estancia; sin embargo, cuando trató de entrar en ella se dio de narices con otra persona que le cortaba el paso. Al mirarla, se echó a temblar de espanto: era él mismo. No lograba entender cómo podía encontrarse en dos cuartos a la vez.

El Holandés, que se sentía a disgusto ante tanta brujería, se disponía a escapar cuando descubrió algo en la pared que se movía de un lado a otro en medio de un continuo tictac. Era un reloj, pero el Holandés, que nunca había visto nada semejante, volvió a quedarse estupefacto.

«¿Cuándo pensará pararse este cacharro?», se preguntaba allí, inmóvil y boquiabierto.

Mientras tanto, el capitán intentaba inútilmente cerrar un trato con él a propósito de la piel de zorro y la piel de foca. Había hablado y gesticulado, pero el Holandés estaba tan absorto en todas aquellas cosas tan singulares que ni lo oía ni lo veía. Al final el capitán perdió la paciencia y llamó a sus marineros.

Aún no se había repuesto el Holandés, cuando se sintió elevado por muchos brazos y conducido a cubierta, pero estaba tan agotado a causa de tantas cosas como había visto que en el fondo le pareció muy agradable que lo llevaran así.

«Ay, es igual que de niño, cuando madre me cogía», pensaba.

Los marineros lo dejaron en medio de la cubierta y lo ataron por la cintura con una gruesa maroma. Después se amontonaron en una punta y empezaron a tirar todos a una del otro extremo.

Pero ¿qué era aquello? Al notar que intentaban elevarlo, el Holandés decidió ofrecer resistencia. Por más que los marineros gritaban a voz en cuello, no lograban moverlo. Finalmente entonaron un cántico que en la lengua de los hombres blancos sonaba así:

¡Ivinigu didambistu!
¡Hulla, hulla!
¡Miardu arluarsuk!
¡Ivinigu didambistu!

Finalmente consiguieron izarlo y el Holandés quedó colgado de la verga de juanete. Amarraron bien la cuerda y el capitán bajó a su camarote y regresó con un buen montón de rifles que repartió entre los marineros. Las armas estaban cargadas y dio órdenes de que, de uno en uno, abrieran fuego contra el Holandés.

Empezaron los más jóvenes, pero ni uno solo de ellos dio en el blanco; todas las balas caían, muertas. Desde arriba el Holandés, la espalda contra la verga, se burlaba de sus esfuerzos.

Pero luego se dio orden de avanzar a dos marineros muy viejos. Se miraban de soslayo con aire tímido, pues por lo visto no habían disparado un rifle en toda su vida.

Cuando más adelante el Holandés refería esta aventura, solía llamar «la criatura» al más viejo y más grueso de los dos marineros.

La criatura, con aire grave, dio un paso al frente con el rifle en la mano, pero llegado el momento de apretar el gatillo se asustó y apartó la cabeza del cañón. El rifle, que a consecuencia del uso estaba lleno de hollín, reculó de tal manera que la criatura salió volando hacia atrás y cayó de culo en el momento del disparo; el holandés, desde lo alto del mástil, no paraba de reír.

Avanzó a continuación el otro viejo. Se conoce que había oído decir a los más jóvenes que a veces los pistones saltaban a los ojos, de manera que sostenía el rifle tan alejado que el disparo atravesó la cubierta y a punto estuvo de alcanzar al capitán.

Este, enfurecido de veras, dio orden de que abriesen fuego en carrera. Los marineros se situaron en la popa y corrieron de uno en uno por la cubierta; al pasar por debajo del holandés, debían disparar hacia lo alto. Las cosas iban muy bien —es decir, nadie daba en el blanco— hasta que le llegó el turno a la criatura. Agarró con fuerza el rifle y echó a correr por cubierta, pero tan concentrado estaba en el mástil y en el Holandés, a quien para entonces ya consideraba un gran brujo, que no se fijó en dónde ponía los pies y se enredó en unos cabos. El tiro fue a parar entre los marineros.

Comprendiendo que aquello encerraba más peligro para sus propios hombres que para el Holandés, que estaba en lo alto del mástil riéndose de la escena, el capitán dio un paso al frente y les echó a todos un buen rapapolvo; después soltó un cabo y descolgó hasta la cubierta al Holandés.

Volvió a mostrarse afable y le preguntó de nuevo qué quería a cambio de su piel de zorro. El Holandés señaló hacia los rifles. El capitán se los acercó de inmediato y permitió que escogiera el mejor de ellos. Los halagos que ahora le hacían no parecían tener fin, y todos los hombres blancos fueron presentándole uno tras otro sus regalos. El Holandés metió cuantos pudo en el kayak hasta que comprendió que no flotaría si lo seguía cargando. Después se encaramó a su embarcación, se puso su abrigo de caza, se lo ciñó bien y dejó que los marineros lo arriasen hasta el agua. Cuando lo soltaron, empezaron a subir burbujas a la superficie y todos creyeron que se había ido a pique, abrumado por el peso de todo lo que había cargado en el kayak. Sin embargo, al mirar más atentamente, descubrieron que del agua asomaba una nariz.

Avanzó muy despacio en dirección a la costa. En el poblado, nadie lo había visto acercarse hasta que su madre gritó de pronto:

—¡Mirad, ahí viene el Holandés!

Todos se volvieron hacia el agua, pero no vieron más que una leve ondulación en la superficie. Cuando llegó a la orilla, su madre tiró de él.

Esto es lo que cuentan de la gran aventura del Holandés a bordo del barco de los hombres blancos.

Al alba del día siguiente no aguardó más y puso rumbo al sur, hacia su poblado. De camino devolvió a todas las jóvenes que había tomado prestadas. Cerca ya de su poblado llegó a sus oídos que el hombre fuerte había enfermado a causa de la pena de perder a su hija. Cuando llegaron a casa, acababa de morir.

El robo frustrado de los hombres blancos

La expedición de Kane de 1853-1855 dejó para la posteridad un episodio gracioso. Cuando su barco quedó atrapado en el hielo, convencidos de que nunca lograrían liberarlo, varios miembros de la expedición —con Hayes y el célebre intérprete danés Carl Petersen a la cabeza— trataron sin éxito de abrirse paso en bote hasta Upernavik en el verano de 1854.

La empresa fracasó; emprendieron el viaje de regreso, pero ya en Tasiusaq, en las inmediaciones de cabo Parry, los sorprendió el otoño con hielo y con un frío tan intenso que se vieron obligados a improvisar un campamento de invierno. Aprovechando una pared de roca, construyeron una cabaña que tenía como tejado la madera del bote. Allí los encontraron totalmente desvalidos los cazadores de osos Qulutarsuaq, Appalinnguaq y Appalersuarsuk cuando se cerró la banquisa. Acababan de cobrarse una pieza, pero al ver a los hombres blancos tuvieron la precaución de esconder su piel y su carne, pues por aquel entonces era costumbre que los blancos quitasen a los esquimales cuanto les hacía falta y se quedasen tan anchos.

Una vez a buen recaudo aquellas maravillas, pusieron rumbo hacia los *qallunaaq.* Sin embargo, mucho antes de que llegasen a tocar tierra fueron recibidos con el siguiente grito:

—¿Tenía tocino?

—¡Vaya si tenía! —contestó Qulutarsuaq al ver que su secreto se había descubierto; y a su llegada les dispensaron una estupenda acogida.

Por la noche durmieron al modo de los *qallunaaq,* con las lámparas apagadas, y cuando despertaron por la mañana descubrieron que todas sus ropas habían desaparecido; en su lugar solo quedaban los míseros trapos de los hombres blancos. Al salir de la cabaña, se encontraron con que también se habían llevado sus perros y sus trineos.

Ataviados con aquellos extraños trajes, se lanzaron a perseguir a los *qallunaaq* fugitivos, a los que dieron alcance en la gran caverna de cabo Parry, donde se habían detenido a derretir algo de nieve para beber.

A su llegada, salió a su encuentro el jefe de los hombres blancos armado con un rifle tremendo. No fue, sin embargo, necesario usarlo, ya que los cazadores se contentaron con burlarse de ellos en vista de lo mal parados que habían salido de su rapiña.

Los condujeron después a su poblado, Natsilivik, les proporcionaron ropas y luego los llevaron en trineo ni más ni menos que hasta Rensselaer Harbour (cerca de 40 millas[5]), donde estaba su barco.

En la página 155 de *Memorias de las tierras polares,* de Carl Petersen, he encontrado un pasaje que creo que merece contraponerse al relato esquimal, un divertido documento que recoge la narración del episodio por parte de los hombres blancos.

Carl Petersen había partido hacia Etah en busca de ayuda cuando el doctor Hayes recibió la visita de un grupo de esquimales, los antes mencionados. Los americanos, que llevaban todo el otoño recibiendo las visitas de los trineos que les llevaban las provisiones que no podían procurarse por sí mismos, recompensaron a sus últimos huéspedes de la siguiente manera, como queda reflejado en el libro de Carl Petersen:

El doctor Hayes suministró a dichos huéspedes una dosis de opio y, cuando se durmieron, les quitaron las pieles y, tras ponérselas ellos, emprendieron viaje con los perros de los esquimales.

Al cabo de algún tiempo despertaron los esquimales y, echando en falta sus pieles, se sirvieron de algunas mantas que habían quedado abandonadas y salieron en pos de los ladrones; no tardaron en darles alcance, ya que los americanos desconocían el manejo de un trineo de perros. Después, los fugitivos trataron de conseguir su ayuda con promesas y amenazas.

No carece de interés comparar este relato con el modo de los esquimales de entender la situación, pues el viejo Arnaruluk concluye su historia de la siguiente manera:

Así fue como los *qallunaaq,* por suerte para ellos mismos, fracasaron en su intento de robar los perros y los trineos. Pues de haber tratado de llegar hasta su barco sin provisiones, tanto ellos como los perros habrían muerto de hambre por el camino. Los cazadores correspondieron a aquella mala jugada que habían tratado de hacerles salvándolos de morir de hambre y transportándolos, calentitos en sus pieles, de vuelta con sus compañeros.

Desde entonces esta historia ha corrido de boca en boca para gran regocijo de cuantos la oyen.

[5] La milla danesa, abandonada como unidad de medida en 1907, equivalía a 7,532 kilómetros.

Tissikoorsuaq

Había una vez, en tiempos remotos, una casa llena de gentes y llena de niños. Ocurrió que una mañana, al despertar, se encontraron con que había desaparecido un niño; nadie entendía cómo había podido ser. Y la cosa se repitió: los niños desaparecían sin que nadie se explicase adónde iban a parar. Un buen día, uno de los hombres que acababan de perder un hijo exclamó:

—¡Pasaré esta noche en vela!

Reinaba la oscuridad y el hombre estaba acostado con los ojos bien cerrados, como si durmiera, cuando de pronto percibió algo. Entornó un poco los ojos y vio un brazo gigantesco, un brazo largo, muy largo, que bajaba por el respiradero del tejado. El brazo se extendía y se hacía más y más largo. Parecía no tener fin. Agarró por el pescuezo a uno de los niños que dormían en el banco y se lo llevó consigo.

A la noche siguiente, el hombre volvió a velar, pero en esta ocasión lo hizo con un cuchillo que había afilado con mucho mimo. De nuevo aguardó despierto y permaneció muy atento con los ojos entornados; al llegar la medianoche oyó pasos en la nieve y vio primero la mano de dedos gigantescos y luego el brazo largo, muy largo, que bajaba hacia el banco donde dormía un niño. Cuando los dedos ya estaban a punto de agarrar al pequeño del pescuezo, el hombre se puso en pie de un salto y empezó a acuchillar el brazo. Cortaba y volvía a cortar, pues la mano no podía retirarse muy deprisa, y el hombre le seccionó las venas antes de que el brazo desapareciera salpicando sangre en todas direcciones.

Al amanecer salieron en busca de huellas en la nieve. Estaba todo lleno de sangre y no muy lejos de la casa hallaron el cadáver de un hombre enorme, uf, ¡gigantesco! Lo enterraron en la nieve y borraron sus huellas y su sangre.

Aquel día nadie salió de la casa, pues esperaban que alguien fuese allí en busca del hombre. Pero cayó la tarde y oscureció, y al final cayó la noche. Solo entonces oyeron el crujir de la nieve bajo el peso de algo enorme que se acercaba. Una mujerona grande, gigantesca, se detuvo frente a la ventana y gritó:

—¿Está ahí Tissikoorsuaq? ¡Salió ayer y aún no ha vuelto a casa!

—No —contestaron—, por aquí nadie ha visto a ningún Tissikoorsuaq.

Y la mujerona se fue por donde había venido.

Cuando amaneció, siguieron su rastro en la nieve y llegaron a una casa inmensa. Al asomarse por la ventana vieron a una mujer gigantesca con un *amaat* formidable lleno de niños muertos. Los hombres irrumpieron entonces en la casa y la mataron con sus lanzas.

Así quedaron vengados todos los niños.

Narrado por Silas, Ilimanaq

El tuerto del interior en el monte Kingittoq

Cuentan que una vez hubo una gran penuria en las casas de Illuerunneq. Tan consumidos los tenía el hambre que al final nadie podía levantarse del banco. Bueno, sí había alguien; uno de ellos, un pequeño huérfano, salía a cazar para todos. Si atrapaba una perdiz la compartía con sus vecinos, y cuando atrapaba dos, la alegría no era menor que si hubiese vuelto a casa con dos focas. No tocaban a mucho, pero siempre era algo de sabor para sus lenguas resecas.

Un día el huérfano salió a cazar, como de costumbre, y caminó muchas horas sin tropezar con un solo ser vivo en su camino. Empezaba a caer la tarde cuando llegó a Kingittoq y subió hasta la cima sin haber visto aún ni una perdiz. Aunque ya comenzaba a oscurecer, no se atrevía a volver a su poblado con las manos vacías.

Exploraba la montaña en busca de alguna presa cuando, para su asombro, divisó una casa donde antes no existía casa alguna. Se acercó y, al no ver a nadie, se coló por el pasadizo.

En la casa había un gigante del interior. Su cuerpo era como el de los hombres, pero tenía un solo ojo. El estupor del gigante al verlo no fue menor que el del niño.

—¿Te hace falta comida? —preguntó el gigante amablemente—. ¡Toma asiento!

Salió y regresó al poco con una enorme porción de carne seca.

—Come todo lo que quieras —dijo, dándole la carne. El muchacho comió y comió hasta que el hambre dio paso a la saciedad sin que el montón de carne pareciese haber mermado. Había muchísima.

—Pasarás aquí la noche. Mañana, cuando estés bien descansado, volverás a tu casa. Puedes dormir tranquilo sin temer ningún mal.

Y así fue como pasaron la tarde y la noche juntos. Cuando el huérfano se disponía a emprender el camino de regreso, el gigante le entregó toda la carne de reno que el muchacho fue capaz de cargar.

—Cuando llegues a casa y tus gentes empiecen a comer, debes decirles que por muchos deseos que sientan de acompañar la carne con algo de tocino han de abstenerse de hacerlo. Ni siquiera un bocado. De lo contrario, nunca volverás a encontrarme por más que me busques. Si, en cambio, siguen mi consejo, podrás acudir a mí siempre que necesitéis mi ayuda.

El muchacho partió y su llegada a Illuerunneq fue motivo de gran alborozo. Todos siguieron las indicaciones del gigante, aunque hubo un par de viejas que no pudieron dejar de hablar de tocino.

—Huy-yy-yy, si pudiésemos tomarla con un poco de tocino, huyy, ¡solo un bocadito!

Pero al oírlas hablar así, los demás afearon su conducta e impidieron que se salieran con la suya.

Unos días más tarde, el muchacho regresó a ver al gigante. Encontró la casa, entró y fue aún mejor recibido que la vez anterior.

Debajo del banco vio una costilla inmensa recubierta de sebo blanquísimo y delicioso.

—He cazado un *qapiarfik* enorme —explicó el gigante, señalando hacia la costilla.

El muchacho no sabía lo que era.

—He cazado un *qapiarfik* enorme —repitió el otro; entonces el chiquillo lo comprendió.

El gigante cortó un poco de carne y preparó una sólida comida para su huésped.

—No es fácil encontrar distracciones por aquí arriba. ¡Quédate a pasar la noche! —dijo después.

Y eso fue lo que hizo el chico.

Ya había oscurecido cuando el gigante empezó a arreglarse para ir a divertirse con los demás *angakoks**.

—Esta noche se celebra una gran fiesta de *angakoks* en Equutit a la que pienso asistir. ¡Ven conmigo! —dijo.

Equutit estaba a una distancia de veinte millas y al muchacho no acabó de convencerle la propuesta.

—Estaremos de regreso antes del alba —lo tranquilizó su anfitrión al advertir sus reparos; y el chiquillo aceptó.

Ambos se prepararon; el tuerto se vistió con sus mejores ropas y empezó a explicarle a su huésped cómo debía conducirse.

—Agárrate bien a mi cuello y cierra los ojos. Si los abres te marearás tanto que te dará un vuelco el vientre y te caerás.

Fueron juntos hasta el borde de un precipicio —seguramente la cumbre de Kingittoq— y el niño recibió órdenes de agarrarse con fuerza al cuello del gigante.

De improviso, el tuerto empezó a agitar los brazos y a correr en círculos como un pájaro a punto de alzar el vuelo. Y allá que se fue. El muchacho cerró los ojos. Todo lo que sintió fue un potente silbido, como en medio de una tempestad.

—Ya estamos en Equutit —anunció el gigante. Todo había pasado tan deprisa que el chico tenía la sensación de no haber tenido tiempo de respirar siquiera. Al entornar los ojos un poquitín, vio unos puntitos negros abajo, muy a lo lejos; eran las casas. El gigante empezó a descender volando en círculos.

—En esa casa de ahí se celebra la fiesta —dijo, señalando en dirección a una casa grande muy iluminada. Extendió los brazos y planeó por el aire sin aletear, como hacen las aves grandes cuando van a posarse. Así llegaron a la entrada de la casa.

Una vez en su interior, hallaron todo dispuesto para la celebración. Pasó la noche. Los *angakoks* más ilustres cantaron y conjuraron a los espíritus uno tras otro. Ya rayaba el alba cuando volaron de regreso a Kingittoq.

—¡Duerme un poco primero! —dijo el gigante—. Descansa sin inquietudes, que ya más entrado el día podrás volver a tu casa.

El muchacho encontró juiciosas las palabras del gigante y se quedó a dormir. Cuando más tarde se dispuso a partir, el gigante le dio toda la carne de *kiliffak* que fue capaz de cargar, pero con la misma condición de la última vez: nadie debía acompañarla de tocino si querían seguir disfrutando de la despensa del gigante.

Cuando el muchacho llegó a su poblado fueron grandes la alegría y el asombro.

—¿Has cazado un reno? —le preguntaban, quitándose unos a otros las palabras de la boca.

—No —contestó él—. Es que el gigante de la cima de Kingittoq ha cazado un *qapiarfik*.

Y después les recordó las condiciones y les rogó encarecidamente que fuesen sensatos.

—Pues —añadió— mucho nos ha dado ya y aún nos puede dar más si actuamos conforme a sus palabras.

Y todos comieron con gran apetito.

Pero en esta ocasión ocurrió exactamente lo mismo que la vez anterior, que unas viejas no pudieron contenerse y empezaron a contar lo estupendo que sería comer carne con un poco de tocino. Quienes las oyeron se enfurecieron y afearon su conducta.

De pronto se oyó un estruendo. La casa se estremeció y los batientes de las ventanas cayeron al suelo. Una de las viejas se había llevado a la boca

un pedazo de tocino a espaldas de los demás, y el gigante se encontraba al pie de las ventanas y gritaba furibundo:

—Poco merecéis mi ayuda, díscolos, que no atendéis mis palabras. ¡Ya nadie hallará mi casa por mucho que la busquéis!

Luego no oyeron más que un silbido en el aire cuando levantó el vuelo.

Mucho buscó después el muchacho la casa del gigante, pero en el lugar donde antes se había alzado no encontró siquiera un pedazo de turba.

Aquí termina esta historia.

Narrado por Malanga, Aqisserniaq

Kamikinnak

Cuentan que Kamikinnak era un pobre muchacho que no crecía; tan pequeño era que cuando estuvo completamente desarrollado no abultaba más que un niño. Sus padres vivían en Noorsit, cerca de cabo Dan.

Kamikinnak tenía un kayak, pero nunca salía a cazar focas; lo único que se atrevía a capturar cuando se hacía a la mar eran polluelos de arao, y el único lugar al que podía llegar remando era una isla que había justo enfrente de Noorsit; allí cazaba los pollos.

Un día sus padres le reprocharon que jamás saliese a cazar focas con estas palabras:

—¡Qué poca cosa eres, Kamikinnak! Nunca sales de caza, pero bien que alardeas de kayak.

Así le hablaron, y él se enfureció tanto que ese mismo día decidió dejar de vivir entre sus semejantes. Cuando volvió de cazar araos, escondió sus manoplas en la popa de su kayak. En casa, sin embargo, dijo:

—Se me han caído al agua las manoplas.

Le preguntaron:

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Que se me han caído al agua las manoplas; se me han escurrido cuando estaba montando y luego se han hundido.

Le cosieron otro par que corrió la misma suerte; fue llenando sin descanso el kayak de manoplas, pues cada vez que volvía, fingía haberlas perdido. Al final tuvo tantas que el kayak estaba lleno desde la bañera hasta la popa.

Un día se hizo a la mar. Los kayaks que estaban cazando cerca de la costa lo vieron acercarse y se dijeron unos a otros:

—¿Quién será ese que viene ahí? Parece Kamikinnak, ¿a qué vendrá? Debe de haber perdido el juicio.

Kamikinnak estaba tan furioso que no se dignó ni a mirarlos al pasar a su lado; siguió remando hasta llegar al penúltimo grupo de cazadores, los que exploraban en busca de focas. Al verlo acercarse se preguntaron qué le habría impulsado a aventurarse hasta un punto tan alejado, pero él los dejó atrás sin siquiera mirarlos. Después llegó hasta los kayaks que más se habían adentrado en el mar; también pasó junto a ellos y todo el mundo creyó que se había vuelto loco.

Siguió remando hacia alta mar hasta perderse en el horizonte.

Cuando los kayaks regresaron al poblado y les preguntaron si habían visto a Kamikinnak, todos contestaron que lo habían visto remar rumbo a mar abierto hasta perderlo de vista. Y decían:

—¡Kamikinnak debe de haberse vuelto loco, ha perdido la razón!

Pero Kamikinnak remó y siguió remando hasta avistar un enorme iceberg. O lo que creía que era un iceberg, porque luego descubrió que se movía; solo entonces comprendió que era una gaviota, una gaviota de Akilineq, las tierras que se encontraban al otro lado del mar. Se había posado en el agua en busca de alimento y era tan enorme que Kamikinnak no se atrevió a pasar junto a ella por temor a que le comiera. Por eso dio un gran rodeo para evitarla y siguió remando hasta divisar una isla. Ya desde más cerca descubrió que lo que había tomado por isla era un hombre montado en un kayak, el hombre de Akilineq. Hablaba solo y repetía constantemente:

—¡Morded el cebo, morded el cebo!

Había salido a pescar peces escorpión.

Kamikinnak se situó a su lado y empezó a gritarle, pero el hombre solo oía un levísimo zumbido. Al cabo de un rato empezó a mirar en torno suyo diciendo:

—Oigo que alguien me llama. ¿De dónde saldrá ese ruido?

Entonces miró hacia un lado y vio al fin a Kamikinnak, y quitándose una manopla, lo recogió con ella y lo metió debajo de las correas que cruzaban su kayak; después cogió los remos y remó de vuelta a su casa a tan gran velocidad que a Kamikinnak se le pusieron de punta todos los pelos. Al acercarse a la costa, Kamikinnak divisó una enorme montaña; cuando estuvieron más próximos, descubrió que tenía la forma de una casa.

El gigante condujo el kayak hasta la orilla y llamó a su mujer. De inmediato apareció una criatura inmensa. Cuando llegó junto a la embarcación, su marido le dijo:

—He pescado un hijo adoptivo para ti.

—¿Dónde está? —se apresuró a preguntar ella.

—¡Aquí! —contestó el marido.

La mujer buscó por todas partes, pero no logró ver nada. Entonces el gigante sacó a Kamikinnak del kayak y se lo entregó a su esposa. Ella se lo puso en el hueco de la mano, lo llevó hasta la casa y lo dejó en un estante

sin desmontarlo de su kayak. Allí permaneció tres días. Lo consideraban una presa rara y no podían tocarlo antes de ese plazo. Después lo dejaron en el suelo, donde de nuevo tuvo que quedarse por espacio de tres días.

Una noche descubrió una criatura monstruosa, un engendro inmenso y repugnante que se dirigía hacia él. Kamikinnak chilló con todas sus fuerzas, desmontó del kayak y logró llegar al banco donde dormía su nuevo padre. Pero subir al camastro era imposible; por suerte había un pelo colgando y empezó a trepar por él sin dejar de gritar:

—¡Me persigue un monstruo horrible!

Tardó una eternidad en despertar a su padre, y cuando al fin lo logró, este le contestó:

—Pero ¿dónde está?

Kamikinnak respondió:

—¿Es que no ves ese monstruo gigantesco y espantoso que viene hacia mí?

El padre volvió a preguntar:

—No te estarás refiriendo a ese escarabajito, ¿verdad?

—Sí —dijo Kamikinnak—, a esa bestia terrible y formidable.

Entonces el padre dijo:

—Ya veo, el escarabajo, ¡anda, aparta!

Y de un soplido mandó al insecto volando hasta que desapareció.

Luego el inmenso padre añadió:

—Será mejor que duermas aquí arriba, con nosotros.

Y Kamikinnak se acostó en el banco y se quedó dormido. Dormía profundamente cuando volvió a despertarlo un ruido y vio un animal blanco grande como un oso, pero que, tamaño aparte, no tenía mucha semejanza con los osos.

De nuevo gritó angustiado:

—¿Qué es esa bestia inmensa y terrible que viene ahí?

Finalmente, su padre adoptivo se despertó y al ver a la «bestia» dijo:

—Ah, ¿eso? ¡Si no es más que una araña! —Y de un soplido, el gigante la mandó volando por los aires.

Un día, el gigantesco padre adoptivo construyó un puente de madera que iba del banco donde dormían al que estaba situado debajo de la ventana para que Kamikinnak, que no sabía bajar desde el banco al suelo, pudiese asomarse a ver el exterior; la casa tenía vistas a dos montañas separadas por un barranco.

El padre adoptivo dijo:

—El día que veas que un enorme animal blanco colma todo el barranco, grita con todas tus fuerzas: ¡un oso, un oso!

A partir de entonces, Kamikinnak se apostaba a diario junto a la ventana para vigilar. Un día que, como de costumbre, había ido desde el banco

hasta su atalaya, vio un enorme animal blanco que avanzaba entre las dos montañas. De inmediato gritó que había ¡un oso, un oso! Su padre corrió hasta él y le preguntó dónde.

Kamikinnak contestó:

—Míralo, ahí está.

Cuando el padre al fin logró verlo, replicó:

—Ah, si no es más que un zorro; pero prepárate, que te voy a llevar conmigo.

Luego el gigante lo cogió, lo metió en un pliegue de su *kamik* y corrió tras el zorro. Cuando le dio alcance lo cazó; después lo descuartizó y le entregó al chico un pedacito de grasa. Era una carga inmensa para Kamikinnak, que se la echó a la espalda y cargó con ella hasta casa.

Su madre adoptiva lo recibió llena de alegría, pues era la primera vez que a su hijo le correspondía una parte de lo cazado, y por ese motivo lo agasajó con bayas.

Iba en otra ocasión Kamikinnak, como de costumbre, de camino desde el banco a la ventana, cuando al mirar hacia las montañas vio que el espacio entre ambas se había colmado, era como si se fundieran la una con la otra, y cuando quiso fijarse con más detalle, advirtió que algo se movía en el punto donde antes estaba el barranco. De inmediato empezó a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Un oso, un oso! ¡Ahora sí que es un oso!

Su padre adoptivo se asomó a la ventana y dijo:

—Sí, esta vez es un oso de verdad, pero no es muy grande.

De nuevo se dispusieron los dos a salir de caza y el gigante metió como de costumbre a Kamikinnak en un pliegue de su *kamik*, debajo del cordón, para que no se cayese; después se abalanzó sobre el oso, lo hirió y le dio muerte. Luego lo descuartizó y entregó a su hijo adoptivo un pedazo de tocino, su parte de la caza. No era más que uno de esos grumitos que se ven en el tocino, pero cuando Kamikinnak fue a echárselo a la espalda no pudo ni levantarlo y tuvo que partirlo por la mitad. Así lo llevó a su casa. De nuevo lo recibió su madre adoptiva con la mayor alegría por haber tenido parte de la caza.

No había transcurrido mucho tiempo cuando de pronto Kamikinnak notó que había empezado a crecer.

Un día de invierno su enorme padre adoptivo lo llevó consigo a pescar salmones; caminaron tierra adentro hasta encontrar llegar a un lago tan grande que Kamikinnak no alcanzaba a divisar la otra orilla. El lago estaba helado y en el centro del hielo había una criatura formidable que hablaba sola.

Era un gigante que pescaba salmones. El padre adoptivo escondió bien escondido a Kamikinnak a la orilla del lago y le dijo:

—Mira, ese hombre que está en el hielo solo tiene dos dientes y se avergüenza de ello. Grita con todas tus fuerzas: ¡chincha, dos dientes, no tienes más que dos dientes!

Al principio Kamikinnak no se atrevía, temía que lo matara, pero su padre le dijo:

—No tengas miedo; cuando se acerque, ya me ocupo yo de él, puedo más que de sobra.

Kamikinnak se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Chincha, dos dientes, no tienes más que dos dientes!

Costó un rato que su voz llegase hasta los oídos del pescador, que no creía percibir más que un zumbidillo, pero cuando distinguió lo que le estaban gritando y vio al padre adoptivo de Kamikinnak, se enfureció y fue hacia él con intención de atacarle. Se abalanzaron uno sobre otro, pero el padre de Kamikinnak no tardó en derribar al pescador de salmones y matarlo; después se quedó con todos los peces que había atrapado y se los llevó a su casa.

De nuevo percibió Kamikinnak que crecía rápidamente. Entonces le dijo su padre:

—Lo mejor es que visites a las gentes que viven en el último confín de Akilineq; pueden hacerte crecer gracias a sus artes mágicas.

Y un día partió con el muchacho llevando consigo sus *naattut,* los pantalones cortos que se ponía en casa. Caminaron sin descanso hasta divisar un conjunto de viviendas; sin embargo, cuando el gran padre adoptivo prendió fuego a sus *naattut,* desaparecieron todas y ellos regresaron a su poblado.

Después de aquello, Kamikinnak empezó a crecer a tal velocidad que no tardó en ser tan grande como su padre adoptivo.

Un día el padre le preguntó si no tenía familia.

—Sí —contestó Kamikinnak—, mis padres viven al sur.

—¿Dónde?

—Su hogar está en Noorsit, y cuando no están allí viven en Anorliuitsoq, «el poblado silencioso».

—¿Y por qué no vas a verlos? —preguntó el padre adoptivo.

Kamikinnak se puso en camino. Remó y remó, y cuando por fin vio tierra, se trataba de Orsuluviaq, en la desembocadura del fiordo de Ammassalik. Cuando llegó, era tan grande que podía tocar con la mano la cima del alto promontorio.

Al ver a Kamikinnak, la gente gritó angustiada:

—¿Qué es ese kayak inmenso que hay ahí abajo?

Kamikinnak les gritó:

—¡Soy el pobre Kamikinnak, soy el pobre Kamikinnak!

Siguió remando y desembarcó junto a la tienda de pieles de sus padres, pero ahora era tan grande que solamente podía hablar con ellos cuando

estaban subidos a la palma de su mano. Por las noches tenía que dormir fuera, pues no cabía en la tienda.

Después fue de caza para llevar provisiones a sus padres. Se hizo a la mar y encontró grandes manadas de focas pías; las levantó tan rápidamente con la mano que las atrapó a todas y las metió en su kayak. Como no paraban de dar coletazos, las cogió de las aletas traseras y entrechocó sus cabezas hasta matarlas.

Así hizo acopio de focas, y cuando ya tuvo tantas que sus padres nunca podrían dar cuenta de todas ellas, se dispuso a regresar. Les pidió que subieran a la montaña más alta (el Monte del Marinero), detrás de Orsuluviaq, y que llevaran su tienda. Le preocupaba que las olas y remolinos que levantaban sus remos los arrastrasen al mar.

Aunque eran muchas las tiendas que había en Anorliuitsoq, muchos de sus ocupantes no creyeron las palabras de Kamikinnak. Él llevó la tienda de sus padres y un buen número de focas a lo alto de la montaña que hay detrás de Orsuluviaq; varios vecinos de los ancianos los imitaron, solo los escépticos permanecieron en su campamento habitual.

Llegó el día de la partida. Kamikinnak subió a su kayak y cuando empezó a hendir las olas con el remo, grandes remolinos inundaron la tierra y los cadáveres ennegrecieron las aguas. Tanto subieron las olas que lamieron la cima de la montaña donde sus padres y los demás habían plantado sus tiendas.

Así partió Kamikinnak y nadie ha vuelto a saber de él.

El cazador que visitó a los enanos Qallakitsoq y Makkutooq

Había una vez un joven cazador que se hizo a la mar en busca de focas. Divisó en la lejanía lo que parecía un arao; a veces se movía a gran velocidad a ras del agua y a veces se quedaba completamente inmóvil. No pudiendo determinar de qué se trataba, decidió acercarse más; entonces vio que era un enano diminuto que había salido en kayak. El joven cazador lo contempló unos instantes y después, al aproximarse, descubrió que el enano perseguía con empeño a una foca, pero siempre llegaba tarde para arponearla.

El enano le explicó que se trataba de una foca inmensa —tal vez una morsa, aunque no era roja— y muy esquiva, por eso no conseguía arponearla. Al cabo de un rato, la foca volvió a subir y el enano remó tras ella como un loco; el cazador observó que no era más que una pequeña cría. De nuevo llegó el enano demasiado tarde y no pudo arponearla, de modo que pidió al joven cazador que, cuando el animal volviese a salir a la superficie, tratase de herirla él. El cazador accedió y cuando la foca volvió a salir remó hasta ella y la arponeó. Era tan pequeña que no tuvo necesidad de usar la vejiga flotante, simplemente subió la foca al kayak y le dio muerte.

El enano observaba boquiabierto cómo manejaba el joven aquella enorme presa, y cuando lo vio cogerla y echarla ya una vez muerta a la popa del kayak, fue incapaz de objetar nada por puro pasmo. Después de charlar un rato, lo invitó a visitar su casa y el joven cazador accedió de buen grado.

Remaron hacia la orilla y al llegar a la altura del poblado, el cazador oyó que gritaban:

—Mirad, ahí viene Makkutooq, ¡y trae a un hombre consigo!

Desembarcaron y fueron a la casa del enano, que era tan minúscula que el joven logró a duras penas apretujarse y reptar por el pasadizo de entrada. Después tomaron asiento y conversaron un rato, pero a cada instante Makkutooq se interrumpía para decir:

—Ay, ¡qué rica tiene que estar esa foca que has cazado! ¡Pero qué rica!

Y lo repetía sin descanso una y otra vez, tanto que al final el joven se hartó de oírlo y dijo:

—Pues sí, pero entonces ¿por qué no la cogéis y os la coméis?

Enseguida se desató la alegría y todos los jóvenes corrieron hacia la playa para acarrear la foca, pero tardaron lo suyo, una eternidad, y cuando al fin lograron meterla y arrastrarla por el pasadizo, no conseguían levantarla por el agujero de entrada, de modo que el cazador la agarró por una aleta y la dejó en el lugar donde iban a partirla. Entonces observó que la piel estaba toda agujereada, porque los enanitos se habían visto obligados a cortarla para tener de dónde agarrarla mientras la arrastraban. Cuando lo vieron a él levantarla por la aleta y dejarla en el lugar donde iban a partirla, se quedaron boquiabiertos solo de pensar en las increíbles fuerzas que debía poseer.

La mujer de Makkutooq empezó a descuartizar la foca, pero tardó mucho tiempo, y cuando llegó el momento de partir el lomo a la altura de la pelvis, se le resbaló el cuchillo y se hizo un corte muy profundo en el dedo pulgar. Desesperada, gemía:

—¡Ay, que me he cortado el pulgar! Cóseme un cucurucho que me tape la herida; debajo del banco hay una piel de cría de foca pía.

Se lo decía a otra de las mujeres que vivían en la casa, pero esta cosió un cucurucho que resultó demasiado grande. En vista de que no servía, hubo que coserle otro, pero era tan pequeño que no le cabía. Y así siguieron. Unas veces el cucurucho resultaba muy grande y otras veces resultaba muy pequeño; y al final se acabó toda la piel y no quedó más que un pedacito de la parte de la cola. Finalmente consiguieron uno que le valía y la mujer del enano pudo de una buena vez proteger la herida con su cucurucho. Así el joven cazador pudo comprobar que los enanitos no eran demasiado diestros con la aguja.

Cuando al fin la foca estuvo descuartizada, empezaron a cocerla en tal cantidad de pucheros que de una sola vez quedó cocido el animal entero. Tenían una fuente enorme en la que sirvieron toda la carne. Una vez hecho esto, decidieron invitar a comer a los demás vecinos del poblado, de modo que algunos salieron para llamarlos a gritos, pero sonaban tan bajo que nadie los oía. Por eso acudieron al cazador y le dijeron:

—Tú, que eres tan grande, seguro que tienes un vozarrón muy potente: sal a avisarlos de que pueden venir a comer carne de foca.

El joven cazador llamó a gritos a todos los vecinos y, a pesar de que no alzó mucho la voz, atronó de tal manera que casi les salta el tímpano a todos los enanos, que, espantados, se taparon los oídos.

Llegaron todos los invitados, un sinfín de personillas diminutas, y entre ellos había uno llamado *Qallakitsoq*. Se abalanzaron sobre la carne con gran voracidad y tantos fueron los empujones y los codazos que terminaron por

tirar la fuente. De pronto Qallakitsoq desapareció, pero como se oían sus gritos en algún punto de la casa, empezaron a buscarlo. Al final lo encontraron medio asfixiado debajo de la enorme fuente de carne, con el rostro y los vestidos chorreando grasa y sopa y una escápula de foca en la mano. Ver a Qallakitsoq de esa guisa fue motivo de gran diversión entre los enanos. Cuando el anfitrión le preguntó si había probado la sopa, él gimoteó:

—Ay, casi nada; me han echado la fuente por encima.

Le sirvieron entonces sopa en su escudilla y dio cuenta de ella con gran avidez, y es que no era muy habitual que los enanos comiesen carne de foca; eran animales demasiado grandes y no podían cazarlos.

Cuando quisieron darse cuenta, los hijos y los nietos de Qallakitsoq se habían marchado y ya era noche cerrada. Qallakitsoq empezó a quejarse porque tenía que volver solo a casa y le daba mucho miedo la oscuridad. Cuando al fin se armó de valor y se decidió a salir, el joven cazador echó a andar tras él muy lentamente; todo estaba tan negro que el pequeño Qallakitsoq no lo vio. De repente el joven lanzó un silbidito y Qallakitsoq se detuvo a escuchar; silbó de nuevo el joven, esta vez más fuerte, y Qallakitsoq salió disparado a la velocidad del rayo. Sin embargo, aturdido por el miedo, no miraba dónde ponía el pie y pisó un agujero donde se había echado un perro; cayó con tal violencia que la escudilla de sopa salió rodando y también perdió el pedacito de carne que pensaba llevarle a su mujer. A pesar del espanto que le inspiraban la noche y los espíritus de la oscuridad, más miedo le daba aún su mujer, que si llegaba sin carne le echaría un buen rapapolvo. Por eso, a pesar de todo, empezó a buscar la carne con grandes prisas. Pero estaba tan oscuro que no veía nada, de modo que cuando tropezó con algo duro que parecía ser carne, lo cogió y echó a correr. Al llegar a casa, le anunció a su mujer alegremente:

—Mira, mujercita mía, ¡te traigo un trozo de carne!

La mujer cogió la carne con la mano y al verla más de cerca exclamó:

—Pero Qallakitsoq, si esto no es carne, es un pedazo de turba.

¡Y en efecto! A causa del miedo, Qallakitsoq había tomado por carne un trozo de turba y se lo había dado a su mujer. Tras haberse divertido suficiente a costa de Qallakitsoq, el joven cazador regresó y volvió a entrar como pudo en casa de su anfitrión.

Transcurrido un rato, todas las muchachas empezaron a acicalarse. Ataviadas con sus mejores galas, sonreían al forastero y, al pasar junto a él para salir de la casa, le rozaban la rodilla y, entre risas, aguardaban junto a la puerta con la esperanza de que saliera a reunirse con ellas. Cuando ya no quedaba más que una joven, que pasó corriendo a su lado y entró de un brinco en el pasadizo, él le dio un azotito en el trasero. Sin embargo, para ella el azotito resultó tan fuerte que dejó escapar un grito, cayó al pasadizo y, hecha un mar de lágrimas, corrió a reunirse con las demás. Cuando las

otras supieron lo que le había ocurrido, la consolaron diciendo que tenía que alegrarse de que el joven cazador la hubiese tocado, pues eso probablemente significaba que era ella la elegida. Pero la pobre enanita sufría tan terribles dolores en las nalgas que al final sus amigas no tuvieron más remedio que ayudarla a entrar en casa y acostarla.

Cuando llegó la hora de retirarse a descansar, el joven cazador tomó por esposa a la hija de Makkutooq. Al verlo, las muchachas cayeron en tal estado de desesperación que casi todas rompieron a llorar. Aun así, el cazador se acostó junto a la joven y pasó la noche con ella.

Cuando despertó al día siguiente, regresó a casa de sus padres y les contó dónde había estado y que había tomado por esposa a una joven enanita. Al oírlo, la madre le dijo:

—Solo podrás conservarla si demuestra que es diestra en su trabajo. Llévale esto y pídele que lo arregle; si lo que hace me satisface, podrá ser tu mujer. Antes no.

La madre entregó a su hijo una piel vieja que habían utilizado para guardar tocino y estaba llena de grasa. El hijo se la llevó y la entregó a su mujercita, diciéndole que debía disponerla y arreglarla. La muchacha hizo un trabajo tan magnífico que la piel no tardó en quedar tan blanca como si fuera nueva y nunca le hubiesen dado uso. El joven cazador regresó a su casa y cuando su madre vio la piel le dio su consentimiento y pudo conservar su mujer, pues había demostrado ser tan diestra que era capaz de dejar una piel vieja y grasienta blanca y como nueva.

La madre del cazador quiso entonces que Makkutooq y toda su familia se instalasen con ellos, de modo que los llevaron a bordo de un *umiak* y los condujeron a la gran casa, donde les prepararon un rinconcito encima de la entrada. Allí tenían su pequeño banco y todos sus enseres, y vivían contentos y felices gracias a todas las presas que capturaba su yerno.

Una noche, sin embargo, uno de los hijos de Makkutooq se cayó del banco y fue a parar al pasadizo, donde lo devoró un perro; al día siguiente, cuando se despertaron y vieron lo sucedido, Makkutooq se afligió tanto que anunció que quería volver a su hogar, que ya no deseaba seguir en aquel lugar. Sin embargo, se había desatado una tormenta y el tiempo era espantoso, de modo que le aconsejaron no emprender el viaje en *umiak*.

—No importa —aseguró Makkutooq—, pues conozco unos conjuros que aplacan las olas y allanan el camino.

Se dispuso entonces a partir y, apenas subió al *umiak*, empezó a recitar conjuros y, ¡caramba!, de inmediato se calmaron las aguas en torno a la barca y ante ellos se abrió un camino espejeante de la anchura justa para permitir su paso y que conducía hasta su poblado. Makkutooq y su familia se alejaron remando hacia su hogar a través de la tormenta. Al llegar junto a la orilla, Makkutooq gritó:

—¿Hay perros por aquí?

Los enanos llaman a los perros *ilikilaaq,* que en nuestra lengua quiere decir «perro con la cabeza blanca por un lado y negra por el otro».

—¿Hay perros por aquí? —repitió Makkutooq.

—Sí —contestaron los del poblado—, hay perros, pero son inofensivos.

Sin embargo, el pequeño Makkutooq les había cobrado tal espanto que quiso cerciorarse de que no eran peligrosos y bajó a tierra con su tienda de pieles echada a la espalda; el *umiak* lo amarró sin mucho empeño. Después gritó con todas sus fuerzas:

—¡Joy-joy!

Así llamaba a los perros, pues quería convencerse de que no hacían nada antes de llevar allí a su familia. Al momento salió un perro de entre las casas, pero al verlo, Makkutooq se asustó tanto que corrió a todo correr de regreso hasta los suyos, y como no miraba dónde pisaba, tropezó con la amarra que sujetaba su *umiak* y se dio tal costalada entre las piedras que perdió la consciencia. Cuando volvió en sí, tenía tal chichón en la frente que parecía una visera. Al verlo dijo entre risas:

—Yo, que no necesitaba una visera ni había pensado en hacérmela, he acabado teniendo una que me protege los ojos de la luz.

Después se subió al *umiak,* soltó amarras de inmediato y puso rumbo a su poblado, y desde entonces nadie ha vuelto a ver al pueblo de los enanos ni ha tenido noticia de ellos.

El solterón y el remo de hueso de esternón

Cuentan que un solterón vivía con un gran grupo de hermanos. Cuentan también que en otoño, cuando los hermanos cazaban muchas focas, él solamente atrapaba dos, y si la caza se daba mal, él conseguía solo una.

Era tan mal cazador que, un otoño, después de cazar tan poco como de costumbre, una mañana se levantó y quiso marcharse al norte. Y así, en lugar de ir a cazar, partió en esa dirección siguiendo la costa.

En el camino, tras doblar un cabo, divisó una casa y, a los pies de esta, un enorme depósito repleto de carne. ¡Ese hombre sí que sabía cazar! Era como si hubiese cogido las focas con una red y luego las hubiera amontonado bajo la casa. Y no había un alma. Cuando llegó hasta la orilla le pareció ver al fin que salía una mujer, y detrás de ella, otra. Al verlo dijeron:

—No teníamos idea de que hubiese forasteros. ¡Sube!

Entonces desembarcó y subió sin ver ni rastro de kayak alguno.

Cuando se disponía a echar un vistazo al interior de la casa, descubrió que no habían quitado la grasa de las pieles que cubrían las paredes, de las que les servían de base para el banco ni de las que utilizaban para arroparse cuando dormían.

Se acomodó. Las mechas estaban dispuestas como una gran corona alrededor de la lámpara y lo llenaban todo de luz y de calor.

Pasadas unas horas, la mujer que ocupaba el extremo sur del banco cogió un puchero. Sacó una aleta de foca y la puso a hervir. Después, la otra mujer sacó también una aleta idéntica a la anterior y la metió junto a la primera.

Allí las tuvieron, cuece que te cuece, y cuando consideraron que ya estarían en su punto, la mujer que estaba al sur sacó su aleta del guiso y la metió bajo el banco. Y ahí se quedó él, con la boca seca, cuando ya creía que se la iba a servir.

Después la otra mujer, la que tenía al otro lado, sacó su aleta; y cuando el solterón ya creía que también ella iba a guardarla debajo del banco, se la sirvió y le indicó que comiera. Una vez que dio cuenta de aquel pedacito no quedó nada más, pero le supo a muy poco. De repente, las mujeres parecieron inquietas y empezaron a turnarse para apostarse junto a la ventana. Una de las veces que una de ellas se asomó, gritó:

—¡Está doblando el cabo y trae un montón de focas!

Apenas dicho esto, las dos salieron. Cuando se quedó solo, el solterón sintió el impulso de asomarse a la ventana; así vio que aunque el marido ya estaba llegando a la orilla, algunas de las focas que traía a remolque aún no habían terminado de doblar el cabo.

Volvió a sentarse. Llevaba un rato esperando cuando las dos mujeres que habían salido a guardar las focas regresaron. ¡Todo había sido muy rápido! Cuando entraron en la casa, le dijeron:

—Eres un desconocido y nunca se sabe cómo va a reaccionar ese de ahí afuera. ¡Escóndete detrás de las pieles de la pared!

Llevaba un rato escondido detrás de las pieles cuando oyó decir al marido:

—¡Aquí huele mucho a hombre! ¿Ha venido algún desconocido?

—No, aquí no ha venido nadie —contestaron las mujeres.

Cuando el marido se calmó un poco, la muchacha del lado sur le sirvió su aleta. Pero, no bien la tuvo delante, el marido se volvió hacia el lado norte y preguntó:

—¿Y dónde está la otra aleta?

—Se la ha comido nuestro invitado.

De inmediato gritó el marido:

—¡Ah, o sea que sí que ha venido un desconocido! ¡Que salga!

En vista de que no tenía otra opción, el solterón salió a gatas. Entonces dijo el marido:

—Dadle algo de comer y poned el puchero al fuego, ¡deprisa!

El marido se mostraba extremadamente amable. Sin bajar el puchero, las mujeres encendieron fuego en el pasadizo y cocinaron allí. En un abrir y cerrar de ojos la comida estuvo lista. Sirvieron una fuente rebosante ¡y esta vez no faltó ningún pedazo! El solterón dio buena cuenta de la carne y comió hasta hartarse. Al anochecer, le invitaron a echarse encima de toda la grasa, pero él temía mancharse y fingió no haberlo oído. Finalmente, no obstante, tuvo que obedecer y acostarse. No es de extrañar que, cuando los demás ya llevaban durmiendo largo rato, él siguiese en vela. Al final, aturdido por la peste de la grasa, cayó rendido.

Cuando por fin despertó, el marido no estaba, ya se había levantado. El solterón salió de la casa y lo vio merodear alrededor de su kayak. Cuando se acercó, observó que estaba absorto estudiando su remo, que no valía gran

cosa. El solterón trató de hacerle codiciar aún más el remo, aduciendo que un cazador mucho mejor que él no podía tener peores remos. Finalmente, el hombre le pidió que se lo diera y el solterón accedió. Cuando a cambio recibió el remo de su anfitrión, descubrió que solamente estaba hecho de esternones de foca pía.

—La verdad es que no suelo emplear este tipo de remos —dijo, disgustado.

—Te lo he dado a propósito porque eres mal cazador. Es posible que cuando empieces a remar con este remo empieces también a cazar más.

El solterón dio crédito a sus palabras y aceptó el remo.

Al amanecer, dado que no tenía intención de prolongar su visita, puso rumbo hacia el sur siguiendo la costa.

Acababa de doblar el cabo cuando una gran foca pía emergió junto a la orilla. El kayak se deslizó por el agua y se situó junto al animal, que continuaba inmóvil en la superficie; entonces lo arponeó y se cobró su primera presa del día. Con el remo de hueso maniobrar era sencillo.

Se disponía a seguir remando cuando delante de él volvió a emerger otra foca, esta vez a tiro de arpón. ¡Caramba, una detrás de otra!

Tras lanzar hacia delante la que llevaba a remolque, dio un par de paladas briosas y arponeó a su segunda foca. El solterón se había convertido en un gran cazador.

Así fue arponeando una foca tras otra en su camino hacia el sur. Al final todas las focas que remolcaba parecían una hilera de intestinos flotando tras su kayak.

El solterón llevaba ya tanto tiempo fuera del poblado que habían perdido la esperanza de verlo de nuevo, pero un día se armó un revuelo tremendo: era el solterón, que llegaba remando. Llevaba tal cantidad de animales a rastras que apenas avanzaba. Todos se acercaron corriendo a verlo más de cerca. Parecían tripas flotando detrás de su kayak. Todos sus vecinos corrieron hacia la playa para recibirlo, quitándose unos a otros las palabras de la boca:

—Pero ¿se puede saber dónde te habías metido?

—He ido de visita.

A partir de aquel día, el solterón fue un gran cazador y no tuvo parangón. Cuentan, además, que si antes las muchachas huían de él, ahora no podía poner un pie fuera de su casa sin que le fueran detrás. Pero cuentan también que a él solo le gustaban las poquitas que, en los tiempos en que era pobre, no escapaban al verlo.

Así aquel hombre, que estaba destinado a ser un solterón, acabó convertido en un gran cazador, tomó esposa y llegó a ser muy anciano.

Allarneq, el gran glotón

Cuentan que Allarneq era un hombre fuerte y, apenas se alejaba un poco con su kayak, cazaba una foca. No pasaba un solo día sin cazar y jamás se conformaba solo con una.

Pero en una ocasión, en lugar de acechar focas, remó hacia el sur a lo largo de la costa. En el camino divisó un cabo y puso rumbo a él, y al quedar a la vista el lado del mediodía vio una casita muy cerca.

«Esperaré hasta que salga alguien», se dijo.

Estaba allí, con el remo en tierra, cuando de la casa salió una mujer. Recogía sus cabellos una cinta amarilla y todas sus ropas estaban adornadas con un ribete del mismo color.

En vez de bajar a tierra, se dijo: «Esperaré hasta que salga otra más».

Y aún lo estaba pensando cuando salió otra, que llevaba, igual que la primera, los cabellos recogidos con una cinta amarilla y las ropas adornadas con ribetes de ese mismo color.

En vez de desembarcar, Allarneq se dijo una vez más: «Esperaré a otra más».

Y, en efecto, salió otra; idéntica a las demás y que, como ellas, llevaba una fuente en las manos.

Solo entonces saltó a tierra y subió también su kayak. Entró en la casa y todas lo recibieron con gran amabilidad. Y le sirvieron gran cantidad de comida. Finalmente cayó la noche. Al ver que las tres mujeres salían de la casa cada vez con mayor frecuencia, Allarneq, intranquilo, les preguntó:

—¿Qué buscáis ahí fuera sin descanso?

Ellas se apresuraron a responder:

—Aguardamos el regreso de nuestro querido protector.

Al oír esto, Allarneq se asustó y se ocultó detrás de una de las pieles que recubrían las paredes. Acababa de esconderse cuando llegó el protector.

Allarneq lo veía todo a través de un agujerito en la piel. Entró; tenía las mejillas de cobre. Apenas se hubo sentado, empezó a husmear y dijo:

—¡Caramba, aquí huele a persona!

Ahora que lo habían descubierto, Allarneq salió de su escondrijo; pero no bien lo vio, el otro, muy interesado, preguntó:

—¿Aún no ha comido?

—No, aún no ha comido.

—Bien, ¡pues sacad la comida!

Y les sirvieron un saco de piel lleno de capelanes y el tocino de media foca pía. De pronto el marido soltó abruptamente:

—¡Cómetelo todo, porque si no te lo acabas te daré un buen repaso con mis mejillas!

Y Allarneq empezó a comer a dos carrillos peces con tocino. Comió y comió sin parar hasta acabárselo todo. Luego se levantó, se acercó al cubo de agua, se lo llevó a la boca y se bebió hasta la última gota.

Acababa de terminar cuando el marido exclamó:

—¡Y ahora carne cruda helada!

Les sirvieron una foca partida por la mitad y Allarneq comió y comió hasta que no quedó nada. Lo único que dejó fue la aleta trasera. Al ver que no se la había comido, el marido soltó abruptamente:

—¡Eso también! ¡Y si no te lo comes, frotaré mis mejillas contra las tuyas!

Impresionado por sus amenazas, Allarneq se la comió; después volvió a levantarse y se bebió otro cubo. Pero apenas terminó, ya estaba gritando el marido:

—¡Servidle más comida!

Allarneq se sentía ya tan saciado que su estómago había quedado en calma. Entonces entraron las mujeres con una foca seca de una pieza. El hombre le ordenó:

—¡Cómete esta también!

Y Allarneq se apresuró a engullirla a toda prisa. Comió y comió hasta que no quedó nada. Y por tercera vez vació el cubo de agua. Se sentía extraordinariamente bien y nadie habría adivinado que no era su primera comida de ese día. Pero de no haberse tragado antes de empezar una brizna de hierba, jamás habría logrado comer de aquella manera.

Después durmió y a la mañana siguiente volvió a su casa. Y cuentan que después de comer casi hasta reventar en casa del hombre de las mejillas de cobre, ya no volvió a salir a navegar rumbo al sur.

Usorsaq, cola de cuchillo

Había una vez un pequeño solterón que salió en su kayak. Remó y remó, y al doblar un pequeño cabo divisó una calita, y al final de la cala, una casa diminuta. Remó hacia allí, desembarcó, apartó el kayak de la orilla y se dirigió a la casa. Mientras subía hacia ella descubrió que del pasadizo de entrada salía humo. Aguardó a que acudiera alguien, pero después de un buen rato se subió al tejado del pasadizo y miró hacia abajo. Encima del fuego hervía un enorme puchero lleno de carne, pero no se veía a nadie. Al acercarse a inspeccionar el guiso, vio que era carne humana; en lo alto del todo había unas manos cociéndose. Apenas lo descubrió, se apresuró a bajar del tejado y correr hacia la playa, pero en ese preciso instante una mujer inmensa salió de la casa y gritó:

—¡Entra, forastero!

De modo que el solterón regresó. Solo había dos mujeres y después de verlas se sentó en el banco lateral. Desde allí miró hacia el banco de la ventana y descubrió que había un viejo marinero. Estaba tapado de cintura para abajo y no decía una palabra, solo miraba hacia el suelo, inmóvil.

El solterón esperaba que le ofreciesen algo de comer, pero el tiempo iba pasando y nadie sacaba nada. Ya había perdido la esperanza de que le dieran algo, cuando de pronto le pusieron delante unos míseros capelanes. Eso fue todo.

El solterón se quedó en la casa; a medida que la noche se acercaba, se sentía cada vez más angustiado, tanto que finalmente salió a preparar su kayak. Cuando lo tuvo dispuesto, volvió a subir a la casa, pero antes escondió entre sus ropas, a la altura del pecho, una piedra grande y plana. No sin gran dificultad, colocó bien la piedra y regresó a la casa. Nada más entrar, lo invitaron a acostarse en el banco y él se echó en el lateral. No conseguía conciliar el sueño a causa del miedo y los malos presentimientos. Solo

entrada ya la noche logró encontrar acomodo tumbado bocarriba y fingió dormir.

Entonces descubrió que el anciano que estaba tapado en el banco de la ventana se levantaba y hete aquí que cuando se puso de pie vio que arrastraba una enorme cola de cobre. Esperaba agazapado, pero al irse incorporando la cola se fue extendiendo, y cuando ya estuvo erguido, la cola le llegaba por las rodillas. Tenía una punta reluciente como el cobre. Después la criatura se acercó al huésped, se encaramó al banco, montó a horcajadas sobre el durmiente, se colocó un par de veces y se dejó caer a plomo sobre él para traspasarlo con la cola. De repente se oyó un chasquido tremendo y la cola se partió contra la piedra plana que el solterón llevaba escondida en el pecho. El monstruo dejó escapar un hondo y largo suspiro, tembló de pies a cabeza y cayó muerto.

El solterón se levantó como un rayo y huyó con muchas prisas, se arrastró como pudo por el pasadizo y corrió a todo correr hasta la playa, llegó hasta su kayak, lo echó al agua, montó en él y se hizo a la mar.

Apenas había conseguido alejarse de la orilla cuando oyó gritos y chillidos, y al volverse vio salir de la casa a las dos mujeres. Ambas sostenían una tea de turba encendida en la mano al tiempo que gritaban:

—¡Ay, ay! ¡Usorsaq se ha roto la cola, se ha roto la cola de cobre! *Orsok sikapo lor, orsok sikapo lor.*

Pero el solterón no pensaba en otra cosa que alejarse de allí cuanto antes y regresar a su casa.

Iliarsunnguit (los huerfanitos)

Había una vez dos muchachos huérfanos que salían a cazar perdices nivales todos los días sin más armas que un arco y una flecha. Y cuando volvían de cazar, sus vecinos siempre se mostraban ávidos por quitarles las presas.

Un día salieron a cazar como de costumbre, pero ese día no había perdices. En su búsqueda llegaron hasta montañas salvajes e impracticables y desde allí divisaron en lo hondo de un barranco algo que no parecía ser una piedra. Descendieron y, ya más de cerca, vieron que se trataba de una casita y bajaron hasta ella. Treparon por el tejado y al asomarse por el respiradero vieron a un niño que jugaba en el suelo empleando como kayak una tabla de cortar y un calzador como remo. Uno de los muchachos hizo acopio de saliva y escupió al niño. Al ver caer a su lado el escupitajo, el pequeño miró hacia arriba, pero los otros dos se escondieron. Cuando volvieron a asomarse, lo encontraron de nuevo jugando con su kayak. Por segunda vez hizo acopio de saliva uno de ellos, escupió y dio de lleno en el remo, el calzador de *kamiks*. Al ver que se asustaba, entraron y lo encontraron gimoteando al fondo de la casa, pegado a la pared.

—¿Vives solo? —preguntaron.

—No, madre ha salido temprano y no ha vuelto a la hora de costumbre.

—Nosotros hemos venido a hacerte compañía porque estabas aquí solo —dijeron ellos.

Al oírlo, el pequeño se atrevió a acercarse un poco.

Por la tarde, el niño empezó a salir cada vez con más frecuencia y los muchachos aprovecharon para inspeccionar el interior de la casa, que estaba recubierto de pieles de zorros blancos y azules.

Por fin regresó el pequeño, diciendo:

—Ya se la ve por el sur.

Los chiquillos se asomaron y vieron una silueta inmensa, ya que la madre llevaba algo echado a la espalda; no tardó en acercarse. Luego oyeron un estruendo: acababa de dejar caer la carga. Entró bañada en sudor, se sentó y dijo:

—¡Gracias, queridos! Como siempre, he tenido que dejarlo solo en casa y mientras estaba fuera, preocupándome por él, le habéis hecho compañía.

Después se dirigió a su hijo:

—¿Aún no han comido?

—No —contestó él.

Al oírlo, la madre salió y volvió con carne de zorro seca y limpia y con un trozo de sebo. Los muchachos no se hicieron de rogar. Al principio no querían la carne de zorro seca, pero después de probarla descubrieron que era deliciosa. Estaban allí sentados, con las barrigas bien llenas y gozando de la vida, cuando el niño susurró algo al oído de su madre.

—Le gustaría tener una de vuestras flechas, esa pequeña de ahí, si a vosotros no os importa.

Como no les importaba, le dieron una.

Por la noche, cuando les pareció que era hora de irse a descansar, la madre les preparó una cama al lado de la ventana, y cuando la tuvo lista, dijo:

—Ahora podéis dormir sin temor a ningún mal.

Durmieron mucho y cuando al fin despertaron vieron que la mujer llevaba ya largo rato levantada.

A la hora de la partida, la mujer pagó la flecha dándoles tanta carne como podían llevar. Cuando se fueron, les dijo:

—¡No dejéis que venga nadie a vendernos flechas!

Mientras tanto, los vecinos del poblado aguardaban preocupados porque los cazadores de perdices no regresaban. Cuando al fin, al caer la noche, los divisaron, salieron a su encuentro. ¡Y cuántas cosas traían!

—¿Dónde habéis estado? —les preguntaron.

—Hemos ido a una casa donde los que vivían no eran del todo como las personas.

Probaron lo que traían. ¡Ah, qué delicia!

—Es lo que nos han pagado por una sola de nuestras flechas —añadieron ellos.

—Vamos todos a verlos y a venderles flechas —dijeron los demás.

—¡No, no podéis! —exclamaron los muchachos—. Al marcharnos nos ha dicho: «¡No dejéis que venga nadie a vendernos flechas!».

Sin embargo, a pesar de su advertencia, todos los vecinos empezaron a hacer flechas y al día siguiente partieron con ellas cargadas a la espalda. Aunque los dos muchachos no deseaban acompañarlos, los obligaron a ir.

Al asomarse al barranco no lograron ver la casa, y cuando llegaron al lugar donde antes se alzaba, ya no quedaba de ella ni una sola piedra. Y nadie supo adónde se habían ido la mujer y el niño.

Esa fue la última vez que los dos muchachos fueron a cazar perdices.

Suakak, la mujer que se casó con un habitante del interior

Cuentan que Suakak vivía junto a la costa, pero un buen día salió a pasear y apareció un habitante del interior que la raptó. Se la llevó a su casa, que estaba tierra adentro; allí vivía.

Suakak iba llorando, pero cuando le habló el hombre del interior, se serenó.

—Guardo gran cantidad de alimento que he cazado entre las rocas, comida no ha de faltarnos. Y quisiera tomarte por esposa, porque no tengo ninguna.

Tras caminar un trecho, llegaron a los depósitos donde escondía la carne y empezaron a comer. Había muchas delicias, carne seca de foca barbuda y de narval. Era un buen cazador, le bastaba con llamar a sus presas y estas acudían.

Continuaron andando, siempre tierra adentro, y cada vez que pasaban junto a uno de sus depósitos se daban un buen festín.

Finalmente llegaron a su casa. Era una cueva excavada en la tierra; no había banco en la sala, todo era suelo. Dentro estaba la abuela del hombre del interior, una mujer muy anciana.

Suakak pasó, pues, a ser esposa del habitante del interior; no tardó este en recibir la visita de los suyos, que quisieron ir a verla. La encontraron muy distinta de las mujeres que conocían y dijeron que era guapa. Al final la anciana tuvo que pedirles que se marcharan, pues estaban azarando a la pobre esposa.

Las gentes del interior no colgaban sus pucheros, los tenían en el suelo. Suakak decidió colgarlos y a todos les agradó tanto que pasaron un buen rato entretenidos dándoles empujoncitos para columpiarlos.

Finalmente, Suakak quedó encinta y tuvo un hijo, y después de traerlo al mundo empezó a sentir nostalgia de los suyos y así se lo hizo saber a

su marido. Cuando el niño fue lo bastante grande como para cargarlo a su espalda, partieron para que Suakak visitara a sus hermanos.

Una vez cerca de las casas, el habitante del interior no quiso seguir andando; la esperaría en las montañas porque le daban miedo los perros.

—Cuando me oigas gritar desde aquí arriba «¡Corre, corre!», ven corriendo —dijo, mientras se sentaba en la cima de un monte.

Suakak bajó hasta las casas y fue motivo de enorme alegría, pues todos la creían muerta mucho tiempo atrás; ya habían puesto su nombre a una criatura.

Sus hermanos deseaban conocer a su marido y subieron a buscarlo; sin embargo, como no estaba dispuesto a acompañarlos, lo agarraron de los brazos mientras otro lo empujaba por detrás, y así lograron llevarlo a rastras hasta su casa. Nada más entrar, se acurrucó en el último rincón del banco con los ojos abiertos como platos. Compadecidos de él, sus cuñados se llevaron a sus perros y los ataron. Como no quedaba ya nada que le diese miedo, los cuñados salieron a cazar en kayak. También el habitante del interior salió de caza; fue siguiendo la línea de la costa y volvió con una foca echada a la espalda.

Los cuñados solían sentarse a su hijito en el regazo y decirle entre muchas risas: «¡Pequeñín del interior, pequeñín del interior, nunca montas en kayak!». Pero ese día, cuando los kayaks volvieron a casa, el hombre del interior se les adelantó y dijo:

—Pues este pequeñín del interior que nunca monta en kayak ha traído sopa de carne para toda la casa.

La alegría fue enorme y todo el mundo comió hasta hartarse. Al día siguiente volvieron a salir todos de caza y esta vez el hombre del interior regresó con todas las gaviotas que fue capaz de acarrear. Como era un habitante del interior, no tenía más que hacerles un gesto a las presas con el dedo índice.

Sin embargo, un día sintió nostalgia y pusieron rumbo a su hogar. Una vez de regreso, les contó a sus compañeros que había visto unas bestias peligrosísimas que daban un miedo terrible; lo que no sabía era qué nombre darles, pues era la primera vez que veía perros.

Aquí termina la historia de Suakak, que se casó con un habitante del interior.

Narrado por Tâterâq

El chamán de Kuugarmiut

El gigante del interior

Cuentan que en Kuugarmiut había un chamán y que este chamán tenía trato con los *inorutsit.*

Los *inorutsit* eran gigantes que vivían en las montañas. Cuentan que tenían sus casas en lo más alto. Eran más grandes que las personas, pero iguales en todo lo demás; la única diferencia era una manchita negra que les salía encima de la nariz. A veces también tenían un solo ojo en medio de la frente.

El chamán de Kuugarmiut solía ir a visitar a unos gigantes a los que ayudaba de muy diversas maneras. Así pues, un otoño partió como de costumbre para ir a verlos. Se trataba de un matrimonio ya anciano, marido y mujer, que no salía de su casa debido a su avanzada edad, de modo que eran sus hijos quienes cazaban para ellos. El mayor de los hermanos tenía mucho aprecio al chamán, lo llamaba amigo y le daba continuas muestras de su amistad.

Cuando llegó el chamán, su amigo lo condujo hasta la despensa, que estaba repleta de deliciosos manjares. Había carne de reno, de foca pía y de narval, y comieron de todos estos manjares hasta no poder más. Así agasajaban siempre los gigantes montañeses al chamán cuando iba a visitarlos. Cuando se despidió de ellos para volver a su casa, su amigo lo acompañó. Llegados a las inmediaciones de su poblado, el chamán dijo al habitante del interior:

—De niños jugábamos a un juego que consistía en escondernos hasta acabar confundiéndonos con cuanto nos rodeaba. Oye, gigante, ¿qué te parece si jugamos?

—¡Sí, adelante! —contestó el hombre del interior—. Pero ha sido idea tuya, de modo que empiezas tú; ¡yo mientras tanto me agacho y me tapo la cara para no ver nada!

El chamán se ocultó entre unos montículos de tierra y el gigante empezó a buscarlo. En un abrir y cerrar de ojos lo había encontrado. Después le tocó a él el turno de esconderse mientras el chamán se tapaba el rostro. Llegó la hora de que el chamán intentase dar con el del interior. Buscó, rebuscó y volvió a rebuscar, y al final perdió la calma y empezó a decir todo tipo de cosas horribles de su amigo, y cuando ya no le quedó ninguna más por decir, se encaminó a su casa. Entonces oyó a su espalda la risa del habitante del interior y se dio media vuelta. ¡Y caramba! Allí estaba, echado entre unas matas de camarina, tan bien escondido que apenas se le veían los ojos y la nariz.

—¿Cómo os las apañáis los del interior para esconderos siempre tan bien que nadie puede encontraros? —preguntó el chamán.

El otro contestó:

—Lo hacemos para que no nos vean los seres humanos.

Luego el chamán quiso esconderse de nuevo, y por más que su amigo insistió en que esta vez lo hiciera como es debido, volvió a ocurrirle lo mismo: lo descubrió a la primera.

—Venga, escóndete otra vez, gigante —propuso el chamán.

Y el hombre del interior volvió a ocultarse. Pero el chamán corrió idéntica suerte que la última vez. Buscó y rebuscó a su amigo, y al no poder encontrarlo perdió la calma de nuevo y empezó a insultarlo, y una vez descargada ya su rabia se encaminó a su casa. Y volvió a ocurrir lo mismo de la otra vez. El gigante se echó a reír y cuando el chamán se dio media vuelta lo vio oculto entre unas ramas de arándano, tan fundido con su entorno que apenas se adivinaban sus ojos y sus talones. El chamán se dio entonces por vencido y propuso que bajaran al poblado.

—Yo ya he ido a visitaros —dijo—, visítanos tú a nosotros.

Fueron hacia las casas. Sin embargo, cuanto más se acercaban al poblado más a menudo se detenía el del interior, que al final rompió a reír. Su risa era fuerte y tímida, pues ahora se arrepentía de haberse comprometido a acompañarlo; tantas veces se paraba que al final se hizo de noche y el chamán tuvo que irse solo a su casa sin recibir la visita del habitante del interior.

Esto es lo que cuentan de la primera visita del chamán.

Más entrado el año decidió ir a ver de nuevo a los del interior. No se daba bien la caza y había mucha miseria. Las gentes del interior, que en cambio siempre vivían en la abundancia, los ayudarían. Se acercó hasta su poblado y entró en su casa. Los encontró como siempre, solo echó en falta a la anciana.

—¿Dónde está vuestra madre? —preguntó a los jóvenes.

—Murió este otoño —contestaron ellos.

El mayor de los hermanos se había casado y su mujer llevaba ahora la casa. De repente al chamán se le ocurrió una idea: les haría creer un embuste.

—Tenéis un pequeño primo que vive en mi poblado —mintió—. Está pasando hambre y tiene la esperanza de que podáis ayudarlo.

El viejo gigante de la montaña contestó:

—Huy, huy, huy, ¿de veras tenemos familia entre los seres humanos? Hoy ya se ha hecho muy tarde, pero mañana, cuando regreses, ¡mis hijos irán contigo para llevarle carne a nuestro pequeño pariente!

A la mañana siguiente hicieron los preparativos para el viaje y el mayor de los hermanos lio un gran fardo con carne. Era carne de narval, seca por fuera, pero por dentro aún tierna y jugosa, algo que se considera todo un manjar, y estaba envuelta en *mattak*. Otro de los hermanos iba cargado con carne de reno. También estaba seca por fuera y húmeda aún por dentro, y además llena de sebo. El chamán también se hizo con una carga de pura foca barbada, grandes tajadas de carne seca, pero fresca por dentro.

Partieron.

El chamán esperaba que al llegar a las inmediaciones del poblado los dos gigantes dieran media vuelta como de costumbre por temor a los vecinos. Sin embargo, esta vez parecían decididos a llegar hasta el final y cada vez se acercaban más a las casas. Y es que su padre, el anciano gigante, les había dicho al despedirse:

—Llevadle esta carne a vuestro primo y procurad traerlo de regreso con vosotros, que me gustaría verlo. Ya estoy muy viejo para ir de visita.

Cuando al fin vieron las casas a lo lejos, dijo el chamán:

—Dejad vuestra carga aquí y volved con los vuestros. Yo le diré a vuestro primo que aquí hay carne para él y le ayudaré a transportarla hasta su casa.

Pero los gigantes tenían tantas ganas de conocer a su nuevo primo que olvidaron por completo el miedo que les tenían a los humanos y siguieron andando tranquilamente en dirección al poblado. Solo cuando el chamán volvió a insistir, dejaron los bultos y regresaron a casa.

Pero el chamán no contó a sus vecinos nada de lo ocurrido y a partir de aquel día subió a diario hasta la montaña a comer de su despensa, mientras que en casa solamente bebía agua. Y mucha, pues comía tanta carne seca que pasaba mucha sed.

Un día se atrevió incluso a decir a sus vecinos:

—¡Si bebieseis tanta agua como yo os iría mucho mejor!

Y lo dijo sin mostrar ni un poco de compasión, a pesar de que los demás se morían de hambre y él se atiborraba todos los días. Y así se comió él solito la carne de narval y el *mattak*, el reno y el sebo, la foca y toda la carne seca que las gentes del interior les habían regalado. Cuando ya no quedó nada empezó a pasar hambre como todos los demás. Entonces se dispuso a visitar por tercera vez a los habitantes del interior, cogió su arco y se puso

en marcha, pues quería hacer creer a los demás que iba de caza, y les pidió que no se preocuparan por él.

Sin embargo, al llegar al lugar donde antes se alzaba la casa de los gigantes no encontró más que el soporte de sus lámparas en el solar. Eso era todo lo que quedaba. Los habitantes de la casa se habían ido surcando el aire con su arco y todas sus pertenencias rumbo a comarcas lejanas donde el chamán no los encontrara.

Y todo porque les había mentido.

El enano montañés

Pasó el invierno y al llegar la primavera el chamán volvió a salir. Había cazado cuatro perdices nivales cuando se topó con un enano montañés. El enano le dijo:

—¡Dichoso tú, que has cazado! ¡Yo ya estoy tan viejo que salgo de caza un día tras otro y no veo ni una perdiz!

Guardó silencio y, tras una breve pausa, volvió a hablar:

—Y yo que creía que nunca sería pobre mientras viviera, y ahora resulta que me he quedado sin hijos y en la miseria.

El chamán le preguntó:

—¿Y cómo los has perdido? ¿De qué manera?

El enano respondió:

—¡En otoño se hicieron a la mar con sus kayaks!

En ese mismo momento aparecieron cuatro perdices y se posaron en una loma que había tras ellos. Al verlas, el chamán dijo:

—¡Ven, que tú aún no has cazado ninguna perdiz!

El enano replicó:

—Estas sí las cazaré. Cuando las señale una a una, verás que caerán todas muertas.

El enano montañés se acercó a las perdices y cuando consideró que estaba a la distancia adecuada las señaló una tras otra y todas rodaron muertas hasta sus pies. Después guardó su arma señaladora, recogió las perdices, regresó junto al chamán y le dijo:

—Quisiera cambiarte mis perdices por las tuyas. ¡Hace tanto que no como una perdiz muerta de un flechazo!

El otro le contestó:

—Por mí no hay inconveniente. ¡Hagamos el cambio!

Después el enano dijo:

—Cuando llegue la primavera, te verás recompensado por este trueque. ¡Haré que los animales no huyan de ti para que caces muchos!

Calló luego el enano, aunque no tardó en volver a tomar la palabra:

—Yo no tengo arco. ¿Estarías dispuesto a cambiarme el tuyo por mi señalador?

El chamán se lo cambió de mil amores, pues ningún hombre disponía de un arma como aquella. Pero una vez hecho el trueque, el enano se quedó muy pensativo y dijo:

—Un señalador es un arma muy costosa. Los traemos del fin del mundo con grandes penalidades. Prométeme que jamás lo apuntarás hacia ningún ser humano; de lo contrario lo matarías, y si llegaras a convertirte en un asesino, solo yo y nadie más que yo tendría la culpa. Si por accidente matase a un hombre, no habría salvación posible para mi alma.

Al principio el chamán consideró en silencio las palabras del enano, pero, pasado su asombro inicial, preguntó:

—¿Qué te da miedo?

—Nos da mucho miedo matar a un hombre, pues nuestro jefe nos inspira gran temor. Nos castigaría con sufrimientos sin fin; por eso cuidamos tanto unos de otros.

Al oírlo, el chamán quedó también pensativo y devolvió el arma al enano, que la aceptó diciendo:

—Cuando comáis las perdices que he cazado, recordad que no están sujetas a ningún tabú. Al abrirlas, sin embargo, veréis que todas tienen el corazón blanco, como si las hubierais cocido. La muerte las ha alcanzado en el corazón. Por eso debéis guardaros de comer los corazones. Un solo pedacito del tamaño de una uña bastaría para mataros a todos.

Pasaron juntos un rato más sin decir una palabra hasta que el enano volvió a romper el silencio:

—Tú eres de Kuugaq; ¿de dónde crees que soy yo?

El chamán no lo sabía.

—¡Soy de Marraat! —exclamó el enano.

Cuando lo dijo estaba cayendo la oscuridad, y Marraat quedaba al menos a una jornada de viaje.

—Será de noche antes de que llegues —observó el chamán.

—No, estaré en casa antes de que cierre la oscuridad de la noche. Ahora verás cuando me ponga en camino, ¡desde este mismo sitio donde estoy!

Luego el enano ató las alas de sus perdices unas con otras y cuando se las echó a la espalda con las alas en la frente todas rozaban el suelo con la cabeza. A continuación, emitió un débil sonido y se puso a darse palmadas por todo el cuerpo, y de inmediato empezó a crecer; cuando la carga que llevaba dejó de tocar el suelo le pareció suficiente y no aumentó más de tamaño. Después dio las gracias al chamán, se despidió de él y se puso en camino.

Pero el chamán se quedó mirando cómo se alejaba y observó que el enano ponía las manos en el suelo como si cogiese algo y hacía uso de todas

sus fuerzas. Así arrugaba las tierras que debía atravesar; no había dado más que unos pasos cuando el chamán lo perdió de vista. El camino que había seguido parecía un mar embravecido después de una tormenta. Solo cuando la tierra volvió a extenderse, se hizo la calma.

El chamán regresó a casa y su mujer se apresuró a desplumar las perdices cazadas por el enano; todos sentían curiosidad por verles el corazón. Al abrirlas, en efecto, lo tenían blanco, como un corazón hervido; se deshicieron de todos ellos y dieron cuenta de la carne. Después aguardaron con desasosiego por si alguno caía enfermo, pero no sucedió nada.

Al llegar el verano, el chamán empezó a cazar gran cantidad de focas. Eran todas las focas que el enano le entregaba en señal de gratitud por las perdices.

Al enano, sin embargo, no volvió a verlo.

Narrado por Aqajak, Ujarasussuk

Seersoq, el enano montañés

En tiempos ya muy remotos contaban que en el último confín del sur había una tierra llamada Kutsersorbik. Allí vivían los ancestros de los enanos montañeses, en la costa, cerca de los hombres, y no existía entre ellos rivalidad alguna.

Sin embargo, con el correr del tiempo hombres y enanos se convirtieron en enemigos. Cuando uno de los suyos murió a manos de personas, los enanos huyeron hacia los páramos deshabitados, excavaron sus viviendas en la tierra y evitaron todo contacto con los humanos. Pero la muerte de aquel enano no quedó sin venganza, pues mataron a un hombre que había ido a cazar al interior.

Al principio los enanos no tenían armas, pero un día encontraron un enorme sauce seco en la orilla expuesta al sol del fiordo de Kutsersorbik. El sauce había crecido de tal manera que tenía la forma de un hombre de rodillas con la espalda encorvada. Utilizando las raíces del árbol hicieron un arma, tan pequeña que cabía en un puño cerrado, pero muy peligrosa, pues a la punta de la raíz sujetaron una piedrecilla negra y otra piedra que era roja, y ambas eran mortales. Así fabricaron su arma los enanos. Le pusieron el nombre de señalador, pero cuentan que siempre la llevaban escondida en la mano, porque según señalaba hacia algo le daba muerte, y temían acabar matando a uno de los suyos por accidente.

Quien contó esto era un enano nacido cuando los suyos ya habían huido a los yermos. Su padre se llamaba Maleqqi; su hermano mayor, Qinavina; el siguiente, Kuuk; el otro, Aasarfi, y el último, Seersoq, era él.

Cuentan que los antepasados de los enanos habían partido hacia el norte y ellos siguieron sus pasos; partieron y pusieron rumbo al norte. De camino se encontraron con gentes extrañas. Tenían torso de hombre, pero la parte inferior de su cuerpo era como la de un perro; iban armados con arcos y

los llamaban los *eqqillit,* «los que están llenos de liendres». Eran un pueblo hostil y peligroso. Tenían el olfato tan desarrollado como los animales y husmeaban a contraviento.

Durante su viaje, los enanos invernaron en una casa que recubrieron por dentro con la piel de un animal. Con uno solo bastó, pero es que era una bestia tan enorme que tenía seis patas. Lo llamaban *kiliffak.* Cuando se roían sus huesos hasta dejarlos sin carne, esta volvía a crecer, de modo que era posible devorar al animal hasta cinco veces; tras la quinta se deshacían de los huesos. Podían dar caza a tan inmensa criatura solo con señalarla con aquella arma diminuta.

Después de invernar, volvieron a ponerse en marcha, pero en vista de que el camino se les hacía muy largo, empezaron a buscar el modo de acercar lo lejano; deseaban que las distancias se encogieran. Aprendieron así las artes mágicas de congregar las tierras, y lo hacían arrodillándose y sujetando el suelo con una mano al tiempo que con la otra tiraban de él. Así reunían territorios y replegaban montes y valles de tal forma que en un paso podían salvar las distancias más formidables.

Debían procurar, eso sí, avanzar siempre pisando las huellas del anterior, pues de lo contrario los que iban a la cabeza no tardaban en tener una ventaja desmesurada.

Finalmente llegaron a un gran estrecho habitado por otros enanos montañeses, aunque había también gigantes colosales. Pasaron allí el invierno a la espera de que el hielo recubriese los mares. Apenas se cerró el mar, cruzaron al otro lado, también poblado por enanos, y se asentaron con ellos. Una vez pasado el invierno prosiguieron su viaje, invernaron muchas veces más y por fin llegaron a tierras de Nuussaq. Allí encontraron a los parientes que habían ido a buscar y con ellos permanecieron muchos inviernos.

El día de su partida desde el sur hacia el norte quedaba ya tan atrás que por entonces no había aún nieves eternas en las cumbres de las montañas ni hielos perpetuos más allá del estrecho.

Los enanos tenían dos clases de vestimenta: un traje del tamaño del que acostumbran a usar los seres humanos y otro de su propia talla. Cuando salían a pie llevaban siempre consigo las ropas grandes y holgadas y, si temían que transportar alguna carga pesada, se las ponían, y al darse unas palmaditas por todo el cuerpo y pronunciar en voz alta una palabra mágica se volvían altos y fuertes como los hombres. Sin embargo, tan pronto habían terminado de acarrear la pesada carga, volvían a recuperar su tamaño habitual. Se escabullían por grietas de la montaña y, acurrucados, apoyaban la cabeza contra la roca; así se encogían hasta volver a tener la talla de un enano.

Cuentan que entre el nacimiento y la vejez de un enano transcurre muchísimo tiempo, pues pueden envejecer hasta en cinco ocasiones. La prime-

ra vez que se sienten viejos, saltan por un precipicio y en la caída recobran la elasticidad de un joven. Hasta cinco veces pueden hacer esto, que ellos llaman *inuutsannartoq,* «lo que rejuvenece».

Los enanos jamás mueren jóvenes; solo mueren después de llegar a viejos en cinco ocasiones. Los jóvenes solamente pueden morir si los sepulta un alud.

Estando Maleqqi el enano en tierras del norte, en Nuussaq, recibieron la visita de un chamán que pretendía comprar a uno de ellos. El chamán estaba casado con una mujer que no podía tener hijos. Conocía a los enanos y acudió a ellos en busca de un hijo; el pago serían tres cuchillos de los que usan los cazadores de ballenas, un trozo de piel de oso y un sedal de pesca hecho de barba de ballena. Maleqqi aceptó de buena gana la piel de oso y el sedal de pesca, y entregó los cuchillos a sus tres hijos mayores, pero vendió al cuarto y último, que no era otro que Seersoq.

El chamán de Nuussuaq se llevó consigo a Seersoq y lo escondió detrás de su casa.

Pero por la noche, Seersoq entró y se coló en el vientre de la mujer del chamán, que luego sería su madre. Así, la mujer estéril quedó encinta y trajo a este mundo un niño al que después bautizaron y pusieron por nombre Peter Ranthol. Este niño no era otro que el enano que el chamán había comprado en Nuussuaq. Y asegura Peter Ranthol que no solo recuerda toda su vida como enano montañés, sino también que en los meses que permaneció en el vientre de su madre tenía uso de razón.

De *Kalâtdlit oqalugtualiait,*
recogido en 1823 por el pastor Peter Kragh

Los indios

Una niña tuerta salió a buscar agua en Alángorteq.

Al otro lado del lago vio de repente gran cantidad de cabezas que asomaban. Se apresuró entonces a llenar el balde y salió corriendo a todo correr en dirección al poblado.

Al llegar a casa contó lo que había visto, pero nadie la creyó.

—Eso es porque eres tuerta —dijeron.

Al ver que no la creían, rogó y suplicó que alguien la llevara hasta la otra orilla, hasta las tierras de Orqua. Finalmente, un joven se apiadó de ella y la llevó en su kayak.

Ambos se quedaron en Orqua a pasar la noche. Al oscurecer oyeron un gran alboroto que venía de las tierras que estaban en la otra orilla. Era ruido de perros y de personas. ¡Muchos, muchísimos!

El estruendo se prolongó durante muchas horas, pero al fin se hizo el silencio.

Al día siguiente, cuando clareó, la niña y su acompañante vieron a dos personas que ascendían por el valle de un glaciar hacia los hielos perpetuos. Una de ellas avanzaba con ayuda de un bastón y cojeaba. Estaba herida.

Eran cuanto quedaba de los vecinos del poblado que había en la otra orilla. Todos los demás habían sido asesinados.

La historia del hechizado al que los demás no podían ver

En tiempos en que los balleneros acostumbraban a atracar en Uummannaq y repartir piel de ballena entre los groenlandeses, vivía en Tasiussánguaq un hombre llamado Qinaqe que era célebre por ser un cazador formidable. Un día en que un barco, como de costumbre, había echado el ancla, se acercó a él Qinaqe en su *umiak*. Era en los viejos tiempos, cuando los groenlandeses pasaban el invierno reuniendo mercancías que luego vendían a los balleneros. Qinaqe se acercó al barco y empezó a negociar, pero en pleno regateo enfureció de tal modo al hombre con el que estaba tratando que se enzarzaron en una disputa que acabó en que los del barco mataron a Qinaqe. Todo esto sucedió sin que el capitán tuviese noticia de ello, aunque lo descubrió cuando el hombre estaba ya muerto. La mujer de Qinaqe bajó el cadáver de su marido al *umiak* y se dispuso a llevarlo a tierra sola con su hijo, que iba al timón mientras ella remaba. Cuando el capitán se percató de ello, trató de lanzarles desde el barco gran cantidad de objetos de esos que antaño la gente tenía en un gran aprecio. Había cuchillos de mujer, navajas... un poco de todo; las cosas que antiguamente todo el mundo deseaba fervientemente poseer. La mujer de Qinaqe, sin embargo, arrojó al mar entre lágrimas aquellas preciosidades. Al verlo el capitán, que estaba asomado por la borda, lanzó por segunda vez gran cantidad de objetos al *umiak*, pero también en esta ocasión la mujer los tiró al mar. El hijo, que pensaba que su madre iba demasiado lejos, cogió un cuchillo aprovechando un descuido de la viuda y lo escondió, pues pensó que era una lástima que no fuese a quedar nada de tan hermosos regalos.

No teniendo ya nada que arrojar al mar, la viuda de Qinaqe intentó apartar el *umiak* del costado del barco para regresar a tierra, pero al ver que la barca se mantenía firme como una roca, descubrió que gran número de marineros la tenían agarrada de tal modo que de la proa a la popa todo

eran manos y nada más que manos. Empezó entonces a darles mordiscos para que la soltaran y, en efecto, a cada dentellada suya soltaba un hombre la barca. Recorrió toda la borda de esa manera y tras morder al último la embarcación quedó libre y pudo descostarla. Después puso rumbo a Tasiussánguaq junto con su hijo, ambos llorando. Cuando llegó al poblado, a pesar de su pena exhortó a todos sus vecinos y parientes a no vengar la muerte de su marido.

Cuentan, sin embargo, que, transcurrido algún tiempo de estos hechos, los parientes del hombre asesinado por los balleneros decidieron pronunciar unos encantamientos para el hijo del muerto, y el propósito de aquellos conjuros no era otro que convertir al niño en un hombre al que ningún hombre blanco pudiese ver y hacer que su cuerpo fuese invulnerable a los rifles de los blancos o a sus cuchillos si lo atacaban. Así fue creciendo el muchacho, protegido por constantes fórmulas mágicas que lo hacían invisible.

Cuando el hijo ya fue adulto y tuvieron reunidas mercancías que vender a los balleneros, llegó como era costumbre un barco que echó sus anclas en Uummannaq. Los parientes de Qinaqe no perdieron un instante y remaron hacia el barco en un *umiak* bien cargado y con el muchacho invisible a bordo. El invisible subió al navío y dejó sus mercancías en cubierta. Aguardó largo rato a que alguien se acercase a tratar con él, pero los marineros siempre le daban la espalda, y cuando él los buscaba y trataba de mostrarles el género que llevaba agarrándolos del hombro y zarandeándolos, ellos lo miraban por un instante y después le daban la espalda a toda prisa sin decir nada ni tener para con él la menor gentileza. Así pasó el tiempo hasta que al fin recogió toda su mercancía, la bajó al *umiak* y echó a andar de un lado a otro por cubierta sin llevar nada. Luego empezó a apoderarse de cuanto le apetecía que había en el barco. Los marineros notaban que se llevaban sus cosas, pero, apenas miraban hacia él, le volvían la espalda apresuradamente sin decirle una palabra. Luego bajaba al *umiak* los costosos objetos que había reunido y volvía a subir al barco para seguir adueñándose de cuanto le venía en gana. Llegó la hora de comer a bordo de la nave, pero por más que el invisible pidió alimentos, nadie le dio nada, aunque todos sus vecinos recibieron comida. Empezó entonces a pasear por el interior del barco y a llevarse también de allí cuanto se le antojaba, pero cuando lo veían simplemente corrían a darle la espalda. Cuando hasta él mismo pensó que se estaba pasando de la raya, regresó a Tasiussánguaq con su precioso botín.

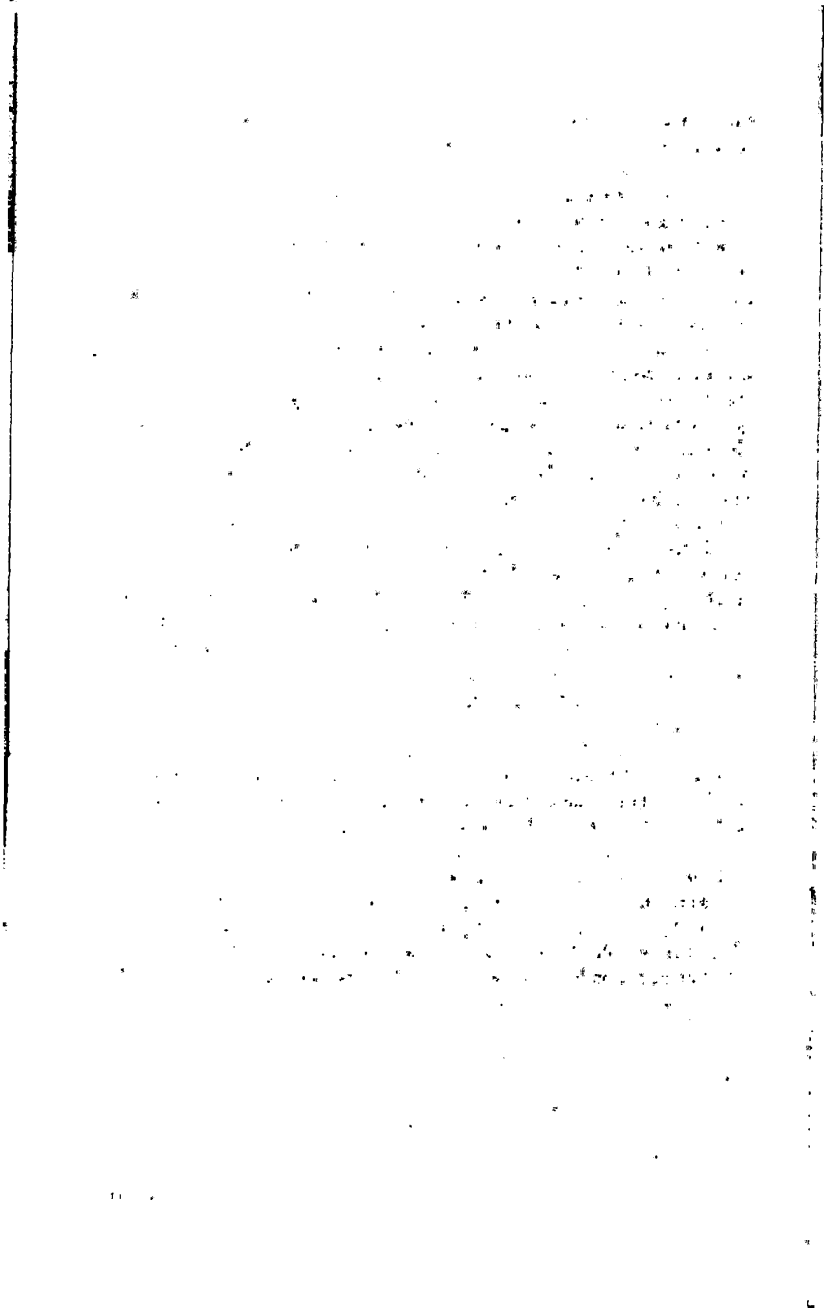
A partir de aquel día, siempre le ocurrió lo mismo cuando había balleneros. Cogía cuanto quería y se lo llevaba a tierra sin que nadie moviese un dedo para impedírselo. A veces los del barco echaban cosas en falta y salían en botes hacia Tasiussánguaq con intención de atacar a sus gentes. Apenas aparecían, el poblado se ponía en movimiento: los de los botes sacaban sus rifles y los mostraban gritando: «¡Que salga ese hombre al que no ve

ningún blanco!». El invisible se acercó a ellos mientras los viejos, junto a las casas, recitaban sus hechizos. Cuando el bote estaba ya a punto de tocar tierra, uno de ellos dijo:

—Si hay algún poder en estos conjuros, que a uno de los que desembarquen le empiece a sangrar la nariz.

Al acercarse a la orilla, los marineros se pusieron en pie con los rifles preparados. El invisible estaba ya en la playa, como si aquel asunto no fuera con él, dispuesto a sujetar la proa del bote para evitar que chocase contra las rocas, y tanto empeño ponía que la agarró mucho antes de que llegase a rozar siquiera los escollos. Pero después ocurrió que el primero en saltar a tierra empezó a sangrar por la nariz de una manera tremenda, y lo mismo sucedió con todos los que saltaron a continuación, y acabaron olvidando qué los había llevado hasta allí y quedaron en silencio y con la cabeza gacha, incapaces de moverse a causa de la hemorragia. El invisible se acercó a ellos, los cogió por el hombro para obligarlos a mirarle y se desnudó allí mismo, delante de sus narices, al tiempo que les gritaba: «¡Miradme, yo os he robado! ¡Soy yo el ladrón!». Pero fue en vano. Los marineros lo miraban de reojo, pero enseguida se apresuraban a apartar la vista. El invisible se hizo con sus rifles y se llevó la boca de sus cañones al costado mientras repetía: «¡Miradme, yo os he robado! ¡Soy yo el ladrón!». Y por más que él, a sabiendas de que las balas no podían hacer mella en él, insistía en que apretasen el gatillo, en lugar de dispararle los marineros trataban de recuperar sus rifles. También los animaba a que le clavasen sus lanzas, pero fue igual de imposible convencerlos.

Cuentan que el invisible pasó toda su vida haciendo esto que aquí se ha dicho: subía a bordo de los barcos, se apoderaba de cuanto deseaba y cuando los marineros iban a tierra en busca de venganza, empezaban a sangrarles las narices de tal manera que no podían sino mirar al suelo. Luego, cuando la hemorragia les mermaba las fuerzas, abandonaban sus rifles y subían a las casas. Después jamás reclamaban los objetos robados, tan solo volvían al barco tranquilamente tras la visita. Pero durante el tiempo que permanecían en tierra, el invisible jamás se separaba de su lado y siempre se desvivía por mostrarse afable, a pesar de no entender lo que decían y a pesar de que ellos nunca le dirigían una palabra. Así quedó vengada la muerte de Qinaqe, pues con hechizos se hizo a su hijo invisible e invencible.



Cuentos curiosos

El gigante

Había una vez un gigante; tan grande era que a los osos polares los llamaba zorros.

Un día vio cinco kayaks y, como le entraron ganas de usar a sus tripulantes como amuletos, los pescó con su manaza, los llevó a su casa y los puso en un estante, bajo la lámpara.

Después devoró un oso y parte de una ballena, y se quedó dormido.

Era tan enorme que en vez de piojos tenía zorros.

Cuando, al cabo de un rato, se colaron unos zorros, y empezaron a roerle la cabeza, el gigante gruñó:

—¡No me echéis encima el hollín de la lámpara!

Y es que creía que eran los hombres de los kayaks, que andaban toqueteando la lámpara; los pobres temblaban de miedo.

Decididos a escapar, se fueron descolgando lentamente por unas correas de piel de foca.

De repente el gigante empezó a hablar en sueños:

—¡Pisad la lámpara! —rezongó. Los hombres sintieron un escalofrío.

Finalmente llegaron hasta el suelo y corrieron hacia la puerta, pero el umbral era tan alto que a punto estuvieron de no lograr rebasarlo.

Cuando al fin se vieron libres, corrieron a sus kayaks y escaparon.

Al despertar, el gigante descubrió que habían huido y gritó apesadumbrado:

—¡Lástima no haberles arrancado los ojos!

Narrado por Anarfik
(mujer de mediana edad)

La mujer que tenía cola de hierro

Había una vez una mujer que tenía una cola de hierro y, por si esto fuera poco, además era caníbal. Cada vez que alguien iba a visitarla, saltaba sobre su huésped tan pronto como este conciliaba el sueño y se dejaba caer hasta traspasarlo.

Un día, fue un hombre a verla y se echó a descansar. Creyéndolo ya dormido, la mujer empezó a dar saltos y cuando estaba ya encima se dejó caer. Pero el hombre, que estaba bien despierto, se hizo a un lado, de modo que ella cayó de espaldas sobre una piedra y se partió la cola.

El hombre escapó corriendo y montó en su kayak, y ella salió tras él.

Al llegar a su altura, la mujer chilló:

—¡Ah, quién pudiera hundir el cuchillo en ese de ahí abajo!

Apenas dicho esto, el kayak estuvo a punto de irse a pique, pues sus palabras eran poderosas.

—¡Ah, quién pudiera atravesar con el arpón a esa de ahí arriba! —replicó el hombre. Y tan grande fue el poder de sus palabras, que la mujer se cayó hacia atrás.

Y así fue como el hombre se marchó por donde había venido y la mujer no volvió ya a matar a nadie más, pues se le había partido la cola de hierro.

Narrado por Aasivak

El comilón

Había una vez un gran cazador de renos que salía a cazar muy a menudo, y siempre que lo hacía se ceñía bien el vientre con correas para ser más ágil y ligero de piernas.

Cuando volvía, se desataba el vientre, hervía la carne y daba cuenta de ella solo y bien solo, y tanto comía que al final tenía que excavar un agujero en el suelo para que le cupiera la panza, que le crecía sin parar. Cuando pasaba alguien, gritaba:

—¡Cuidado con mi tripa, cuidado con mi tripa!

Porque le daba miedo que la pisaran.

Cuando la carne se terminaba, volvía a salir de caza y siempre regresaba con muchos renos.

Engullía sin descanso y si no podía con algo, lo enterraba. Jamás daba nada a nadie.

Esta es la historia de Narrajana, el gran comilón.

Narrado por Taateraaq

El oso, el «colacuchillo» y el «lomo de sierra»

Había una vez un cazador que tenía dos hijos adoptivos, un muchacho y su hermanita. En otoño, cuando maduraban las bayas, los dos niños tenían por costumbre ir a recogerlas para reunir provisiones para el invierno.

Un día los niños fueron, como era habitual, tierra adentro en busca de bayas; habían pasado fuera toda la jornada y regresaban ya a casa cuando de pronto vieron a un hombre descomunalmente grande, un gigante que tenía un solo ojo y una sola pierna. El gigante echó a correr tras ellos y los niños trataron de escapar tan velozmente como pudieron, pero al ver que su perseguidor les ganaba terreno empezaron a buscar alguna grieta en la roca donde esconderse. Encontraron una justo de su tamaño y se ocultaron en ella, el hermano encima y la hermanita debajo. Pero el monstruo dio con los niños, sacó al hermano, lo colocó a su lado, sacó después a la hermana y dijo:

—La tomaré por esposa.

Y raptó a la hermanita y se la llevó hacia el mar mientras el hermano, solo, volvía a casa llorando y les contaba a sus padres adoptivos todo lo sucedido. Para los padres fue una gran pena, pero al comprender que nada podían hacer, finalmente tuvieron que resignarse; el hermano, en cambio, creció sin olvidar un solo instante a su hermanita, practicó todo tipo de ejercicios, acudió a los moradores de la montaña para convertirse en chamán y acrecentó sus fuerzas de todas las maneras que encontró. Cuando ya fue adulto, le preguntó a su madre adoptiva:

—¿Dónde puedo conseguir bestias para hacer un tiro?

En su poblado no se conocían los perros.

A esta pregunta su madre adoptiva respondió:

—Dicen que para un tiro se suelen emplear liebres.

Su hijo fue al día siguiente en busca de liebres para usarlas como tiro. Atrapó cuantas creyó que podría necesitar y después regresó a casa. Allí

construyó un trineo y, una vez lo tuvo listo, partió. Recorrió un largo trecho, pero a la hora de emprender el camino de regreso, las liebres estaban tan agotadas que faltó muy poco para que no llegaran. Por eso las mató a todas y volvió a preguntarle a su madre adoptiva:

—¿Qué bestias se emplean para hacer un tiro?

La madre le contestó:

—Cuentan que para un tiro se utilizan zorros.

Volvió a salir el hijo y cazó un sinfín de zorros. Cuando consideró que eran suficientes, regresó a su casa. Allí confeccionó correas para todos ellos y partió. Recorrió un largo trecho, pero ocurrió lo mismo que en el primer viaje: su tiro estaba agotado cuando regresó a casa. Por eso mató a los zorros y le preguntó a su madre:

—¿Qué bestias se utilizarán para hacer un tiro?

La madre le contestó:

—Dicen que como tiro se utilizan osos.

Partió el hijo temprano a la mañana siguiente en busca de un oso. Se adentró en tierra firme, divisó un oso enorme, lo capturó, le ató una pata para que no se escapara y se lo llevó a su casa. Lo entrenó después cerca del poblado y, cuando lo hubo habituado a tirar del trineo, salió a probar su nuevo tiro. Recorrió un largo trecho y regresó sin que el oso diese muestras de cansancio. Así hizo muchas veces y, una vez satisfecho, volvió a preguntarle a su madre:

—¿Qué bestias se utilizan para hacer un tiro?

La madre le contestó:

—Dicen que como tiro se usan *parpalikkat,* «bestias con cola de hierro». Son animales grandes que viven entre las piedras desmenuzadas.

Hizo el hijo un enganche para el animal y echó a andar. Caminó mucho y, al llegar a un lugar lleno de piedras desmenuzadas, empezó a rebuscar hasta que dio, en efecto, con una enorme bestia que arrastraba una cola hecha de hierro. Cuando se acercó a ella, la bestia volvió hacia él su larga cola, que tenía la forma de un cuchillo, y la agitó sin descanso con intención de clavársela. Eso no le impidió, sin embargo, acercarse más, atarla por una pata, sujetarle luego la cola y llevársela a casa. Al principio el animal insistía en pelearse con el oso, pero al final acabaron acostumbrándose el uno al otro y un día, cuando estaban ya más o menos bien avenidos, salió con ellos. Recorrió un largo trecho y volvió a su casa sin que ninguno de los dos diese muestras de cansancio. Estaba ya satisfecho con su tiro, pero quiso sumarle un animal más y por eso le preguntó a su madre:

—¿Qué bestias se usan para hacer un tiro?

Y la madre adoptiva respondió:

—Cuentan que hay unas bestias inmensas con una sierra en el lomo; las usan para hacer tiros.

—Y ¿dónde puedo encontrar una de esas bestias? —preguntó el joven.

La madre le contestó:

—Dicen que habitan en las grietas más hondas de los hielos perpetuos.

Al oírlo, decidió partir al día siguiente en busca de una de aquellas bestias. Llegó hasta las grietas de los hielos perpetuos y empezó a buscar, y ¡caramba!, en una de las más hondas vio un animal enorme con una afilada sierra encima del lomo. Se acercó al monstruo y, a pesar de que este trató de partirlo en dos, lo atrapó, le ató una pata y tiró de él hasta su casa. Al principio la bestia-sierra peleó sin descanso con el oso y con el colacuchillo, pero pronto se habituaron unos a otros y, cuando estuvieron en paz, partió con ellos. Recorrió un largo trecho y regresó sin que ninguno diese muestras de cansancio. Al fin quedó satisfecho con el tiro de su trineo.

Apenas regresó a casa, empezó a conjurar a los espíritus. Quería dar con el rastro de su hermana y, como era vidente y con ayuda de los espíritus todo lo oculto se le revelaba, lo descubrió y fue a buscarlo con su trineo.

A enorme velocidad, se adentró en el mar y divisó una gran isla. En ella encontró unas huellas descomunales que de inmediato reconoció: eran del gigante cojo. Tras esas huellas siguió avanzando a velocidad aún mayor. Avanzó y avanzó hasta llegar a una casa; ató a sus bestias de tiro al reborde helado y entró. Dentro de la casa encontró a su hermana sola. La reconoció apenas la vio. Su marido había salido a cazar focas. Al principio guardó silencio unos instantes; después preguntó a su hermana:

—¿Me permites que mate a tu marido?

La hermana le contestó:

—Mi marido me quiere bien y me proporciona cuanto necesito, por eso no debes matarlo.

A esto replicó el hermano:

—Si no lo mato, te echaré tanto en falta que moriré cuando regrese a mi tierra.

Al oírlo, contestó la hermana:

—Siendo así, mata, pues, a mi marido.

Llegó al fin la hora en que el marido volvía de cazar. Al acercarse a las casas, advirtió la presencia del extraño tiro y corrió en dirección a su hogar. Nada más entrar, clavó sus ojos en aquel huésped desconocido y no dejó de lanzarle miradas aviesas hasta que habló su mujer:

—Es mi hermano, el que estaba conmigo cuando me robaste.

Al oírlo, el gigante comenzó a mostrarse afable con su invitado y conversó con él. Cuando el cuñado le invitó a hacerle una visita, el gigante respondió:

—No, a visitarte no me atrevo, me da miedo el tiro de tu trineo.

Pero el cuñado dijo:

—No te precupes por eso, cuando corres no pueden alcanzarte.

Al oírlo, el gigante prometió ir a visitarlo. Partieron muy temprano al día siguiente y el cuñado dijo al gigante:

—Ahora debes correr delante de mis perros.

El gigante echó a correr delante del trineo y el tiro corrió tras él. Cada vez que las bestias se le echaban encima, avanzaba dando zancadas formidables hasta dejarlos atrás. A esa velocidad recorrieron el camino hasta el poblado. Cuando todos se metieron en la casa, el gigante no pudo y se quedó fuera; era tan grande que no cabía en el pasadizo. Al verlo fuera dijo el cuñado:

—Echaré una capa de pieles en el pasadizo para que apoyes el vientre y al menos metas la cabeza en casa.

El gigante aceptó y se arrastró por el pasadizo hasta meter la cabeza dentro de la casa. Pero antes el cuñado había dicho al resto de sus habitantes que pensaba matarlo; cuando el gigante ya estaba dentro del pasadizo, su cuñado se acercó al tiro y le dijo al oso:

—Lánzate a por su trasero y muerde con todas tus fuerzas.

Al ser-sierra, en cambio, le ordenó:

—Tú córtale la panza con todas tus energías.

Y al colacuchillo le dijo:

—Pínchale por todo el cuerpo.

Apenas acabó de hablar, todas las bestias se abalanzaron sobre el gigante; sin embargo, cuando el oso lo enganchó, el mordido solo dijo:

—Por lo visto hay un piojo picándome en el trasero.

Como el piojo le molestaba cada vez más, intentó salir, y quedó tan expuesto que el animal-sierra corrió hacia su tripa y lo cortó por la mitad hasta que se le salieron los intestinos; entonces el colacuchillo empezó a pincharle por todo el cuerpo. Cuando el gigante logró salir del pasadizo, se desplomó en la nieve; estaba muerto.

Así el joven recuperó a su hermana y cuentan que aún viven juntos a día de hoy.

Hambre

Un invierno, muchos años atrás, no quiso el hielo posarse sobre el mar y una gran penuria se abatió sobre las gentes.

En un poblado solitario vivía un hombre con su mujer y dos hijos. Entrado ya el invierno se les agotaron todas las provisiones y, no pudiendo soportar el hambre por más tiempo, mandó el hombre a sus hijos a pedir carne en un poblado vecino.

Aprovechando su ausencia, mató a su mujer, que estaba por alumbrar. Era hombre y ser el fuerte lo obligaba a quitarle la vida a su esposa, pues no había otra cosa que comer. Sin embargo, compadecido de ella, que le había dado hijos, la mató ahorcándola; clavarle un cuchillo le parecía muy triste.

Después descuartizó a su mujer y al feto como quien descuartiza a una foca y los guardó en su despensa subterránea para que la carne se congelara.

Los hijos, que habían ido en busca de comida, recorrieron una gran distancia a través de las montañas, pero, rendidos de hambre, no lograron llegar al poblado vecino y hubieron de dar la vuelta. Nada más entrar en casa preguntaron por su madre. Al principio el padre no contestó, pero, ante su insistencia, finalmente dijo:

—Ah, me parece que ha salido a buscar leña.

Lo dijo porque los compadecía.

Luego salió a la despensa a coger carne para ellos, pero cuando los hijos vieron la carne blanca, comprendieron lo que había ocurrido y se echaron a llorar.

—Tendréis que comérosla si queréis seguir con vida —les dijo el padre—, ¡es todo lo que tenemos!

Los hijos la apartaron de un manotazo y no tardaron en morir de hambre.

El padre, que se comió a su mujer y al feto, permaneció en la casa a la espera de que alguien fuera a salvarlo. Sin comida, yacía como un esqueleto

acostado en su camastro. Finalmente, llegaron unos hombres que venían de un poblado donde había carne de sobra.

—No quería morir de hambre —les explicó el padre— y tuve que comerme a mi mujer y a su feto.

No podía no contárselo.

Al oírlo, los desconocidos se fueron y lo dejaron morir de hambre. No tenían ninguna obligación hacia él, pues nada los unía ni por parentesco ni por vecindad.

Este relato es tan viejo que procede de los tiempos en que el agua ardía.

En aquella época la caza no era como ahora; entonces la gente pasaba hambre si el invierno no traía hielo. Cuando el hielo no se cierra y los témpanos no se adhieren a la tierra lo llaman *nugssugsârtoq.*

Cuando las grandes hambrunas se abatían sobre las gentes y habían de recurrir a comerse unos a otros, jamás lo hacían por maldad, sino llevados por el hambre y la desesperación. No son, pues, malos los hombres, sino la necesidad la que los maltrata; el hambre y la desdicha pueden empujar a las personas a devorar a aquellos que aman. La desgracia echa a perder a la gente.

Cuentan que una vez los pobladores de la zona situada al sur de cabo York, cerca del cabo Melville, vivieron un periodo de malas capturas porque el hielo no se cerraba. Al final se sentían tan desfallecidos que los cazadores no tenían fuerzas para salir de sus casas; pero un joven los salvó a todos. Cada mañana, al amanecer, subía a las montañas a recoger huevos hueros de mérgulo que guardaba en una bota. Se los llevaba después a sus vecinos, que gracias a eso lograron sobrevivir al invierno. Pero al llegar el verano, forraron sus *umiak* con las pieles de sus tiendas y partieron en busca de mejores cazaderos.

He relatado aquí esta última y veraz historia que nos han transmitido quienes vivieron antes que nosotros para demostraros que las gentes en apuros hacen cuanto pueden por salvar la vida antes de recurrir al canibalismo.

Aquellos que no padecen enfermedades ni el torpor de los años se resisten a morir. Cuando durante una hambruna se comen unos a otros no hay otra cosa que hacer: la vitalidad más débil ha de ceder ante la más fuerte.

Narrado por Utâq

Glosario

Akilineq: Aunque en realidad se trata de Tierra de Baffin, para los groenlandeses siempre ha sido la tierra legendaria situada frente a sus costas. Se creía que sus pobladores eran criaturas dotadas de una increíble fuerza y poderes misteriosos.

Amaut: O *amaat,* gran capucha en cuyo interior las mujeres inuit transportan a sus pequeños a su espalda. Comunica con el interior de sus ropas, de manera que pueden amamantar a sus hijos sin necesidad de sacarlos al frío exterior.

Angakok: Chamán.

Angerdlartugssiaq: Se trata de una persona que al nacer recibe un regalo muy especial de un chamán: la capacidad de volver a la vida si la pierde a bordo de un kayak. Cuando vuelve en sí está siempre muy lejos del lugar donde se ha ahogado y no conserva el kayak, solo su *erngalisaq,* la piel que le servía de asiento cuando iba en él. Montado en ella puede remar de regreso hasta su hogar si su viuda y sus vecinos no hacen nada que asuste a los muertos. Solo cuando uno de sus vecinos toque su cuerpo desnudo podrá volver completamente a la vida.

Banco: Las viviendas groenlandesas están provistas de un banco ancho, una especie de tarima de madera situada a lo largo de las paredes. Sobre este banco se duerme, se come y se hace la vida diaria.

Hombre fuerte: Aunque las comunidades inuit no contaban con jefes propiamente dichos, sí había en ellas un hombre fuerte cuyas opiniones eran tenidas en cuenta cuando se presentaban dificultades y había que tomar decisiones.

Itsuartuutit: Lanzas de mango muy largo.

Kamik: Bota tradicional groenlandesa de piel de foca.

Mattak: Piel seca de la ballena, un manjar muy apreciado entre los inuit.

Montaraz: Se dice de quien por vergüenza o rabia abandona la compañía de sus semejantes y busca la soledad en territorios desiertos, normalmente las montañas; a menudo se les atribuyen poderes sobrenaturales y se les teme.

Pasadizo: A las casas de invernada groenlandesas se accedía por una especie de túnel semisubterráneo por el que había que arrastrarse hasta llegar a la estancia que componía la vivienda. Este paso, situado a un nivel más bajo que el resto de la casa, la aislaba un poco del frío del exterior. Tenía cubierta propia y en muchos casos se usaba para cocinar.

Sin nariz: Un *ingnerssuaq* es un ser sobrenatural que vive entre las rocas de la costa. Los hay de varios tipos, entre ellos algunos que no tienen nariz ni cabello y arrastran a los kayaks hasta alejarlos de sus poblados.

Tuk: Piqueta de hierro con mango de madera para abrir agujeros en el hielo.

Ulu: El cuchillo que empleaban las mujeres para descuartizar las presas. La hoja tiene forma de media luna y el mango, colocado en el centro, es un rodillo de madera.

Umiak: Al contrario que el kayak, en el que montaba un hombre y se usaba para la caza, el *umiak* es una barca de mayor tamaño empleada para el transporte de personas y animales. Solían ir a los remos las mujeres de la familia, de ahí que en danés se la conozca como barca de las mujeres.

«Nuestros antepasados hablaron pródigamente del origen del hombre y del de la Tierra, hace mucho, mucho tiempo. Ellos no sabían conservar las palabras en líneas, como hacen los hombres blancos; las personas que vivieron antes que nosotros solamente contaban. Y contaban muchas cosas, tantas que hoy conocemos todas estas historias, que hemos oído narrar una y otra vez desde nuestra infancia».

Así comienza esta compilación de *Mitos y leyendas inuit*, un volumen único y revelador que nos invita a conocer de primera mano la cosmovisión y creencias de uno de los pueblos más ancestrales, enigmáticos y poco conocidos de nuestro planeta. Mucho se ha hablado y especulado sobre la forma de vida de los habitantes de las zonas más frías de la Tierra, pero casi siempre se reduce a una visión sesgada y llena de estereotipos.

Este volumen ofrece una cuidada selección de las transcripciones que Knud Rasmussen, intrépido explorador del siglo pasado y perteneciente al pueblo inuit, realizó durante toda una vida dedicada a recorrer gran parte del vasto Ártico para documentar y dar voz a una de las tradiciones orales más hermosas y apasionantes, a veces también descarnada, de la civilización humana.

KNUD RASMUSSEN (Ilulissat, Groenlandia, 1879-Copenhague, 1933), etnógrafo, antropólogo y explorador, su padre era danés y su madre, groenlandesa inuit. A él le debemos el conocimiento más preciado de este y otros pueblos de la región ártica. Fue el primer hombre en atravesar el paso del Noroeste en trineo de perros.

LAS TRES EDADES BIBLIOTECA DE CUENTOS POPULARES

www.siruela.com
Theme: IBGB
7512627
9 788417 996550
disponible